

Sebastian Friedrich et al.

# LA SOCIEDAD DEL RENDIMIENTO

CÓMO EL NEOLIBERALISMO  
IMPREGNA NUESTRAS VIDAS



En la editorial Katakarak hemos decidido apostar por las licencias Creative Commons, por eso los puedes copiar y difundir libremente los libros que publicamos. Aunque pensamos que es la mejor herramienta para difundir la cultura, por desgracia, no todos nuestros libros son CC, aunque sí la gran mayoría del fondo de la editorial.

En el momento actual, las tecnologías permiten que la copia privada de archivos digitales se pueda realizar a coste cero, lo que supone un gran avance para la difusión y para el acceso más democrático a la cultura. Sin embargo, los libros han tenido costes para poder estar disponibles gratuitamente en formato digital. Ha sido necesario el trabajo de muchas personas y la inversión de dinero en la compra de derechos, traducción, diseño, maquetación y edición.

Por eso, te sugerimos que hagas una donación para poder seguir impulsando la producción de textos que luego sean libres.

Sebastian Friedrich et al.

***LA SOCIEDAD  
DEL RENDIMIENTO***

*Cómo el neoliberalismo impregna  
nuestras vidas*



Sebastian Friedrich et al.

**LA SOCIEDAD  
DEL RENDIMIENTO**

*Cómo el neoliberalismo impregna  
nuestras vidas*

Traducción de Imanol Miramón e Ivana Palibrk



katakraK

Títulos originales: *Lexikon der Leistungsgesellschaft. Wie der Neoliberalismus unseren Alltag prägt y Zonen der Selbstoptimierung.*

Título de la presente edición: *La sociedad del rendimiento. Cómo el neoliberalismo impregna nuestras vidas.*

Autoría: Sebastian Friedrich, Felix Klopotek, Lars Distelhorst, Detlef Hartmann, Greta Wagner, Mark Fisher, Sarah Diehl, Volker Schürmann.

Traducción del alemán: Imanol Miramón Monasterio.

Traducción del inglés: Ivana Palibrk.

Corrección: Aitor Txarterina Fuentes.

Licencias originales: © Edition Assemblage

© MSB Matthes & Seitz Berlin Verlag, Berlin 2016. All rights reserved by Matthes & Seitz Berlin Verlagsgesellschaft mbH

© Detlef Hartmann

Licencia de la presente edición: Creative Commons BY-NC-ND.

Diseño de portada: Koldo Atxaga Arnedo.

Fotografías: Johanna Bröse.

Primera edición: Mayo de 2018.

Edición y maquetación: **Katakarak Liburuak**

Kale Nagusia 54-56 / Calle Mayor 54-56

31001 Iruñea-Pamplona

editorial@katakarak.net

www.katakarak.net

@katakarak54



Este libro tiene una licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

Está permitido copiar, distribuir, ejecutar y exhibir libremente esta obra sólo con fines no comerciales.

No está permitido distribuir trabajos derivados basados en ella.

ISBN: 978-84-16946-14-3

Depósito legal: NA 1049-2018

Impresión: Gráficas Alzate

# ÍNDICE

NOTA EDITORIAL.....	11
---------------------	----

## **I. DICCIONARIO DE LA SOCIEDAD DEL RENDIMIENTO**

(Sebastian Friedrich) .....	17
– Prólogo (Oliver Nachtwey)	
– Estancia en el extranjero	
– <i>Business Punk</i>	
– <i>Coffee to go</i> [Café para llevar]	
– Dopaje	
– Conciencia alimentaria	
– <i>Flow</i> [Fluir]	
– Comunicación no-violenta	
– Himno	
– Ironía	
– Sí pero no	
– Carrera	
– Amor	
– Maratón	
– Jóvenes científicos	
– Citas <i>on-line</i>	
– Procrastinación	
– El Yo cuantificado	

- La bicicleta de carreras
- Autocrítica
- Thermomix
- Clase baja
- Contrato
- *White Trash Party*
- XING
- Y.O.L.O
- Falta de tiempo
- Agradecimiento

## II. ZONAS DE OPTIMIZACIÓN DE SÍ MISMO .....95

- 1- *On Time Run*. Siempre en ruta, sin llegar nunca, recorriendo las zonas de la optimización de sí mismo.**  
(Felix Klopotek).....97
- 2- La bombilla y el chico de las mudanzas. Sobre el concepto de «rendimiento» como abstracción vacía.**  
(Lars Distelhorst) .....123
- 3- McKinsey – el Yo – la lucha de clases.**  
(Detlef Hartmann).....141
- 4- ¿Mejores cerebros? Neuropotenciación en la neurocultura.**  
(Greta Wagner) .....153
- 5- Anti-terapia.**  
(Mark Fisher) .....171
- 6- Maternidad y cuidado como servicio a la sociedad del rendimiento.**  
(SarahDiehl).....191

<b>7- La mercantilización de sí mismo mediante una comunicación loca.</b>	
(Felix Klopotek) .....	<b>211</b>
<b>8- Más allá de la optimización de sí mismo.</b>	
<b>El deporte como muestra de la justicia del rendimiento personal.</b>	
(Volker Schürmann) .....	<b>223</b>







## NOTA DE LA EDITORIAL

Nos levantamos, comprobamos las notificaciones del *smartphone*, y vamos al trabajo. De camino, cogemos un café para llevar, que con suerte no nos tiramos encima (¡Qué difícil es caminar y beber café al mismo tiempo!). En el trabajo intentamos completar las tareas del día, organizándonos bien. Al fin y al cabo, el tiempo es escaso y no queremos salir más tarde de nuestra hora. En todo caso, vamos mirando cada cierto tiempo el móvil, de nuevo, porque además de los mensajes del trabajo, también tenemos que organizar bien la tarde (¡El tiempo es oro, también el tiempo libre!). Las horas de trabajo se nos escapan entre tanta interrupción; llamadas, mensajes de Whatsapp o Telegram, notificaciones de *me gusta* que nos alegran o entristecen, pero seguimos adelante, porque hay mucho que hacer. Dejamos las tareas molestas para más tarde, y al final se quedan pendientes.

Al salir del trabajo, tenemos varias horas por delante. Quienes tenemos niños o niñas, vamos en su busca a la escuela y compartimos un rato, hasta

que viene la abuela. Quienes no, limpiamos un poco la casa antes de comprar algo, ir al gimnasio (no consigo quitarme ese *Michelin*) y quedar para tomar algo con colegas si hay tiempo. En todo caso, llegamos a la cena sin haber hecho todo lo que queríamos... La última serie de Netflix nos ayuda a desconectar. Un día más perdido. *A ver si mañana me da tiempo, a ver si me organizo mejor.*

La vida cotidiana es un continuo de trabajo, reproducción (labor) y ocio atravesado por múltiples constricciones. Esto se ha descrito de muchas maneras, y desde muchos puntos de vista. Una de ellas consiste en decretar que la realidad se ha fundido con el capitalismo, y que las lógicas de este han ido ganando terreno para aplicarse en otras esferas, más allá del trabajo. Los textos que presentamos bajo el título de *La sociedad del rendimiento. Cómo el neoliberalismo impregna nuestras vidas* pretenden desarrollar esta idea a partir de dos conceptos hermanos: el rendimiento y la optimización de sí mismo.

Empezando por el primero, calificar a nuestra sociedad como una *sociedad del rendimiento* (*Leistungsgesellschaft*) implica poner de relieve que las lógicas de la búsqueda del provecho, del beneficio, se han extendido hasta convertirse en norma, y abarcan muchas esferas del campo social. Este concepto lo importamos directamente, en esta recopilación de ensayos, del ámbito alemán, donde lleva años siendo utilizado. Tanto en alemán como en castellano (no así en otras lenguas) el rendimiento es algo que se aplica, en su uso común, a dos ámbitos: la economía y el deporte. Se habla de que el entrenamiento deportivo mejora el rendimiento igual que se dice que una inversión ha tenido un buen rendimiento. En ambos casos, el esquema se mantie-

ne: el sujeto pone algo de su parte (esfuerzo, capital) y saca de ello un provecho (mejores resultados deportivos, beneficios económicos). Aplicar este esquema a la sociedad en su conjunto implica poner luz sobre una infinidad de procesos en los que lo que prima es el provecho, el beneficio.

El segundo concepto, la *optimización de sí mismo* (*Selbstoptimierung*) trata de explicar todos esos procesos por los cuales los esfuerzos racionalizadores se internalizan en la gestión propia de la vida. Aquí se unen dos elementos: por un lado, la introducción de la lógica optimizadora en ámbitos que le eran ajenos, y por otro, la individualización de la responsabilidad en la gestión de las múltiples coacciones que pretenden ordenar nuestras vidas de acuerdo a ciertos patrones. Ambos elementos, de la mano, permiten explicar cómo diversos ámbitos de la vida se van alineando según lógicas parejas en un continuo que nos lleva de vuelta al primer concepto: la sociedad del rendimiento.

Por otro lado, lo que llamamos optimización de sí mismo requiere una pequeña explicación terminológica. Si bien el concepto alemán permitía múltiples traducciones (*optimización de uno mismo*, *optimización de sí*, *optimización personal*, *auto-optimización*), se ha elegido el término *optimización de sí mismo* para buscar el parentesco con el concepto acuñado por Foucault cuando hablaba del sujeto como *entrepreneur de lui-même*, que usualmente se traduce al castellano como *empresario de sí mismo*. El parentesco creemos que ilustra bien ambos conceptos: si Foucault se refería a todos esos procesos por los que el sujeto ha de gestionar su yo como si de una empresa se tratase, la optimización de sí mismo podría ser uno de esos programas de racionalización de los recursos y la producción dentro de esa empresa

que es el yo. En todo caso, a pesar de este feliz acercamiento conceptual a Foucault, por el camino también perdemos algo, ya que el masculino del concepto impide cierta concordancia con el lenguaje no-sexista que se ha intentado mantener en toda la traducción.

La pareja rendimiento y optimización baila al son del neoliberalismo. Uno se viste de eficacia y la otra de eficiencia y ambos pretenden comerse la pista. Entender su ritmo y sus compases es fundamental para poder pensar otras músicas. El presente libro es fruto de ese intento por comprender el acople entre ambos conceptos, así como sus ambiciones imperiales, sus ansias por extenderse a otros terrenos.

La primera parte del libro se corresponde con el *Lexikon der Leistungsgesellschaft* [Diccionario de la sociedad del rendimiento], de Sebastian Friedrich, publicado por Edition Assemblage, y en ella el autor va recorriendo diversos elementos de nuestra vida cotidiana que nos introducen en las lógicas del rendimiento, a modo de fogonazos de un *flash*. La segunda parte, con un ritmo más pausado, se compone de una selección propia de algunos de los artículos publicados en el libro *Zonen der Selbstoptimierung* [Zonas de la optimización de sí mismo], coordinado por Felix Klopotek y Peter Scheiffle y publicado por Matthes & Seitz. A través de dichos artículos vamos profundizando un poco más en las implicaciones teóricas y prácticas de los discursos optimizadores que se expanden por las distintas zonas de nuestra realidad más íntima.

# **I. DICCIONARIO DE LA SOCIEDAD DEL RENDIMIENTO**



## PRÓLOGO

«Me han pillado», así es como se siente uno cuando lee algunas de las entradas del *Diccionario de la sociedad del rendimiento* de Sebastian Friedrich. Naturalmente, te caen mal esos *hipster* que suben fácilmente las escaleras de esos edificios antiguos con sus bicicletas de carreras al hombro (o esas cosas sin frenos ni cambios que supuestamente montan los mensajeros en bici de California). El problema es que frente a tu casa está tu propia bici de carreras. «Siempre me han gustado», opinas ante tus amigos, y Friedrich te pilla también justificándote a ti mismo. Me he sentido tranquilo mientras leía la mitad de los artículos del diccionario de la sociedad del rendimiento. Más de una docena de los artículos los habría firmado yo, como miembro de la nueva generación de *jóvenes científicos* (letra J) en los últimos diez años, siempre con la esperanza ilusoria de que el grado de autoexplotación se reduciría y en algún momento me esperaba un puesto fijo. En esto uno no está solo, sino que es un fenómeno generalizado:

se dice sobre demasiados discursos flojos «esto me parece realmente fascinante», y en un momento uno mismo encuentra de algún modo interesante la investigación más aburrida y positiva, cuando va aparejada a una promesa de sustento. Entonces se intenta amortiguar el golpe con *ironía* (letra I). La autosugestión ingenua de la generación de jóvenes científicos lleva, sin embargo, a una autoagresión latente. Muchos empiezan entonces a correr; en algún momento les gustaría participar en una *marathon* (letra M) y en su huida del principio del rendimiento lo satisfacen incluso más. Cuando una persona está permanentemente sin aliento en el trabajo, quiere al menos cruzar la meta en su tiempo libre (naturalmente es algo que hace para sí misma).

¿Cómo puede ser que tantas personas, especialmente aquellas que se tienen por espíritus críticos, inconformistas, experimentadas anticapitalistas o similares, realicen en su vida cotidiana, a veces de manera tan clara y lapidaria, el neoliberalismo? Y en ocasiones es todavía peor: ¿No se convierten precisamente, por su supuesta posición crítica frente a la sociedad, en la vanguardia de una sociedad del rendimiento neoliberal sin límites? La respuesta no es fácil, pero hay que buscarla, si no queremos quedarnos en repetir tontamente la frase de Adorno que dice «no cabe la vida justa en la vida falsa».

La insidiosa lista del neoliberalismo ha ocupado ya a muchos autores y autoras. Todas ellas se han ocupado de la cuestión lanzada aquí arriba sobre los mecanismos de la seducción neoliberal y de la colaboración. Para Pierre Bourdieu, el neoliberalismo era una violencia simbólica que nos llevaba a una «complicidad aceptada». Los estudios en torno al concepto

de Michel Foucault de gubernamentalidad permiten a quienes los realizan descifrar los mecanismos de subjetivación y las técnicas de gobierno de sí.

Luc Boltanski y Evé Chiapello veían en el capitalismo una pérfida máquina que recoge nuestras críticas a la vida alienada en la modernidad industrializada y por medio de una llave de judo nos vuelve a lanzar a la socialización capitalista: las pretensiones de los críticos del arte –así los llamaban Boltanski y Chiapello– de autenticidad, flexibilidad, autonomía, autorrealización y totalidad se convierten en un recurso para la renovación del capitalismo.

Sin embargo, con ello no se acaba todavía la historia, y de eso trata este diccionario de la sociedad del rendimiento: la crítica artística era en su origen una liberación de las ataduras de la normalización de la sociedad industrial, pero por medio de un giro dialéctico se ha convertido ella misma en una atadura que ha estabilizado de nuevo la carcasa de acero del capitalismo. Este ya no está construido de manera burocrática o dirigida, en él no traquetean las puertas de la administración y el tono paternalista de las élites políticas y económicas se ha suavizado. Las ataduras de la sociedad del rendimiento son coloridas e individuales, son saludables, se adhieren a nuestro instinto lúdico y nos convierten en alegres colaboradores.

El *Diccionario de la sociedad del rendimiento* no es una aproximación teórica más, de las que hay abundantes. Tampoco da respuestas definitivas ni indicaciones, sino que es una autopsia divertida, observada con detenimiento y que permite las ambivalencias de la sociedad del rendimiento, la cual nos ilustra en el mejor sentido: porque nos lleva a una

observación de nosotros mismos que no nos juzga moralmente sino que nos descubre como simples enredos de la sociedad del rendimiento, en la que a veces con tanto gusto nos insertamos.

Oliver Nachtwey<sup>1</sup>

---

1 Oliver Nachtwey es economista y sociólogo. Es miembro del *Frankfurter Institut für Sozialforschung* y ha dado clases e investigado en las universidades de Jena, Trier, Darmstadt y Frankfurt am Main sobre el trabajo, la desigualdad, las protestas y la democracia. En mayo de 2016 publicó en la editorial Suhrkamp su libro *Die Abstiegs-gesellschaft: Über das Aufbegehren in der regressiven Moderne* [La sociedad del descenso: sobre la rebelión en la modernidad regresiva].

## **Estancia en el extranjero**

Los futuros universitarios, en especial, se sienten atraídos tras la escuela por la amplitud del mundo. Las oportunidades de lograr las esperadas ventajas competitivas para el mercado de las carreras profesionales son innumerables: van desde la formación completa en el extranjero hasta las visitas cortas. Para darle un toque al currículum, están especialmente bien vistos los viajes para hacer prácticas o aprender idiomas, de forma que muchas agencias de viaje se concentran desde hace algunos años en este segmento. Así, según una agencia especializada en voluntariado o en el famoso concepto *Work-and-Travel* [Trabajar y viajar], las estancias en el extranjero son ya casi un *Must-Have* [imprescindibles] para el currículum.

La empresa promete: «cuando busques trabajo, en tu currículum y en las entrevistas personales se verá como algo muy positivo si has trabajado ya en el extranjero. Además de mejorar tus competencias interculturales y sociales para nuestra sociedad globalizada, ¡tus oportunidades en el mercado de trabajo mejorarán también!»

Sin embargo, las ofertas de estancias de varios meses chocan con el deseo, también muy extendido, de que tras un bachillerato *turbo*, la carrera termine lo antes posible. El remedio son siempre los pequeños viajes, cada vez más populares. Por ejemplo, cuatro semanas de trabajo social con niños en Togo cuestan menos de 1.000 euros. Unas ofertas especialmente prácticas, ya que añaden a la experiencia del extranjero un compromiso social garantizado.

NACH DER SCHULE  
LIEGT DIR DIE  
**WELT**  
ZU. NACH SIE  
KOMMEN SIE  
HER.



BEI UNS GEHT ES UMS  
**WEITERKOMMEN**  
NICHT UM  
STIL

WIR KÄMPFEN  
AUCH DAFÜR,  
DASS DU  
**GEGEN**  
UNS SEIN KANNST.

MACH, WAS WIRKLICH ZÄHLT.

[Bundeswehrkarriere.de](http://Bundeswehrkarriere.de)

El programa televisivo *Panorama* de la NDR dedicó a este tema un capítulo especial, emitido a finales de 2013. Las periodistas Anna Orth y Pia Lenz visitaron para ello una feria informativa en Berlín que con sus servicios voluntarios en residencias infantiles y granjas de mariposas hacían la boca agua a aquellos a quienes «les faltaba el componente social en su currículum», como expresaba la portavoz de una agencia de viajes. Además, las periodistas acompañaron a varios alumnos de bachillerato en sus viajes al extranjero. Se sentían en parte decepcionados, por ejemplo por las reacciones de los niños en un orfanato de Ghana. Los dulces niños no estaban nada impresionados por las habilidades sociales de las jóvenes. Los niños estaban mimados, y no realmente agradecidos, se quejaba una de las chicas que estaba optimizando su currículum. A pesar de esta lamentable experiencia, la joven debía estar finalmente contenta con esta aportación a su currículum.

## ***Business Punk***

*Business Punk* es una revista bimensual de economía y estilos de vida. Según la editorial Gruner und Jahr, la revista se dirige a aquellos para quienes «un trabajo es más que un trabajo, porque les impulsa y forma parte de su vida. Para todos aquellos que estén dispuestos a sumergirse realmente en un proyecto, para quienes los horarios son como los límites de velocidad y dormir un mal necesario –porque tras la oficina prefieren disfrutar con colegas y amigos–. A veces también hasta el amanecer». El *Business Punk* típico es un *hipster* tatuado y barbudo que corre kilómetros cada semana en la cinta, que trabaja duro en una agencia de comunicación, a la que se entrega completamente, y que deambula puestísimo de coca por las fiestas del fin de semana. El *Business Punk* es un rebelde –alguien a quien le gusta romper las reglas, un inconformista–.

Y es el jefe. El *Business Punk* recuerda al lector, en un artículo sobre diferentes tipos de becarios, que él mismo debería hacer unas prácticas, y aconseja: «las prácticas –¡sorpresa!– no siempre son agradables. Así se adapta a los nuevos tiempos la caricatura de los años 90 del empresario moderno, loco y abierto al mundo. Mientras que con la revista NEON la generación de las prácticas se hace autoterapia, en *Business Punk* se tratan los problemas de los directivos de las *StartUps*. Los anuncios publicitarios desvelan el grupo al que se enfoca: los grandes BMWs y Mercedes-Benz no se dirigen especialmente a un precariado universitario que vive en pisos compartidos.

El directivo *Business Punk* de hoy en día no es solo atlético, relajado y alegre, sino también cosmopolita.

Es un jefe abierto que permite espacios de libertad creativos a sus subordinados, que se considera liberal y antirracista, que coloca una docena de futbolines en su empresa, que publica continuamente vídeos y fotos en su muro de Facebook, y al que le encanta meditar en el bar de zumos de la empresa sobre los últimos episodios de HalliGalli o sobre Jan Böhmermann.

Pero por encima de todo, en 2016 *Business Punk* ha sido una cosa: masculina. No es casualidad que Gruner und Jahr lanzara al mercado *Business Punk* al mismo tiempo que la revista sobre barbacoas *BEEF*, el magazine «para hombres con gusto», y que *Gala Men*. *Business Punk* también es una revista para hombres, en la que rara vez aparecen mujeres como empresarias. La revista con subtítulo *Work Hard. Play Hard* se ocupa de ellas más a menudo como secretarias o novias de colegas, con las que el *Business Punk* de hoy en día follaría a gusto, pero con las que no le gustaría trabajar.

El *Business Punk* del siglo XXI se pasa por el forro la batuta que heredó del jefe gordo, fumador y corto de miras de los años 50. Él es el macho alfa hedonista de la élite creativa de una generación urbana que se considera cosmopolita. Aparte de esto, nada cambia. *Business Punk* es la revista para los inconformistas conformes al mercado.

### ***Coffee to go* [Café para llevar]**

El café es el estimulante más popular, y gracias a esa cafeína que aumenta el rendimiento, es también el elixir de la vida por antonomasia. Por ello, es también una bebida central en la sociedad urbana del rendimiento, y su rango solo se ve amenazado en las exclusivas oficinas de las *StartUps* por el cada vez más popular Club Mate.<sup>2</sup> El *coffee to go* fue creado en los años ochenta en EEUU. En Alemania fue Tchibo la primera empresa que en 1996 ofreció un «café para llevar», antes de que la empresaria Vanessa Kullman abriera el primer *Coffeeshop* en Hamburgo según el modelo estadounidense. Tras todo este tiempo, hay en Alemania unos 1600 *Coffeeshops* o cafeterías. Hay quien ve ahí un indicio más del hundimiento de Occidente, ya que los distinguidos cafés con música clásica se ven sustituidos en el centro de las ciudades por modernas cafeterías frecuentadas sobre todo por jóvenes.

El éxito del café para llevar en las últimas décadas es la expresión de una sociedad basada en la flexibilidad, en la individualidad y en la movilidad. El vasito de cartón promete exactamente esto, a diferencia del de porcelana. La movilidad real mientras se consume el café no es sin embargo decisiva, según se puede observar en las cantinas y comedores durante la hora punta: los cubos de la basura están repletos de vasitos de cartón comprados y vaciados en el mismo lugar. El *coffee to go* es así, también, símbolo de la aceleración. El sociólogo Hartmut Rosa defiende la tesis de que el progreso tecnológico de la Modernidad no ha

---

<sup>2</sup> Refresco estimulante, basado en un extracto de la yerba mate, muy popular en Alemania [N. del T].





producido un aumento del tiempo disponible sino más bien una escasez de tiempo.<sup>3</sup> Los avances tecnológicos, como los del campo de la comunicación, conducen a una multitud de oportunidades de vida evidentes, que no pueden aprovecharse, sin embargo, en lo que dura una vida humana. Aquí entra en juego el fenómeno de la pendiente resbaladiza: descansar supone una desventaja, ya que durante ese tiempo no se puede aprovechar ninguna de las incontables oportunidades. El miedo a ser dependiente se convierte en un compañero permanente del día a día. Así se fuerza la falta de tranquilidad. Y, ¿qué mejor manera de mantenerla que un buen chute de cafeína?

Donde antes se tomaba asiento con toda la tranquilidad del mundo en grandes sillones tapizados de lugares pensados para ello, ahora se ha de sostener un vasito de cartón en la mano, para no causar la impresión, ante uno mismo y ante los demás, de estar parado. El *coffee to go* en la mano simboliza dinamismo, movimiento, flexibilidad, rapidez y disposición al rendimiento. En él se condensan las exigencias y las promesas de la sociedad del rendimiento.

---

3 Rosa, Hartmut, *Alienación y aceleración*, Buenos Aires, Katz, 2016.

## **Dopaje**

El dopaje se suele asociar al deporte. Cuando se descubre un caso de dopaje, los deportistas y sus círculos más cercanos caen bajo el foco de la moralina –no ocurre lo mismo, sin embargo, con el mercado que hay tras ellos, del que se espera siempre el mayor rendimiento posible–. Esta doble moral resultó completamente visible hace algunos años, cuando las televisiones públicas dejaron de informar sobre el Tour de Francia. Como si no se hubieran enterado antes del dopaje sistemático del equipo Team Telekom, y no hubieran sacado provecho de los rendimientos resultantes, las cadenas de la ARD [Televisión pública alemana] se posicionaron como precursores de la lucha contra el dopaje.

Pero en las sociedades del rendimiento el dopaje no se utiliza solamente en el deporte, sino también en el mundo del trabajo. Cada vez son más populares también, entre un grupo creciente de estudiantes, las «drogas para estudiar» como Ritalin. Un estudio de la Universidad de Bielefeld concluyó incluso que, de entre 3000 estudiantes escogidos al azar, más del 40% había recurrido en al menos una ocasión a las drogas para estudiar –y alrededor de un cuarto de ellos tres veces o más, incluso–. Sobre este tipo de dopaje no se suele informar, aunque el problema afecta casi sin excepción a los estudiantes que quieren hacer carrera, a los autónomos y a los directivos. Y todavía se presta menos atención a que también en los trabajos de limpieza o de asistencia a enfermos se toman cada vez con más frecuencia sustancias para mejorar el rendimiento en algunos momentos. El dopaje es para muchos, por

tanto, un medio para estar a la altura de las crecientes exigencias resultantes de las medidas de racionalización, o para tener fuerza suficiente para llevar a cabo dobles jornadas por necesidad.

Mientras que los controles de dopaje están a la orden del día en el deporte, el dopaje en el trabajo no se controla. Al contrario: quien rinde especialmente, hace con gusto horas extra no pagadas o trabaja más rápido que otros resulta ejemplar y aplicado. El dilema de Goldman, conocido en sociología del deporte, sostiene que alrededor de la mitad de los y las deportistas de alto rendimiento tomarían sustancias dopantes si les aseguraran una medalla de oro en los Juegos Olímpicos aunque dicha sustancia les provocara la muerte cinco años después. No se ha investigado hasta el momento si en el mundo del trabajo hay un espíritu de sacrificio similar.

## **Conciencia alimentaria**

Los más mayores se acordarán quizás de la oleada anti-colesterol de hace algunos años. De repente, había que responder en cualquier ocasión a la pregunta sobre cuántos huevos comías a la semana. Daba igual la cantidad que respondieras; siempre eran demasiados. El diagnóstico correspondiente iba acompañado de un gran arqueo de cejas por parte de aquellas personas concienciadas con el colesterol.

Entretanto, el colesterol se ha grabado en la conciencia de las personas como la mayor trampa mortal. En la actualidad goza de gran consideración también el miedo a las intolerancias alimentarias. Casi nadie tiene una intolerancia manifiesta a la lactosa, pero cada vez más personas están afectadas por ella, independientemente de cualquier análisis médico fiable.

Da igual si se trata de lactosa, gluten, trigo industrial, hidratos de carbono, grasa, carne, pescado o cualquier producto animal: renunciar a ello está de moda. Cada vez más personas conocen bien los buenos y malos ácidos grasos, proteínas, vitaminas, oligoelementos y las combinaciones óptimas de alimentos.

Una conversación relajada sobre comida se transforma rápidamente en un intercambio experto al nivel de un seminario de doctorandos de química. Quien no puede o no quiere participar está bajo sospecha de no preocuparse lo suficiente por sí mismo.

Por medio de imperativos sutiles que muestran más conciencia sobre la salud, el sujeto concienciado por su salud se muestra como la imagen contraria del carnívoro de «clase baja» vaciando bolsas de patatas fritas. Pero para la persona concienciada por su salud

SALAT



no se trata del deseo de bienestar corporal, ni tampoco solo del anhelo de distinción: en la renuncia y en la cientificización de la comida se expresa la promesa de una vida larga, saludable y activa. *Live slow, die old* [Vive despacio, muere viejo], ya que en definitiva, en una sociedad secular del rendimiento ya no se puede contar con un Dios querido en el cielo.

Que los gimnasios sean las iglesias de hoy en día está también relacionado con la transformación en la manera de entender la solidaridad. Actualmente, un modo de vida poco saludable es extraordinariamente antisocial.

Quien todavía fuma es una enorme carga para la sociedad, después de todo escuchamos por todas partes cuánto dinero cuestan a la comunidad las muertes por cáncer humeante y torturador.<sup>4</sup> Quien consume carne de animales criados a gran escala es responsable del daño al ecosistema que producen las hormonas y los pesticidas. Por no hablar de las personas con sobrepeso, que tarde o temprano serán un gran coste para la sociedad.

La conciencia alimentaria moderna es moral también en otro sentido: muchas de las personas que abrazan los saludables productos eco lo hacen con la ferviente convicción de estar realizando una pequeña contribución a la mejora del mundo. Pero las personas concienciadas por la alimentación pasan por alto con gusto una cosa: esos productos veganos hipersaludables y prometedores de felicidad a menudo han sido producidos del mismo modo que los productos inmorales, insanos y odiados.

---

4 Juego de palabras en el original alemán entre «*quälende*» (torturador) y «*qualmende*» (humeante) [N. del T.].

### **Flow [Fluir]**

Da igual si es en el trabajo, con su pareja o en el deporte: todo el mundo desea tener *flow*, incluso quienes todavía no han oído nunca este concepto. Fue el investigador de la felicidad Mihaly Csikszentmihalyi quien introdujo el estado de *flow* en los debates expertos de psicología y pedagogía, tras sus más de 30 años analizando las experiencias de la práctica de deportes extremos y de riesgo. Posteriormente la escena *hip-hop* retomó el concepto para describir la interacción entre texto, pronunciación, acentuación, voz, ritmo y melodía.

En las sociedades del rendimiento, el concepto se utiliza fundamentalmente en relación con el mundo del trabajo. El *flow* describe aquí una «embriaguez por el trabajo» positiva. Esto interesó también a Csikszentmihalyi en su libro *Fluir: Una psicología de la felicidad*,<sup>5</sup> publicado a principios de los 90, donde describía a un soldador fordista de una fábrica de Chicago apasionado completamente por su trabajo. El trabajador de la fábrica sería un ejemplo de persona para la que el trabajo es un fin en sí mismo. El trabajador de la fábrica conseguía, incluso en su puesto de trabajo casi inhumano, en una zona completamente cubierta de maleza, vivir ese estado de *flow*, ya que descubría nuevas posibilidades de actuar para soldar todavía más rápido, más efectivo y con mayor precisión.

Si se perfeccionan las condiciones de trabajo y se muestra, como en el caso del trabajador de la fábrica de Chicago, una estructura de la personalidad ágil y fluida, ya no hay ningún obstáculo más para una

---

5 Csikszentmihalyi, Mihaly, *Fluir. Una psicología de la felicidad*, Barcelona, Kairos, 1997.



vida completamente enfocada hacia el trabajo. Desde la perspectiva del empresario, las ventajas son evidentes: el trabajo asalariado no solo resulta soportable o agradable, sino el lugar en el que se puede alcanzar una satisfacción completa o incluso una felicidad permanente. Para el trabajador perfecto, el puesto de trabajo es un lugar donde no existe el aburrimiento ni el miedo al fracaso, donde se es consciente de la potencia de las capacidades propias y se actúa ante cada situación con seguridad en sí mismo y efectividad. La búsqueda de nuevos desafíos, completamente enfocados y concentrados en la actividad, es lo que antes se llamaba trabajo. No hay ninguna razón para preocuparse, ya que todo está en orden. Gracias a la experiencia ideal realizada, el trabajador olvida el tiempo, el tiempo de trabajo. Absorto en su delirio, concentrado en la embriaguez de las acciones para la producción y el desarrollo. Todo lo demás desemboca ahí; también la pregunta de para quién y para qué todo eso.

## Comunicación no-violenta

La comunicación no-violenta es un concepto desarrollado por Marshall B. Rosenberg, según el cual por medio de una comunicación empática se pueden solucionar los conflictos. La idea central: en un conflicto, al principio las partes implicadas exponen sus propias observaciones. Después deben percibir sus sentimientos y reconocer sus necesidades. Finalmente, una de las partes en conflicto pide a la otra que satisfaga sus propias necesidades. Si la otra persona sigue también estas reglas y expresa sus necesidades, ambas partes se encaminan a un proceso de negociación.

Hay elementos de la comunicación no-violenta que encuentran también aplicación en los métodos de *feedback*. Un *feedback* correcto debe ser aprendido y sigue determinadas reglas básicas: el *feedback* debe ser solicitado, se deben evitar las generalizaciones, siempre se debe hablar en primera persona. La persona que recibe el *feedback* también debe atender al código de conducta: debe escuchar de manera agradecida y dispuesta a aprender, no se debe justificar y debe dar las gracias tras la recepción del *feedback*. En las bonitas metáforas de animales de la comunicación no-violenta expresadas por Rosenberg, se trata de confrontar al lobo con una jirafa. El animal de cuello largo ha de tener un gran corazón, mientras que el lobo un gran hocico.

Mientras las indicaciones de Rosenberg podrían ser útiles para los conflictos cotidianos entre personas y en grupos, en el mundo de la empresa la comunicación no-violenta se convierte en una farsa. Justo ahí se descubre rápidamente que bajo esa apariencia supuestamente empática se esconde un lobo con piel de jirafa.

El papel de los talleres de comunicación no-violenta de la mayor parte de seminarios de fin de semana para empleados directivos nos tendría que generar ya cierto escepticismo. Nos podemos imaginar a ese jefe que expresa sus necesidades de manera completamente no-violenta para racionalizar los procesos laborales, para subir la productividad pero que no tiene ningún interés en aumentar al mismo tiempo los salarios. Por el contrario, la persona asalariada expresa la necesidad de mayor sueldo y menor tiempo de trabajo. ¿Sigue sirviendo aquí el lenguaje de las jirafas?

En los espacios de izquierdas el concepto goza también de una gran popularidad. Así, hace unos años la revista mensual anarquista *Graswurzelrevolution* [Revolución desde la base] discutía si la comunicación no-violenta no sería nada menos que la anarquía encarnada. Quien se pasee de vez en cuando por asambleas de la izquierda «antiautoritaria», debe reconocer rápidamente que la comunicación no-violenta a veces hace que se ignore el objeto de la discusión. Quién y cómo habla, qué reglas no está cumpliendo, si se siguen respetando las medidas y la no-violencia, son a menudo cuestiones más urgentes que las que se refieren al asunto en concreto: en seguida se desencadena un debate de manera empática y no-violenta sobre cómo habría que discutir sobre un argumento. Aquí y allí hay que superar las referencias excesivas a las reglas de comunicación de quienes se quedan sin argumentos, para desactivar su posición de disgusto.

Exhibir aprecio sustituye también a valorar. Todo resulta negociable. Quien no está preparado para la metareflexión resulta poco empático, violento incluso; quien emite un juicio, quien no se fija

en hablar siempre desde una perspectiva puramente subjetiva; quien no comienza una de cada dos frases con «en mi opinión», «tengo la sensación de que», etc., tendrá que recibir clases particulares de comunicación no-violenta. Y así sustituye la forma al contenido, y el burocratismo de izquierdas a la reflexión real.

## Himno

Desde la creación de los Estados, los himnos han servido para rendir homenaje a la nación en las ocasiones de Estado como recepciones, desfiles militares y carreras de Fórmula 1. El mismo tiempo, algunas empresas tienen también sus propios himnos. En las sociedades del rendimiento, los himnos de las empresas sirven a la identidad corporativa: los empleados se han de identificar con la empresa y trabajar con más motivación por medio de un sentimiento de unidad transmitido musicalmente.

El investigador cultural Rudi Maier localiza la creación del primer himno de empresa en los años 20 por parte de IBM en EEUU. Los empleados recibían el libro de canciones *Songs of IBM* seguramente para que dejaran a un lado otros libros de canciones obreras, muy populares en la época. En Alemania fueron Bosch y HypoVereinsbank las empresas que introdujeron la música corporativa, aunque ya en los años 90.

Quien se sumerja en el género de los himnos de empresa se encontrará en un mundo de innovación, felicidad y motivación constante, en el que los jefes son auténticos compañeros de trabajo. Todos son muy cercanos a los clientes, y se unen por amor a la empresa. Así, el himno de la empresa Henkel moviliza las ideas, en el caso de EDEKA se ama por igual a los alimentos y a los clientes, y en Volkswagen trabaja «un verdadero superequipo, unido como una piña». El «sentimiento de ser un nosotros» caracteriza también el himno de Kaisers Tengelmann: «Somos Kaisers Tengelmann. Y en nuestra familia importa cada uno de nosotros». Aunque en Kaisers Tengelmann se trata de mucho más

que eso: «Hoy escribimos la historia y mañana comienza el futuro». En el himno de Kaufland se dice: «un país, tu mundo, en el que cuenta la persona, te conquista una sonrisa y todos son amables».<sup>6</sup>

Los imperativos de los himnos son intercambiables: ¡Motívate! ¡Dalo todo! ¡El cliente es el rey! La identificación con la empresa debe facilitar esto. Para ello, no solo se utilizarán los brazos y las piernas, sino también las cabezas –y el corazón–. En el sector servicios es donde se requiere en especial esa satisfacción y entusiasmo por el producto, por el servicio, por la empresa. Todo esto lo sentirán los clientes solo si la euforia es real, auténtica. La empresa necesita a los empleados al completo, como reza el credo de una canción de Kaufland de 2003:

«Sin ti no hay nada que hacer, eres muy importante. Te necesitamos, únete, simplemente di: ¡sí! Entonces seremos el número uno, para nuestros clientes está claro».

---

6 *Ein Land, deine Welt,  
in der der Mensch noch zählt,  
ein Lächeln dich gewinnt  
und alle freundlich sind* [N. del T.].

## Ironía

Los últimos años han sido propicios para la ironía: tanto en los *shows* televisivos como en las revistas, en Facebook o en Twitter, se ironiza de algún modo casi sobre cada acontecimiento o información –y la mayor parte de las veces sin analizar los contenidos correspondientes–. Así, muchos programas satíricos de televisión se dedican a desnudar al *establishment* político y los *magazines* funcionan completamente sobre la base de una pretendida madurez irónica frente a los avances sociales y políticos. El trasfondo de esto es una posición política que hemos de criticar. El significado o el efecto de la ironía no lo conoce casi nadie: mediante una distancia irónica, quien habla deja abierta su propia posición, el mensaje irónico no se ha de corresponder con las convicciones propias, lo que convierte a la ironía en un componente básico de las sociedades del rendimiento.

En 1993, el escritor estadounidense David Foster Wallace, un maestro de la ambigüedad en sí mismo, criticaba ya en un ensayo la ironía ubicua que nos tiraniza. El carácter represor de la ironía institucionalizada se encuentra en que permite rechazar un punto de vista sin tener siquiera que entrar en los contenidos. Mientras que en el ámbito literario y artístico se proclamó hace unos años ya el giro *postirónico*, en la vida diaria y en los medios la ironía sigue siendo omnipresente. Si antes la crítica de las concepciones esencialistas de la verdad se dirigía contra el dominio existente, la ironización postmoderna se muestra ahora como la forma de dominio del capitalismo flexible: los «grandes relatos» se han

destruido hasta el punto de que no queda nada por lo que merezca la pena discutir o incluso luchar.

Al mismo tiempo, los giros infinitos de la ironía se corresponden con las exigencias de la sociedad del rendimiento: quien no tiene una posición clara puede dejar todo abierto. Al no ser clara cuál es su posición, su crítica o su distanciamiento, queda inmunizado en adelante frente a la crítica –finalmente se opina de todo que sí pero que de algún modo «no tanto»–. No tener que comprometerse con nada significa no tener que asumir ninguna responsabilidad con las posturas y los actos propios.

La ironía puede ser un medio para soportar mejor esta realidad asquerosa –o incluso para hacer público su carácter–. Pero la inflación en la utilización de la ironía conduce a un arriesgado baile sobre el volcán entre el distanciamiento y la afirmación. La ironía vulgar que se ha establecido últimamente ha quedado absorbida por el bucle de los juegos de posiciones, y ya no permite transformar nada. El verdadero sentido de la ironía hace tiempo pues que se perdió. Así, hoy en día los guiños aparentemente inteligentes y las dudas profundas fingen referirse a algo. Esta ironía «sin significado» ya no supone ningún golpe al orden existente, sino que lo estabiliza.

### **Sí pero no<sup>7</sup>**

Si hacemos caso a los despreciables comentarios de las revistas burguesas, el signo indiscutible de la «generación *Maybe*» es uno: la incapacidad para tomar decisiones. Incluso el sector publicitario ha hecho algunos intentos para sacar provecho de esa miseria generacional certificada de quienes dicen «sí pero no».

Así, Marlboro se anunciaba con el eslogan publicitario *Don't be a Maybe* [No seas un quizás]. En otoño de 2013, la administración del distrito de Múnich prohibió la campaña. La razón: porque era muy buena. La publicidad era demasiado apropiada para animar a los jóvenes a fumar, ya que se sugería que Marlboro transformaría a las personas irresolutas en personas de acción.

Evidentemente, en el ámbito de la orientación profesional se reconoció también el signo de los tiempos y se colocó la claridad y la capacidad de tomar decisiones en la parte alta de la lista de las cualidades que sus servicios tenían que enseñar. Los *coachs* para tomar decisiones especializados en la generación «sí pero no» y *Maybe* también asesoran en las cuestiones relativas con la gestión de los grupos de amigos y la colaboración. Las decisiones en estos ámbitos tampoco son fáciles: ¿Quiero entregarme completamente a la nueva burguesía, colgar en mi habitación una cornamenta de ciervo (por supuesto, irónicamente) y formar una familia? ¿O debo reservarme la esperanza de que vendrá algo mejor? ¿Qué viejas amistades me ayudan realmente a avanzar, y cuáles salen mal paradas en la cuenta de costes y beneficios?

---

<sup>7</sup> *Jein* en el original, término que fusiona *Ja* (sí) y *Nein* (no) [N. del T.].

Que el «sí pero no» haya experimentado un crecimiento en tiempos de inseguridad general no es algo casual. Una decisión tomada en algún momento excluye otras posibilidades. ¡Tantas opciones que ya no se pueden aprovechar! Por eso hay que seguir siendo flexible.

Esto le ocurre también a la izquierda, donde las personas se comprometen de mala gana en un grupo político, y prefieren estar activas creando vínculos temporales. Las cuestiones relativas a los contenidos también se abordan con gusto con un oscilante «si bien... también...». ¿Quién quiere comprometerse con una posición? «Nos las apañamos y esperamos nuestra oportunidad»: un joven activista que trabajaba además como redactor en la revista de izquierdas *Analyse & kritik* dijo en 2009 en un reportaje de la revista de *Der Spiegel* sobre la generación de los niños de la crisis que la estrategia de supervivencia es la del «quizás», hasta que vuelva la del «no».

¿Es ahora el «sí pero no», por tanto, bueno o perjudicial para una izquierda a la que en realidad le gustaría acabar con una realidad en la que el ser humano sigue estando esclavizado, etc.? ¿Puede jugarse todo a una carta, y por tanto quizás perderlo todo? ¿Es un sinsentido golpearse la cabeza contra un muro, en una pose revolucionaria, o quizás sería más aconsejable mantener una posición al acecho, hasta que «se abran nuevos espacios discursivos» y «se anuncien acontecimientos»? Difícil de responder. Por un lado y por otro, para ambas posiciones hay argumentos.

## Carrera

La carrera es un concepto derivado del francés *carrière*, que señalaba en su día el recorrido por diferentes ámbitos vitales. En las sociedades del rendimiento, carrera se refiere sobre todo al recorrido profesional. Como un caballo de carreras, que se lanza al galope para completar su carrera, para una carrera de cine es recomendable una rápida salida. También es aconsejable tener precaución. Puede ocurrir que se pierda el ritmo, que se caiga en una trapa de la carrera o que se desvíe del camino correcto. Cuando uno menos se lo espera, su carrera se puede truncar.

Para evitar esto, uno debe haber preparado lo antes posible una estrategia –lo mejor es que sea con apoyo de un *coach* profesional especializado en carreras–. Gozan de gran prestigio los perfiles de carrera personalizados.

El supuesto traje a medida tiene que ver, sin embargo, con fijarse bien en el patrón, ya que siempre se recomienda lo mismo: un balance armónico entre vida y trabajo, formación de por vida así como aumento de la empleabilidad.<sup>8</sup> Desarrollar recursos variados es un requisito indispensable para quienes quieren seguir trepando con paso seguro por la escalera de la carrera profesional.

A quienes a la larga una escalera se les hace demasiado vertical, y no siempre quieren seguir subiéndola, el capitalismo flexible les ofrece la posibilidad de las carreras horizontales: el trabajo por proyectos de duración determinada, los cambios de oficio y las figuras del principiante y del que cambia de sector son cada vez más comunes, al igual que las

---

<sup>8</sup> *Employability*, en inglés en el original [N. del T.].



interrupciones voluntarias para hacer montañismo, recorrer largos trayectos con la bicicleta o descansar en retiros silenciosos en monasterios del lejano oriente. Un efecto secundario agradable: estas pausas quedan bien en cualquier currículum –y como tema de conversación en las pausas del mediodía–.

Las carreras de varias vías, llamadas discontinuas, están de moda en una época en la que los contratos temporales crecen y las «biografías laborales normales» se ven desplazadas. Se requieren identidades laborales de *patchwork*. Tanto en el trabajo formativo, como en la universidad, en los chiringuitos de hamburguesas o en las paqueterías, los puestos temporales, las subcontratas y los autónomos precarios se están convirtiendo cada vez más en la norma. Cada vez menos personas trabajan dentro de un campo laboral o en la misma empresa durante más de una década. Es tan práctico, que cada vez parecen desearlo menos, a su vez.

Unido con esto: aumenta la percepción de que los puestos fijos profesionales son rígidos y agobiantes. Se valora más la autenticidad, la autonomía y la búsqueda de un trabajo que tenga un interés. Para ello se rechaza un estándar de vida medio por el que antes se peleaba, e incluso se traslada el propio trabajo al tiempo libre, naturalmente solo «cuando no hay otra cosa», ya que ser explotado es, en el mejor de los casos, divertido, o incluso mejor, te realiza.

## Amor

El amor designa, según parece, el mayor afecto posible que pueden tener unas personas con otras. Cuanto menos seguros se presentan los tiempos, cuanto más precaria la propia existencia, más parecen anhelar las personas lo que generalmente se entiende por amor.

Pero el amor lo tiene difícil en el capitalismo: el pensamiento competitivo y la ideología del individualismo, esa armónica música que acompaña los sustos cotidianos de la sociedad del rendimiento, no se detiene ante las relaciones personales. ¿Por qué deberíamos sacar los codos contra todo lo que nos rodea y sin embargo olvidar, en una relación amorosa, todo lo que hemos aprendido a duras penas desde la niñez?

En su búsqueda por el amor libre, algunas personas prueban nuevos conceptos de relación. Algunas lo intentan con el poliamor o con una relación abierta, y cambian así encantadas los amores libres por la posibilidad del ejercicio de un acto fisiológico sin ataduras. Pues la supuesta liberación mostrada del pensamiento de posesión y de los celos no tiene lugar ante un muro blanco, sino sobre el trasfondo del capitalismo, que ha hecho de la flexibilidad y del individualismo su *leitmotiv*.

La continua búsqueda de lo mejor de lo mejor está relacionada con las nuevas formas de relaciones: si alguien cocina o filosofa mejor, o si es mejor en la cama, puede sustituir rápidamente a quien cumplía esa función. Otra ventaja añadida: no hay que romper del todo, sino que se puede reactivar esa pareja que cocina, que lee o que hace de *follamiga* según las necesidades o la situación propia en el mercado.

La gestión de las parejas parciales cuesta tiempo, a veces tanto que las personas implicadas en ello se olvidan de toda la sociedad ante su gran liberación individual. Por si fuera poco, a esto se le añade que el capitalismo actual no solo se caracteriza por una presunta libertad y desenfreno sino también por una gran inseguridad: un trabajo asalariado caracterizado por su temporalidad, alto desempleo y escasa protección legal se ha convertido en la norma para cada vez más personas. El sentimiento cálido de amparo de la seguridad social, en el que al menos nos habían hecho creer durante décadas, ha dejado lugar al frío miedo a la caída. Un miedo que no se detiene tampoco ante lo supuestamente privado.

Así, el hombre se encuentra en el neoliberalismo ante un dilema. Quisiera canalizar la inseguridad que lo origina, quisiera vivir como un nuevo burgués con una cornamenta de ciervo en el salón y un enanito de piedra en su «jardín urbano», con tres hijos, barba cerrada y un jersey de punto. Al mismo tiempo, le gustaría dormir con quien quisiera, hacer lo que le diera la gana en cada momento. Simplemente tenerlo todo: de fiesta la noche del sábado, puesto hasta las cejas en la discoteca Berghain de Berlín, bailando con los brazos en alto y follando a lo loco en el baño y el domingo tomando a gusto un té caliente, susurrando al oído de su pareja bajo la manta suave, y viendo al anochecer la serie policíaca *Tatort*. El deseo de irse de fiesta, bailar y follar no es tan fácil de encajar con el de estar acaramelado, tomar té y ver una serie en compañía. Y no es raro que finalmente, quienes quieren todo, se queden sin nada.

## Maratón

El maratón, con sus 42,195 kilómetros, es una de las carreras de fondo más largas. En las sociedades del rendimiento, un maratón completado con éxito simboliza una capacidad especial de sufrimiento y de rendimiento. No hay que sorprenderse, por tanto, de que en el curso de las dos últimas décadas los maratones se hayan convertido en carreras enormemente masivas.

En la primera maratón de Nueva York y Berlín participaron en torno a 100 personas, mientras que hoy en día más de 40.000. A menudo se justifica este crecimiento por el deseo de compensar unos hábitos sedentarios extendidos en el mundo laboral. Pero el *boom* de los maratones y del *footing* mañanero es mucho más que una compensación por el fatigoso trabajo frente a una pantalla.

En un anuncio publicitario de Commerzbank aparece corriendo al amanecer una joven jefa de sucursal del banco perfectamente entrenada y acorde con los ideales de belleza habituales atravesando Frankfurt am Main y pensando cómo puede seguir adelante con la empresa ante la crisis. Su conclusión: «Tenemos un largo camino ante nosotros. Pero con el primer paso comienza todo».

La carrera simboliza seguridad en la planificación y en los objetivos, pero también visión de futuro y autodisciplina. Un cuerpo bien entrenado materializa un éxito que de ninguna manera es solo personal. Quien corre con regularidad demuestra que puede pensar más allá de los límites, ponerse nuevas metas y sufrir para conseguir el éxito. No hay autogestión óptima sin gestión del sufrimiento. Habilidades extraordinarias

que también podrían ser una ventaja en el trabajo –en tanto no permanezcan ocultas ante los otros y ante los superiores en la oficina–. Por eso se informa una y otra vez de los progresos del entrenamiento. Especialmente de moda: subir a las redes sociales los resultados comparados de una *app* de entrenamiento y compartir en el trabajo tarjetas con aforismos motivadores.

Desde hace algunos años existen cada vez con más frecuencia carreras de empresas –casi siempre de menos de unos cinco kilómetros, pero claramente cada vez más populosas–. En la mayor carrera de empresas de Alemania, en Frankfurt am Main participan hasta 70.000 personas. Al mismo tiempo, también hay un campeonato de empresas en el se premia a los grupos y empresas «más en forma», los empleados, jefes y equipos «más rápidos» así como la imagen de carrera más creativa. Aquí se unen, pues, la experiencia del éxito personal con la pertenencia a la empresa. Directamente, como si los empleados y los jefes tuvieran en realidad el mismo objetivo.

## Jóvenes científicos

En las sociedades del rendimiento, las personas que se ganan la vida con la ciencia gozan de una gran consideración social. Pero en cuanto al salario y a la seguridad, la generación de científicos tiene en general un aspecto lúgubre. La reforma de las instituciones y de la sociedad no se ha detenido tampoco ante las universidades. Las horas extras no remuneradas, las ocupaciones temporales, el *name-dropping*<sup>9</sup> forzoso y el *branding* de nuevos conceptos acuñados impregnan el día a día de muchas personas.

Puesto que aquí los puestos indefinidos son una falsa alarma para el personal no directivo, a quienes desarrollan una carrera profesional científica en las universidades o escuelas superiores solo les queda la esperanza de una de las escasas cátedras. No hay ninguna escalera profesional por la que subir paso a paso y en la que poder quedarse cómodamente en un peldaño intermedio. Quien no recibe esa llamada salvadora de la cátedra vive materialmente al nivel de un estudiante.

El principio del todo o nada está más vigente que nunca: o un fino restaurante cerca de la uni o espaguetis con tomate para toda la vida.

Para aumentar las posibilidades de la anhelada cátedra, la generación de científicos debe demostrar flexibilidad y capacidad de adaptación. Por un lado, la persona advenediza debe hacer que su nombre suene, debe publicar astutos artículos regularmente, participar en conferencias, mantener el contacto con la gente

---

<sup>9</sup> En inglés en el original. Se refiere a la práctica de citar (soltar nombres) en una conversación a personas o entidades de prestigio, con afán de ganar estatus social o reconocimiento [N. del T.].





T. L. Jensen

5

importante y producir conceptos como una cadena de montaje –con la esperanza de que uno de ellos encuentre la entrada al canon–. Por otro lado, no debe causar mala impresión ni, en la medida de lo posible, perder la simpatía de nadie, ya que nadie sabe quién se sentará en el jurado algún día.

En vista de las precarias condiciones de trabajo, para muchos trabajadores de la uni junto al prestigio se encuentra el idealismo que mantienen sobre la ciencia. De alguna manera, sí que se hace algo sensato: producir saberes críticos y demás. Pero el sistema de adaptación estratégica tiene consecuencias directas en la investigación. Quien desde la ocupación temporal actual debe escribir contribuciones para su siguiente puesto temporal ha de orientar su investigación hacia los temas previstos por una universidad-empresa cada vez más dirigida por los recursos externos.

Así, quien debe investigar la última mierda para salir adelante puede relajarse gracias a la producción ideológica universitaria. Finalmente se trata de subversión, se dice a menudo.

Hace poco, un joven investigador explicaba así, al calor de un congreso científico, el potencial de resistencia de su actual investigación financiada por terceros: analiza por encargo del Gobierno Federal o de algún cuerpo policial la aceptación del potencial para controlar a la población para la introducción de nuevas medidas de seguridad. Fascinante.

### **Citas on-line**

Los lugares en los que se busca sexo rápido o amor duradero cambian constantemente. Los lugares clásicos para ligar, como las discotecas, las bodas de otros o las fiestas populares<sup>10</sup> pierden importancia, mientras que cada vez más personas se dirigen al espacio virtual para la elección de pareja.

Ahí hay una gran cantidad de bolsas digitales de personas solteras: los datos de los amantes de los perros están en [datemydog.eu](http://datemydog.eu), los góticos en [gothic-singles.de](http://gothic-singles.de), los nazis tienen sus webs de contactos también,<sup>11</sup> los enamorados del golf [golfkontakte.de](http://golfkontakte.de), los fans de los caballos en [reitersingledates.de](http://reitersingledates.de), los agricultores están contentos con [farmersingles.de](http://farmersingles.de) y los maderos con [polizeisingles.de](http://polizeisingles.de).

Quien quiera minimizar el riesgo de enamorarse «hacia abajo» puede buscar «titulados universitarios y solteros con nivel» en [elitepartner.de](http://elitepartner.de). La cuestión de si se trata o no de el camino apropiado para la elección de pareja divide a la sociedad civil. La crítica cultural conservadora no se entusiasma. Su reproche es que los contactos digitales son «antinaturales».

Sean o no naturales, la elección digital de pareja dispone de criterios claros de la mano de los cuales las candidatas y los candidatos juzgan y son valorados. Quien busca solteros en [elitepartner.de](http://elitepartner.de) introduce algunas características y datos y encuentra una oferta de

---

10 *Schützenfest* en el original. Se trata de unas fiestas populares tradicionales en Alemania, que se celebran en verano, y que van acompañadas de ejercicios de tiro y puntería [N. del T.].

11 En el original se hacía referencia a [aryanblood.net](http://aryanblood.net), una web que no está operativa. Sin embargo, hay multitud de webs de contactos para «blancos» y similares en la red [N. del T.].

innumerables parejas adecuadas que también prefieren vivir en un chalet que en una residencia de artistas, que se interesan por la literatura, las galerías, el buceo y el tenis, a quienes les gusta ir a la ópera y dar paseos en barca, que tienen seguridad económica y que indican como *leitmotiv* su preocupación por el aspecto físico, la capacidad competitiva, la ambición y la búsqueda del éxito.

El corazón de las bolsas digitales de pareja es el *matching*: sobre la base de un test de personalidad elaborarán un perfil y propondrán compañeros sentimentales o para la cama que hayan respondido de manera similar a las preguntas. Una alta cantidad de *matches* sugiere que os adaptáis bien el uno al otro. Para optimizar la elección de pareja se va mejorando constantemente el algoritmo.

Aquellas personas que han entendido la lógica del mercado tienen una ventaja: un análisis exacto de la demanda y una adaptación correspondiente de la oferta pueden conducir rápidamente al éxito: hay que ser un poco extrafalario pero no *freak*, culto pero no engreído, deportista pero al que le gusta disfrutar del atardecer, ambicioso pero no perfeccionista.

## Procrastinación

Procrastinación significa en psicología el hábito de aplazar las decisiones y los trabajos molestos. En las sociedades del rendimiento, sobre todo los trabajadores *freelance*, los creativos y los estudiantes intercambian sus experiencias sobre esta forma de retrasarse, para trabajar la diferencia entre pretensiones y realidad.

La expresión «yo procrastino» no se refiere, sin embargo, al propio retraso, sino al hecho de entretenerse en ocupaciones secundarias que llevan a que las actividades que realmente hay que hacer tengan que ser aplazadas: como navegar por la red, comprobar el status de Facebook, hacer llamadas de teléfono superdecisivas, redactar una lista tremenda de cosas por hacer, cocinar u ordenar la casa.

Aplazar cosas no es algo específico del neoliberalismo, desde tiempos inmemoriales las personas dejan las actividades molestas para el día o las horas siguientes. Los niños disfrutaban jugando con otros niños tras la escuela, ven la televisión o se ocupan de cientos de cosas importantes, que deben hacer, en vez de hacer los deberes o recoger sus juguetes. Los adultos prefieren sentarse en el parque a rellenar formularios en la oficina, cerrar paquetes en un almacén o esperar a que se quede una ventanilla libre en la oficina de empadronamiento.

Lo que antes se conocía sencillamente como un retraso, comenzó a llamarse procrastinación desde más o menos 2006. En los blogs, en las redes sociales o en los descansos del trabajo, el tema preferido de conversación suelen ser las experiencias de procrastinación. Que este concepto circule sobre todo entre profesores y profesoras y aspirantes a ello

no se puede atribuir solamente a las características de su trabajo asalariado. Las palabras de origen latino prometen más esplendor y al mismo tiempo sirven para marcar distancia con quienes no pertenecen a la vanguardia de la sociedad del conocimiento.<sup>12</sup> Pero esto tampoco es una explicación suficiente de por qué el tema de la procrastinación resulta tan popular.

Hablar abiertamente sobre todas estas bonitas actividades que se realizan en vez de aquellas molestas es algo que, al mismo tiempo, tranquiliza e inquieta. El reproche triste autocrítico de no haber logrado, un día más, hacer algo que nos habíamos propuesto, junto con esa sonrisa invertida que se pregunta qué hemos hecho además de mirar Facebook, beber café y comprobar los *emails*, son la expresión de la denostada imposibilidad de terminarlo todo en las sociedades del rendimiento: da igual si nos proponemos mucho o poco, difícilmente lo cumpliremos. La impresión de no poder concluir nunca algo satisfactoriamente conduce a un remolino que nos hunde incesantemente.

Pero al mismo tiempo, reconocer los aplazamientos que uno hace puede resultar en cambio relajante. Qué bonito es escuchar que uno no está solo ante este problema, ya que cuando todo el mundo procrastina, el problema de uno de correr eternamente tras las cosas resulta, al menos, relativo. Explicar las procrastinaciones propias puede por tanto tener un efecto relajante, siempre que quien tenemos delante haga lo mismo.

---

12 Nótese que el texto original está en alemán, idioma que adopta muchos conceptos de origen latino como cultismos o terminología específica, pero no como conceptos de uso vulgar [N. del T.].

## **El Yo cuantificado**

El Yo cuantificado (*Quantified Self*, QS) es un concepto creado en 2007 por dos periodistas de la revista *Wired*, órgano central de la New Economy, que indica el movimiento de las personas que se miden a sí mismas (*Self-Tracker*) e intercambian los resultados de las mediciones con otros y otras *Self-Trackers* y con quienes desarrollan *software*.

Los y las *Self-Trackers* recopilan datos sobre su situación física, su estado emocional, su situación financiera así como su relación con el entorno. Así, miden su presión arterial, su estado de ánimo, su capacidad de concentración o la cantidad de los pasos que han dado. El objetivo de las mediciones es perfeccionar el conocimiento sobre uno mismo y alcanzar una mejora de los valores medidos. Para ello, las personas *Self-Trackers* ensayan múltiples técnicas y productos en experimentos consigo mismo.

Los datos recibidos, así como los resultados de los tests sobre uno mismo son fuente de intercambio entre *Self-Trackers* por medio de *blogs*, de encuentros regionales (*Meetsups*) y de congresos suprarregionales. Uno de los mayores encuentros tuvo lugar en septiembre de 2012 en Palo Alto (EEUU), y en él se estima que participaron más de 600 personas. En septiembre de 2012 se abrió en la Universidad de Ciencias Aplicadas de Groningen (Países Bajos) el primer Instituto QS. Por medio de innumerables programas de investigación interdisciplinarios se volverán a sondear los límites entre salud, deporte y tecnología y se contribuirá a la consecución de un estilo de vida óptimo.

En el centro de estos *Meetups* se encuentra el *Show and Tell*: por medio de presentaciones cortas, los profesionales del *software* dan a conocer nuevas aplicaciones que recopilan datos y que informan a los y las *Self-Tracker* sobre los resultados de sus mediciones y sus descubrimientos. Uno de los experimentos más conocidos dentro de los QS es que el consumo diario de café con mantequilla (café mañanero mezclado con mantequilla), el cual puede ayudar, a quienes lo disfrutan, a activar su capacidad de rendimiento. El acuerdo consiste en que el café con mantequilla tiene efectos positivos para la concentración. Sin embargo, no ha sido demostrado suficientemente cuántos gramos de mantequilla hay que echar al café de la mañana. La dosis óptima parece estar entre los 40 y los 125 gramos por taza.

Los y las *Self-Trackers* trabajan con mucha presión para perfeccionar la receta. Un *bloguero* llamado Caveman Klaus cuenta cómo bebe cada mañana café ecológico de alta calidad con mantequilla excelente de vacas de pasto altamente motivadas, que pasan mucho tiempo al aire libre, así como una dosis de aceite de coco. Esto le reporta energía pura para cinco o seis horas y pone en marcha su metabolismo lipídico.

## La bicicleta de carreras

Desde hace algunos años, en las grandes ciudades se pueden ver cada vez más jóvenes con bicicletas de carreras. El beneficio es claro: una bicicleta de carreras se caracteriza, en comparación con una bicicleta normal, por ser un medio de transporte claramente más rápido. El penoso trayecto al trabajo o a casa de un amigo o amiga puede convertirse en algo práctico para mantenerse en forma, como dosis diaria de deporte. Así, la bicicleta de carreras se convierte en un símbolo de estatus, en una señal de deportividad. Para las personas que montan ostentosamente bicicletas de carreras, el poco peso de sus bicicletas tiene una ventaja práctica: no hay que candar la bici en la calle junto a las otras bicis normales, sino que se puede subir al hombro a casa o a la oficina, donde tus colegas y amistades pueden admirar ese dinámico *hobby* que tienes.

Las personas más entusiastas de las bicis de carreras intercambian sus impresiones en las tiendas de bicicletas del rollo, sobre cuadros, cambios o frenos perfectos. Además, no se trata de utilizar la técnica más moderna. Se valora más la apariencia de algunos elementos de la bici que hayan podido ser conseguidos regateando o en una subasta de los años 60.

Conforme más y más personas se han ido comprando una vieja bicicleta de carreras, esta se ha convertido en una moda para escapar de la rutina. Se cotizan mucho algunas bicicletas reducidas a sus mínimos elementos necesarios. Las *fixies* llevan la reducción hasta el extremo: sin frenos, con piñon fijo y sin cambios. Este modelo espartano condensa el voto de autonomía del ambiente de las bicicletas de



carreras. Las personas fascinadas por las bicicletas de carreras ya no dependen de marchas ni de zapatas de freno, sino de sí mismas. En los talleres de bicicletas de autorreparación, donde se encuentran aquellas personas que subrayan que las bicis les parecían cool antes de que se pusieran de moda, se encuentra la cultura alternativa del hazlo-tú-mismo con la autodeterminación que promete el neoliberalismo.

Quien inició la moda de las bicis de carreras para la clase media urbana creativa fue el ambiente de los mensajeros en bici. El puesto promete libertad sin límite e individualismo, aunque si no analizamos con detalle vemos que se trata de un ejemplo monstruoso de la hibridación entre trabajo y vida privada. De manera completamente autodeterminada, quienes tienen estos puestos precarios utilizan su tiempo libre para informarse de los últimos avances en sus instrumentos de trabajo, para intercambiar impresiones con otros, para ir a encuentros y para mantenerse en forma. Junto a la explotación directa del tiempo de trabajo, el tiempo libre no solo sirve para la reproducción de la fuerza de trabajo, sino al mismo tiempo para su optimización. A pesar de todo, este trabajo resulta atractivo para muchas personas. Es un trabajo que sirve de fundamento para la identidad y el sentido, y no aliena. Pero esto no cambia la explotación: la mensajería en bici recorre diligentemente los caminos del sector de los bajos salarios.

## **Autocrítica**

Con el paso del tiempo, incluso en el mundo de las escuelas de negocios se enseña que la capacidad de autocrítica es una de las competencias centrales de los puestos directivos. Un análisis crítico de las acciones propias acelera los procesos de trabajo, anima la creatividad y motiva a las personas subordinadas, dicen los manuales. Pero también es obligatoria para la planificación de la carrera individual una buena cantidad de autocrítica.

La reflexión autocrítica de los cursos de liderazgo y coachings tiene como meta evaluar las propias debilidades, las fortalezas, los intereses y los objetivos; en una palabra: mejorar las oportunidades para la carrera individual. La autorreflexión es «una tarea de mucho trabajo, aunque provechosa, y sirve como condición previa fundamental para una planificación con objetivos de la carrera profesional», dice en un folleto una asesora en carreras profesionales. Pero la autocrítica también está muy valorada fuera de el mundo de los negocios. En los bares, tabernas y en las cocinas de los pisos compartidos a menudo se escucha: debería haber empezado antes con el perfeccionamiento o con las redes sociales, otra vez no he podido completar las tareas del día, quizás soy demasiado esto y demasiado poco aquello, quizás no estoy a la altura de mis obligaciones, ya que en vez de rendir me dedico a ver todo el tiempo vídeos de gatos.

Todo esto son solamente trozos de conversaciones en la crítica y la autocrítica neoliberal. La autocrítica permanente es comprensible: tener presente todas las exigencias permite arreglárselas rápidamente, tomar decisiones y estar en todo momento activo o activa y



con capacidad de movimiento puede transformar en cualquier momento del día una respiración aparentemente relajada en un jadeo atosigado. El intercambio de los problemas cotidianos puede ser una forma de apañárselas, al menos a corto plazo, con los imponderables de la realidad. Pero en realidad, a partir de este instrumento de autoconocimiento se desarrolla simplemente una tematización de uno mismo que se queda estancada en una amarga valoración de los fracasos propios. La mirada crítica sobre uno mismo a menudo persevera en el nivel de los miedos al fracaso y de la sensación de ser insuficiente; no se examina sobre el fondo de las relaciones sociales. La mayor parte de las veces, el tema es solamente el supuesto o efectivo incumplimiento de las exigencias. Rara vez se analiza, en cambio, qué tipo de sociedad es aquella que produce esa insatisfacción general. Así, la capacidad de crítica se transforma rápidamente en capacidad de adaptación, que adopta en su retirada (sin mucha convicción) el lema «*fake it till you make it*».<sup>13</sup>

---

<sup>13</sup> «Disimula hasta que lo hagas», en inglés en el original [N. del T.].

## **Thermomix**

Hace unos 50 años que se producen los robots de cocina Thermomix. Sin embargo, últimamente han registrado un aumento vertiginoso en las ventas.

Solamente en 2013, la empresa vendió en Alemania 200.000 ejemplares de esta maravillosa obra del arte culinario, y la página de Facebook de Thermomix Deutschland tiene más seguidores que cualquier partido con representación parlamentaria. Durante las ventas navideñas, los plazos de envío para esta Thermomix que mezcla, mueve, remueve, cuece, bate, pica y emulsiona llegaron a ser de varias semanas. La gestión de producción informa regularmente de las dificultades que tiene con la producción.

El boom del aparato presenta similitudes con el del microondas de los años 80 y 90. En todo caso: aunque hoy casi tres de cada cuatro hogares dispongan de microondas, el aparato ha caído en descrédito. Junto a las radiaciones de las microondas y el peligro de incendio, los puntos críticos más mencionados son las presuntas pérdidas de nutrientes de los platos calentados.

El espectáculo mediático no solo se explica por la nueva vida hogareña de los neoburgueses. La Thermomix ofrece innumerables posibilidades para preparar la comida de la forma más sana. Quien quiere, puede añadir por sí mismo cada ingrediente. Las personas más concienciadas muelen incluso los granos de espelta y de centeno ellas mismas. Así se vive mucho mejor: el robot de cocina reduce el peligro de que te sorprenda un caballo en la lasaña.

Un bonito efecto secundario: por medio de una alimentación concienciada por la salud se pueden

correr mejor los maratones, recorrer cientos de kilómetros en bicicleta o bajar en kayak por aguas rápidas durante las vacaciones de verano. No se trata solamente de lo que entra en las personas gracias a los robots de cocina, sino también de lo encarnan hacia afuera.

Mientras el microondas y el coche simbolizan como ninguna otra cosa el viejo capitalismo, los robots de cocina y las bicicletas de carreras son imprescindibles (*must-have*) en el moderno capitalismo. Al mismo tiempo, estos objetos de devoción del ascenso social sirven a la distinción frente a aquellas personas que no se pueden permitir una Thermomix de bastante más de 1000 euros, o de quienes no están a la última.

Un detalle interesante: se acumulan informes sobre hombres que hacen virguerías cocinando, que preparan durante horas y días sus milagrosas nuevas creaciones, que sirven complejas comidas en los días festivos y que requieren por ello un gran reconocimiento. Mientras que el ama de casa fordista todavía hacía la comida, porque era necesaria para la vida (y el trabajo asalariado), el hombre moderno no solo hace la comida, sino que crea. Qué poco brilla la obligación de la reproducción en comparación con el glamur de los ejercicios libres de cocina. Así, el hombre gastrosexual ya no necesita un pene alargado que se oxide ante él en el garaje.

## **Clase baja**

La sociología burguesa describía inicialmente la clase baja como la capa social que ocupa el lugar inferior. En las sociedades del rendimiento, la supuesta cultura de clase baja sirve como fundamento ideológico y como negativo para movilizar en toda la sociedad la iniciativa individual, la responsabilidad y la disposición al rendimiento. Durante los años 60 y 70, ya se desarrolló en EEUU un debate mediático sobre «la nueva clase baja urbana». Los periodistas conservadores polemizaban contra el Estado de Bienestar, que educaba a los pobres como «parásitos». Desde entonces, se considera clase baja a un amplio campo de grupos de personas: aquellas que están instaladas en las prestaciones sociales, aquellas que dependen del alcohol y las drogas, las trabajadoras del sexo, las ex-presidarias, las consideradas enfermas mentales, las sin techo, las que practican el absentismo escolar y las migrantes sin papeles.

Desde comienzos de la década de los 2000, a más tardar, los debates sobre este tema se han convertido también en cotidianos en Alemania. En ellos, se identifica una «nueva capa» no dispuesta al rendimiento, o incluso incapaz de rendir, con una cultura de escaso valor, cerrada sobre sí misma; con sus propios códigos y gustos.

Se considera que quienes dan forma a esta clase baja son aquellas personas vagas, dependientes de ayudas sociales, desaseadas, que llevan casi siempre camiseta, que ven telebasura, que consumen cerveza a litros y patatas fritas a kilos y que, por tanto, tienen sobrepeso. En resumen: la llamada nueva clase baja no hace nada con sentido a lo largo de todo el día, y

vive a costa de los demás. Está, por tanto, en las antípodas de la imagen ideal de persona de la sociedad del rendimiento: trabajadora, culta, afeitada si es un hombre, concienciada con el consumo y la alimentación, y sobre todo deportista; además de que pone en la tele Canal Arte y 3Sat. El ciudadano trabajador, que vive en el centro histórico de la ciudad o en un chalé adosado, busca diariamente nuevos retos y tareas para desarrollarse a sí mismo y al lugar en el que está.

El discurso sobre una «nueva clase baja» sirve de fundamento, al fin y al cabo, de la transformación del Estado social desde el Estado del Bienestar hacia el *Workfare*,<sup>14</sup> donde dominan los controles y una mayor obligación hacia el trabajo. Ninguna prestación sin contrapartida, bajo la premisa de que las prestaciones sociales no solucionan los problemas sociales sino que los producen, por lo que las ayudas deben ir unidas a la obligación del trabajo. Las consecuencias de una política social y de mercado laboral de este tipo han sido analizadas desde hace algún tiempo por sociólogos y sociólogas del trabajo. El resultado: una gran parte de las personas perceptoras del «Programa de desempleo II» aspiran a una ocupación que en la mayoría de los casos no les siga entregando a unas condiciones de trabajo precarias y con bajos salarios, en sectores (sobre todo orientados a la exportación) en los que, al mismo tiempo, crecen los beneficios. La «nueva clase baja» es, así vista, una clase baja que se encuentra permanentemente en movimiento, cuya existencia se caracteriza por la inseguridad y la sobreexplotación.

---

<sup>14</sup> El término *workfare* proviene de un programa estadounidense, después importado al Reino Unido, por el cual la percepción de ayudas sociales quedaba ligada a la realización de un trabajo sin remuneración. Es habitual utilizarlo como contraposición al concepto de bienestar (*welfare-workfare*) [N. del T.].



## Contrato

Un contrato es un acuerdo libre entre al menos dos partes, por el que se regula un comportamiento determinado por medio de un compromiso personal. Una forma específica del contrato es el contrato de compraventa: por medio de una declaración de voluntad se produce un cambio de propietario o la utilización de un servicio. En las sociedades del rendimiento tiene lugar una generalización del principio del contrato de compraventa, incluso cuando no existen voluntariedad y capacidad de elección.

Así se cierran afanosamente también los contratos en las oficinas de empleo. La protección de las necesidades vitales básicas se desarrolló en el curso de la transformación fundamental del Estado social en una prestación de un contrato comercial. Esta prestación solo puede ser recibida, *de facto*, cuando se cierra una especie de contrato por medio de un «acuerdo de integración».

El carácter contractual sugiere que las personas receptoras de ayudas, llamadas eufemísticamente «clientes», están al mismo nivel. Así, la «declaración de voluntad» es obligatoria, la servidumbre es voluntaria, la posibilidad de elección queda eliminada en la práctica y con ello se manifiesta la falsa posición de un lado de la mesa.

Los encargados, los de recursos humanos y los gestores pueden acortar las prestaciones a sus beneficiarios en base a acuerdos pseudocontractuales. Por medio de estas pseudodeclaraciones de voluntades, los «clientes» se comprometen por su correspondiente contrato a mantener los esfuerzos y demostrarlo. El

derecho de intervención de los «clientes» en la mesa de póker negociadora se mantiene dentro de unos límites muy claros. A ellos no les queda prácticamente ninguna alternativa más que firmar el contrato.

Es cierto que no hay ninguna coerción para la firma del acuerdo de incorporación, pero en la práctica la firma se impone en la mayor parte de los casos judicialmente. La libertad de elección de los «clientes» se limita a organizarse en otra parte la alimentación y vivienda, o renunciar a la liberación de sus necesidades básicas. La ideología del contrato no solo conduce al ocultamiento de la desigualdad, sino que además tiene un carácter educativo. Mantener un contrato significa tener capacidad de responsabilidad, lo que no solo se enseña en las oficinas de empleo. Antes se han ocupado ya de ello la educación, la formación y los contratos de trabajo social para cualquier cosa. Desde la escuela infantil y primaria, los niños y niñas deben mostrarse como partes contratantes fiables.

Contratos como aquellos por los que los niños y niñas deben estar en silencio o tener tranquilidad mientras los adultos hablan, han de contribuir a una autoevaluación realista, a una autooptimización y a una posterior soberanía como clientes. Si el contrato no se mantiene, se esperan sanciones, que serán legítimas. El fracaso, más fuerte que las represalias esperables, debe pesar por no haberse demostrado como *homo contracticus*, y así no haber correspondido a uno de los modelos centrales de la sociedad del rendimiento.

### **White Trash Party**

La lengua alemana tiene muchos recursos para nombrar a las personas de clase baja: «Assis», «débiles sociales», «Prolls» o, de manera supuestamente neutral, «nueva clase baja».<sup>15</sup> En EEUU se ha impuesto un concepto especialmente claro para los pobres blancos: *White Trash* [Basura blanca]. Sin embargo, «basura blanca» no solo es un concepto que sirve para escupir odio a los receptores de ayudas o para el huerto familiar, sino que desde hace tiempo se ha asimilado al «fiestero», a quien recorre las fiestas de los *White Trash*.

En la web *party-ideas-by-a-pro.com* el experto en fiestas Matt aclara la imagen que se ha elegido para una fiesta de ese tipo. Los hombres deben llevar greñas, bigote, gorra de camionero, vaqueros rotos, y a las mujeres Matt les recomienda tripa de embarazada, bikini y muchísimo maquillaje. El experto deja en manos de los fanáticos de las fiestas los «dientes del *redneck* Billy Boy», una dentadura con dientes enormes y separados. Para la decoración se ofrecen pósters de las carreras de coches de NASCAR, y banderas confederadas. Así se pasa rápidamente de una fiesta *White Trash* a una *Redneck*.<sup>16</sup> Los *redneck* se consideran sin estudios, torpes y ultraconservadores. Son el contrario ideal del pequeño

---

15 En castellano disponemos de una multitud de nombres, distribuidos por zonas geográficas, siendo las más repetidas algunas formas como «cani», «quillo» o «choni», aunque cada una tenga sus matices [N. del T.].

16 *Redneck*, literalmente «cuello rojo» es el apelativo peyorativo que se asigna en EEUU a las personas pobres de entornos rurales; similar en su uso a «paleta» o «garrulo» en castellano. Proviene, como se puede imaginar, de los cuellos enrojecidos por los trabajos realizados al aire libre, bajo el sol, generalmente en el campo. Es muy interesante al respecto el *Manifiesto Redneck*, escrito por Jim Goad (Barcelona, Dirty Works, 2017) [N. del T.].

burgués urbano a la moda, que tanto disfruta alardeando de liberal y abierto de mente, pero al que no le gusta tener trato con el lumpen.

Las fiestas *White Trash* no son, sin embargo, un fenómeno que se limite a EEUU. En el Reino Unido también hay estudiantes impertinentes, especialmente, que disfrutan celebrando fiestas en las que se disfrazan de *Chavs*<sup>17</sup> y *Prolls*.

¿Y en Alemania? Es fácil encontrar a cualquier Marius que nos explique lo cool que le parece disfrazarse de Jacqueline o de Kevin. Por otro lado, las *Trash Partys* están cada vez más de moda por aquí. Hasta el momento no están orientadas de una forma tan explícitamente despectiva, aunque sí que se aplauden algunas representaciones de cómo vive la clase baja. Ropa deportiva y de interior o aspecto colorido, pelo cardado y colores chillones. El lema dice: «Al menos hay que ser un poco pasota y macarra». Hablar mucho sobre coches rápidos, hacer chistes racistas, boxear un poco, llamar a la novia «perrita sexy» o «mi perlita», bailar el tecno de los autos de choque de los 90, y todo esto guiñando un ojo, por supuesto.

Al mismo tiempo, no se trata de una ironía. Tampoco solamente de ponerse en valor y distinguirse. La clase baja, o al menos lo que por ella se entiende, no es solo una imagen negativa que rechazar. Es también símbolo del desenfreno instintivo, de eso que las personas amantes de las fiestas quizás no puedan experimentar durante la semana; en sus oficinas, en sus estudios, en sus auditorios, sus cafés y sus edificios antiguos. Esto es, sin duda, un nuevo fenómeno: mien-

---

17 *Chavs* es el adjetivo empleado en Reino Unido a las personas de un estrato social más bajo, en la línea de *White Trash*. Para un análisis del concepto de *Chavs*, véase Owen Jones, *Chavs. La demonización de la clase obrera*, Madrid, Capitan Swing, 2012 [N. del T.].

tras que en los tiempos de la alta industrialización la ciudadanía y la burguesía se interesan por los barrios de la clase obrera, los asocian al mismo tiempo con los barrios de chabolas: el East End londinense o también posteriormente Rixdorf en Berlín no solo significaban peligro por la criminalidad del lugar o las enfermedades contagiosas; también eran espacios para el vicio y el pecado. El desenfreno (imaginario) de las clases bajas fascina a la burguesía, porque aunque en el reinado victoriano pietista tuvieran dinero, siempre tenían que dormir con las manos sobre las sábanas.

El ansia por el desenfreno, quizás incluso por la pereza, rodean hoy también las *Trash Partys*. Salirse en algún momento de lo común por medio de una imagen *trash*, o imitando el dialecto local, para compensar el esfuerzo cotidiano por no dar nunca el cante. De pronto, ser Kelly Bundy, Vicky Pollar o Cindy del barrio de Marzahn, y no hacer siempre lo que espera de ti tu jefe, y tú mismo.

## XING

Mientras en Facebook se intercambian las canciones preferidas, las fotos preferidas de las vacaciones, las bobadas preferidas y los vídeos de hámsters preferidos, en la red social XING se trata de algo menos mullidito. Las empresas publicitan sus eventos y buscan clientes y socios comerciales potenciales; aquellos que quieren «desarrollarse» profesionalmente, que buscan un empleo mejor. En resumen, se trata de una red social de negocios, de camarilleo y nepotismo, y de aumentar los niveles de Vitamina-B.

XING y los portales similares como academia.edu y LinkedIn siguen una larga tradición por la que las élites políticas y económicas cuidan desde tiempos inmemoriales su estrecha relación. En la antigua Roma, las clases altas se encontraban en los asientos de mármol de sus letrinas de lujo para conversar y cargar juntos.

La expresión «hacer un negocio» recuerda al cargar en común de las élites.<sup>18</sup>

A principios del siglo XX surgieron en EEUU clubs de negocios, como el Rotary o el Lions, en los que se evaluaban intereses comunes, se cerraban acuerdos de cooperación, se buscaban situaciones *win-win* (en las que todos ganan), se buscaban oportunidades de carrera al modo clásico estamental, o se intentaba colocar a parientes cercanos.

Sin embargo, quien sostenga que los clubs no han acompasado el ritmo de los tiempos se equivoca.

---

<sup>18</sup> Juego de palabras en alemán a partir del verbo «*verrichten*», que significa realizar, efectuar, pero que también está en la expresión «*seine Notdurft verrichten*»; hacer sus necesidades [N. del T.].





En 1989, las mujeres podían entrar ya incluso en el Rotary Club. Aunque la apertura fuera un poco forzada por una decisión del Tribunal Supremo de EEUU, los hombres del Rotary se adaptaron como modernos hombres de mundo, con un ligero retraso, a la realidad del siglo XX.

En XING se podían presentar en cambio desde el principio tanto los hombrecitos como las mujercitas. El club de negocios digital tiene alguna ventaja: en el Rotary se encontraban una vez por semana, y alguno (rara vez alguna) realizaba una exposición sobre su campo profesional. En XING todas las personas pueden informar en todo momento sobre sí mismas y sobre la situación actual de su carrera. Es sin duda práctico: los viejos clubs de negocios tenían tediosas condiciones éticas. Así, el lema del Lions Club dice: «*We serve*» [Nosotros servimos]. Con ello se indica que los miembros del club se ocupaban de fines caritativos. Algo así ocurre en el mundo de las redes sociales de forma periférica y con menos empeño. La buena conciencia que se exhibía se muestra ahora en Facebook por medio de un click de *me gusta* a una campaña que hace sentir bien o por la firma de una petición inofensiva. Esto da crédito, tanto en la vida privada como en la profesional. De acuerdo a un estudio de TÜV y Statista del año 2014, en el que se analizaron el 52% de los perfiles de los anunciantes de Facebook, un tercio también estaba en XING. Se trata de seguir ahí: hay que estar alerta de todas las entradas de las redes sociales. En cualquier caso, nadie que quiera hacer carrera debe renunciar a XING. En caso contrario, se colocará junto a quienes no están en el Rotary Club ni en XING: quienes se dedican a las labores de limpieza, las personas sin cualificación y las que no tienen empleo.

### Y.O.L.O.

Hace más de dos mil años, el poeta romano Horacio llamó a la gente a disfrutar el día. Con el curso del tiempo, ese *carpe diem* ha perdido, en los países de habla alemana, la connotación hedonista. En el trasfondo ya no está el disfrute; hoy en día se traduce *carpe diem* como «aprovecha el día», aunque todavía quede algo de ambigüedad. Una ambigüedad que también existe en su correspondiente neoliberal: Y.O.L.O., acrónimo de *You Only Live Once* [Solo vives una vez].

Mientras en los clubs nocturnos señala una justificación para descontrolarse, la indicación de que solo se vive una vez puede entenderse también como invitación a aprovechar las posibilidades dadas de la mejor manera posible, tanto en la vida privada como laboralmente. En este sentido van los imperativos: «¡Aprovecha tus oportunidades!», «¡Da lo mejor de ti mismo!», «¡Rómpete el culo!». En todo caso, aprovechar las oportunidades presupone que estas existan, y puedan ser reconocidas. Justo a partir de esto último surge el miedo a desaprovechar algo, el F.O.M.O. (*Fear of missing out*).

«Un día, cariño, seremos viejos y pensaremos en todas las historias que podríamos haber contado», dijo con manifiesta timidez, apoyándose en una canción pop, Julia Engelman, de veintinueve años, en un concurso-recital de poesía, disparando así a principios de 2014 una moda en Youtube. En el vídeo, reproducido un millón de veces, nombra los problemas de una vida escrita siempre en subjuntivo.

Justo después, junto a esto, coloca el cánón de las posibilidades para la parte universitaria de la sociedad

de las múltiples opciones: subir a los tejados de las casas, correr maratones y leer *Los Buddenbrook* de Thomas Mann. Por otro lado, reclama que «nosotros» tenemos que desenmascarnos, con lo cual finalmente formula el deseo omnipresente por la autenticidad y la autorrealización. Para aprovechar todas las posibilidades, debemos, por supuesto, creer en nosotros mismos.

Pero hay algo que a Engelmann no le gustaría: tener que decir que es mayor, que es terriblemente perezosa «como un guijarro en el fondo marino», que se convierte en una holgazana y deja todo para el día siguiente, y no se entrega. Le gustaría ver que el aquí y el ahora son su tiempo, que ahora es joven y está viva.

Al igual que el pequeño y dulce poema de Engelmann, Y.O.L.O. puede también ser entendido como una patada en el culo más o menos sutil para que elaboremos la lista de las cosas por hacer en la vida: no pienses que te gustaría beber una cerveza en el parque, que podrías conocer a más gente cool ni que deberías hacer un poco más de carrera profesional, sino hazlo, así después tendrás también algo para contar. De este modo, el *You Only Live Once* es el equivalente del *Live Fast, Die Young* [Vive rápido, muere joven] y del *No Future* [No hay futuro] de la generación previa.

## Falta de tiempo

La queja por la falta de tiempo es mucho más vieja que el capitalismo neoliberal. A principios de los años 50, el periodista de economía del *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (FAZ) Jürgen Eick escribía ya contra la *angina temporis* y observaba: «Para todo lo que hacemos, utilizamos menos tiempo y tenemos menos tiempo que la generación previa. El mundo parece hechizado. Cuanto más nos apresuramos, menos tiempo nos queda».

La *angina temporis* podía cohibir entonces, junto a los críticos culturales conservadores, quizás también a los ejecutivos, y por eso las primeras guías sobre gestión del tiempo estaban escritas para los directivos y jefes. Hoy, sin embargo, podemos encontrar innumerables libros y métodos para casi cualquier situación vital y público objetivo.

En la guía *Gestión del tiempo para niños y niñas*, los pequeños reciben consejos sobre cómo pueden mejorar sus rendimientos en la escuela. Evidentemente, no se trata solo de la cara seria de la vida, sino que el rigor ha de ser aprendido más bien por medio de juegos. La guía dice: «Cuando vences a tu pequeño holgazán interno, te gustará hacer cosas que ahora haces a regañadientes».

Para entender la actual coyuntura de gestión del tiempo hay que remitirse a la transformación de la economía del tiempo: antes eran los jefes y los encargados quienes controlaban a los empleados por medio de relojes de fichar, imponiendo así una organización del trabajo eficiente. Con el tiempo, la organización efectiva del tiempo ha ido descansando, cada vez más, en los propios empleados, algo que muestra, entre





otras cosas, el hecho de que las regulaciones laborales estén orientadas según los acuerdos de objetivos y rendimientos. El tiempo sigue siendo por tanto un instrumento de dominación, incluso aunque los relojes ya no estén en manos de los jefes ni sean aparatos gigantes colgados en la pared de la fábrica, sino que estén en las manos y en las cabezas de los empleados.

Así, el tiempo no ha perdido importancia, sino al contrario: debido a la individualización de la responsabilidad, la planificación del tiempo se ha convertido en un elemento central del propio trabajo. Está generalizado el temor a no aprovechar de manera efectiva el tiempo. Sin embargo, a pesar de una gestión del tiempo tan eficiente, por la que podemos escuchar con atención una conferencia en el iPod mientras corremos en la cinta del gimnasio, la insatisfacción por todo el tiempo desperdiciado es constante. En las sociedades del rendimiento, nunca se puede alcanzar completamente la distribución óptima del tiempo; lo que ocurre a menudo no solo en el caso del tiempo de trabajo o reproductivo, sino también del tiempo libre.

## Agradecimiento

Este diccionario no habría sido posible si no hubiera recibido incontables apoyos. Antes que nada me gustaría agradecer a la redacción de la revista mensual de izquierdas *AK-Analyse & kritik*. Ahí he publicado un artículo del diccionario en (casi) cada número desde abril de 2013. La elaboración de dichas contribuciones por parte de la redacción los ha mejorado claramente. Las entradas del diccionario también se han visto mejoradas gracias a las y los correctores irregulares. Andrea Strübe, de la revista digital *kritisch-lesen.de* ha hecho una lectura crítica seguramente de más de la mitad de las entradas. También Christian Baron, Martin Brands y Jens Zimmermann han echado un vistazo en ocasiones a los borradores o han sugerido ideas para nuevos artículos.

Merece un agradecimiento especial Johanna Bröse, que ha aportado las fotos y ha revisado las versiones definitivas del diccionario. Además, le agradezco a Oliver Nachtwey que haya añadido un prólogo y de paso haya aportado indicaciones oportunas para la última revisión. Klaus Viehmann, uno de mis diseñadores preferidos, ha realizado como siempre un magnífico trabajo. En agradecimiento le invitaré pronto a un cigarro. Gabriel Kuhn ha leído y alabado el libro con cariño. De este modo, ha fortalecido mi seguridad en mí mismo, lo que como es sabido es muy importante para los *freelancers* en el capitalismo, por lo que se lo agradezco mucho.

Finalmente me gustaría agradecer de corazón a la editorial Edition Assemblage. Me convencieron al principio de la idea de publicar el diccionario como

un libro. La editorial me invitó a un acto en diciembre de 2014. Allí leí partes del diccionario y debatí con las personas asistentes también sobre si la izquierda había perdido durante los últimos años la perspectiva de querer transformar de arriba abajo la sociedad.

En definitiva, no se trata solamente de evitar ser completamente absorbidos por el neoliberalismo, ni tampoco de criticar la ideología dominante, sino de combatir el capitalismo. Si una sola persona de las que se han enfrascado en la lectura de este diccionario ha llegado a conclusiones similares, el libro habrá conseguido su objetivo.

Sebastian Friedrich  
Berlín, agosto de 2016

## **II. ZONAS DE OPTIMIZACIÓN DE SÍ MISMO**



# 1

## **ON TIME RUN. SIEMPRE EN RUTA, SIN LLEGAR NUNCA, RECORRIENDO LAS ZONAS DE LA OPTIMIZACIÓN DE SÍ MISMO.**

Felix Klopotek

I

Fue una vivencia memorable. Había que subirse correctamente al SUV.<sup>1</sup> Entonces se cerraban sus pesadas puertas. Cinturón de seguridad obligatorio. Y entonces se partía, saliendo de Puerto Príncipe. En algún momento se estaba ya en el campo, y la carretera se convertía en una pista polvorienta llena de baches, llena de trabajadores del campo a izquierda y derecha. En el vehículo había otras tres personas; voluntarios, representantes de la ONG. Íbamos en camino hacia su proyecto. Retumbaba y vibraba, el vehículo se balanceaba violentamente, era incómodo; al mismo tiempo la pesada carrocería generaba seguridad, estábamos sentados en un espacio interior protegido. Los cooperantes conversaban a gritos, y casi no conseguían entenderse, gesticulaban y señalaban afuera a los trabajadores. Dentro, no solo se estaba protegido, sino que se estaba en una posición elevada, que pasaba por

---

1 SUV, acrónimo de *Sport Utility Vehicle* (literalmente vehículo utilitario deportivo) hace referencia a la nueva generación de vehículos híbridos entre turismo y todoterreno [N. del T.].

encima de las dificultades de las carreteras haitianas, del día a día de Haití. Se tenía movilidad, mientras que los haitianos agachados trabajando encarnaban la pesadez y la inmovilidad. Teníamos una visión panorámica, atravesábamos el paisaje, éramos salvadores y conquistadores al mismo tiempo. Se puede narrar la realidad del imperialismo de las ONGs desde la perspectiva del espacio interior de un todoterreno.

Peter Scheiffele tuvo esta vivencia cuando se encontraba en otoño de 2011 en Haití para hacer una investigación. Trabajaba en una investigación crítica de la actividad de las organizaciones no gubernamentales. Esta consiste, fundamentalmente, en incitar a los haitianos a trabajar. Una frase brutal –pero desde la perspectiva de los profesionales del desarrollo completamente obvia–. Naturalmente, hay que precisar: se habla del trabajo en sentido occidental y bajo premisas occidentales. Se trata, para las ONGs, de levantar empresas «adaptadas al mercado mundial», por otro lado no al estilo de los años 80 y 90: con instrucciones duras de privatización y reformas estructurales sin vuelta atrás. Esto ya lo han dejado atrás los haitianos y haitianas, y –junto con las élites corruptas de su país y la mafia de las drogas– ya les ha arruinado profundamente. La reestructuración económica de Haití, especialmente tras el horrible terremoto, ya no ha de consistir en injertar un conocimiento económico empresarial, sino que los haitianos y haitianas han de adquirir competencias muy generales que les permitan apropiarse por sí mismos del conocimiento, tal y como se administra efectivamente. Se puede considerar esto como una optimización de sí mismo imperialista,<sup>2</sup> una nueva autodeterminación que ponen a disposición

---

2 Peter Scheiffele ha escrito un extenso ensayo sobre esto, que todavía no está publicado: *Organisationaler Imperialismus und Autonomie in Haiti*.

innumerables ONGs, que a veces se muestran como de izquierdas o como cristianas arraigadas, y que tiene sus límites en el SUV. Define una zona en la cual quedan excluidos, mientras aquellos que operan en la zona a menudo no son conscientes de su perspectiva altamente específica. Ellos son los buenos, están aquí para ayudar. Cuando se miran a sí mismos, la perspectiva ya está preestablecida –y no por ellos–.

## II

«Optimización de sí mismo» es una expresión complicada. Sin embargo, cada vez más personas la utilizan como algo evidente. En un reportaje para la WDR, Anke Engelke investigó los efectos y las estrategias de la optimización de sí mismo<sup>3</sup> y terminó en una triste ambivalencia: atañe básicamente a personas insatisfechas, que sufren las normas de belleza y de eficiencia de nuestro tiempo, para las que, al mismo tiempo, ciertas estrategias de optimización de sí mismo –el entrenamiento de los pensamientos, la concentración en uno mismo, el mantra del énfasis en las partes positivas de la personalidad propia– suponen un alivio. Aquello que se sufre es también lo que ayuda a superar el sufrimiento. ¿Cómo podemos comprender esto?

Quien habla de optimización de sí mismo tiene una idea o una representación de lo que es el Yo: es el núcleo de la personalidad, el centro de poder y coordinación de un individuo, donde cuerpo y mente todavía no se han dissociado. Y a este Yo se le aplica algo que se utilizaba hasta ahora en el mundo de los aparatos y la producción: una optimización. Algo tan vago como

---

3 «Schöner, schlauer, schneller–Anke Engelke und die Selbstoptimierer», emitido en WDR el 27 de agosto y el 3 de septiembre de 2015.

el Yo, de lo que tan poco sabemos, que al mismo tiempo experimenta en cada momento su propia existencia, que continuamente se nos escapa y también está presente, será sometido a la optimización, es decir, a un procedimiento técnico implementado con precisión. Esta contradicción podría resolverse por sí misma fácilmente si se encontrara una manera pragmática de relacionarse con el Yo y con su optimización: se diría, por ejemplo, quiero simplemente ser feliz conmigo mismo, así que busco en mi cotidianidad aquellas situaciones en las que tengo guerras conmigo mismo, y me pregunto por lo inevitable del curso de las cosas, y lo dejo estar. En resumen: me persuado de que tengo que estar en serenidad.

Si fuera tan fácil, el concepto de optimización de sí mismo ni siquiera habría aparecido. Aunque esto tiene que ver con la forma que tiene el sujeto de tratarse a sí mismo, remite a unas circunstancias reales, que se encuentran fuera de nosotros. La optimización de sí mismo es un proceso objetivo de mediación de poder, y por tanto de dependencia. Lo complicado es que el proceso discurre de forma interna –interiorizamos algo, cerramos el proceso con nosotros mismos; parece algo extremadamente individual–, y que para ello necesitamos condiciones objetivas –da igual si se trata de un reloj de Apple o un espacio de *coworking*, un vale de un seguro de salud o la apertura de un restaurante de hamburguesas veganas en el barrio, un acceso fácil al Ritalin o la introducción de unos horarios laborales basados en la confianza en la oficina–. Así, descifrar estas condiciones es algo que se ve frustrado por el hecho de que inicia un proceso que aparece como propio, que en cierto modo brota de nosotros mismos y fluye de vuelta a nuestro Yo. Se produce una equivocación: es-

tas condiciones son desde nuestro punto de vista algo accidental, que no nos marca, sino que nos servimos de ellas como medio, siempre están en la periferia de nuestro Yo.

Al contrario: no es que nosotros las pongamos, sino que ellas nos acuñan. Las instalaciones para socializar de los campus de las centrales empresariales de Google, Facebook o Apple tienen un aspecto *pop* y colorido, y permiten a los empleados una existencia *hipster* desenfadada. Lo que producen, o al menos vehiculan, es el mismo conformismo de siempre, que incluso la empresa más anarquista necesita también para generar beneficios: la pasión por el trabajo.<sup>4</sup>

Observado al desnudo, este mecanismo consiste en una simple transferencia. Una presión externa, para adaptarse a la «cultura» de una empresa, a las leyes del mercado, a las exigencias de la política de ser un buen ciudadano o al imperativo de la valorización del capital se traduce en una norma, una prescripción moral, que «yo personalmente» he de hacer realidad. Se puede

---

4 «Los empleados pueden coger y dejar en cualquier lugar del campus una bicicleta multicolor de Google, que luego podrá utilizar otra persona. Por medio de automóviles eléctricos, que se encuentran en una estación de recarga, los trabajadores puede ir a hacer la compra. En Facebook pueden comer *sushi* o burritos, levantar pesas, ir a cortarse el pelo, dejar su ropa en la lavandería o ir al dentista; todo ello sin abandonar el puesto de trabajo. Mientras tanto se proyectan en Appel casi cinco mil millones de dólares para una central gigante, impenetrable y con forma de anillo, que en su centro tendrá un parque, que en realidad pertenece a la ciudad de Cupertino. Estos lugares autárquicos y autorreferenciales dificultan a los empleados incluso el contacto casual con la sociedad que les rodea. La frontera entre lo público y lo privado se difumina allí. Las empresas que proporcionan un entorno tan regresivo para sus trabajadores, esperan en compensación una entrega ilimitada al trabajo». Robert Pogue Harrison, «Verändert die Welt, und macht sie flach!», en *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 11 de agosto de 2014, disponible *online* en <http://www.faz.net/aktuell/feuilleton/kalifornische-ideologie-veraendert-die-welt-und-macht-sie-flach-13092376.html> [última visita 13 de abril de 2018].

hablar, por tanto, de procesos de subjetivación.<sup>5</sup> Las personas no solo internalizan una orden y actúan en consecuencia sin estar forzadas desde fuera, sino que aquello que internalizan es lo que les abre a la acción, lo que se ajustará siempre con su actuar, con su praxis. La internalización debe hacerse realidad, y esta «realización» vuelve a señalar a un afuera. Esto significa, en concreto, que la optimización de sí mismo no se puede comprender separada de una ideología que continuamente sostiene que no habría nada más importante que indagar, reflexionar, criticar y ponerse a prueba constantemente uno mismo para hacer cualquier cosa –el amor, el trabajo, el tiempo libre, el pensar– cada vez mucho mejor. Y sobre todo, no está separada de espacios sociales, o incluso zonas, en las que se desarrolla el actuar. La optimización de sí mismo se tiene que pelear (que dejarse la piel) una y otra vez con la dureza del estado de cosas, con la consecuencia «de que la explosión de posibilidades

---

5 En las humanidades impera una presión hacia la especialización que se expresa en la búsqueda continua de nuevos paradigmas; sin embargo, Andreas Bernard se topa con algo: «Desde el poder disciplinario de los siglos XVIII y XIX, pasando por el poder de control del XX, parece que el camino nos conduce a un nuevo fenómeno en el siglo XXI, que se podría llamar el poder de la internalización», en «Wir sind total kontrolliert», en *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 28 de mayo de 2015, disponible *online* en <http://www.faz.net/aktuell/feuilleton/die-neue-praeventionskultur-wir-sind-total-kontrolliert-13607780.html> [última consulta: 13 de abril de 2018]. Por otro lado, Max Stirner había criticado ya hace 170 años la pérdida consecuencia del poder de internalización en la crítica de la religión de los jóvenes hegelianos (tardoilustrados). ¿Qué se gana con expulsar a Dios del cielo y convertir al ser humano en el verdadero sujeto de la historia, si cada individuo es «Dios»? La coacción que se impone a los individuos no es más pequeña por sonar como una voz interna. «(...) según la doctrina cristiana, el "espíritu de Dios" es también "nuestro espíritu" y "habita en nosotros". Habita en el cielo y habita en nosotros; nosotros no somos más que su "morada". Si Feuerbach destruye su morada celestial y le da fuerza a venir a instalarse entre nosotros con armas y bagajes, nos veremos nosotros, su terrestre mansión, singularmente embarazados». Stirner, Max, *El único y su propiedad*, Madrid, Sexto Piso, 2014, pág. 91.

también trae consigo un paradójico empobrecimiento de la personalidad. Desde los ordenadores hasta los gimnasios; cuesta una enorme energía presentarse durante largos periodos de tiempo como un sujeto autónomo y resuelto».<sup>6</sup>

De donde pone «optimización de sí mismo» no puede surgir al final una «optimización de sí mismo». No existe una línea del frente uniforme de la ideología del rendimiento. El imperativo por ser un padre de familia moderno no se puede compatibilizar, así sin más, con la entrega absoluta a la empresa (¡Horas extra!); comprometerse política o socialmente –en lenguaje antiguo: ser un auténtico ciudadano– entra en contradicción con la codicia que se promueve por todas partes, con la exigencia de una voluntad desenfrenada para las batallas comunicativas y productivas del mundo del trabajo. Ya que esta codicia, la libertad ilimitada de la iniciativa privada, debe contravenir intencionadamente de un modo u otro lo definido como bien común.

Este imposible encaje, esta heterogeneidad de las zonas de la optimización de sí mismo degenera en crisis sociales, que piden a gritos soluciones autoritarias o bien incitan defensas subversivo-solidarias. Naturalmente, estas crisis tienen su interioridad subjetiva: ponen bajo presión a los individuos, los conducen por ejemplo a terapias en las que descubren sus verdaderas necesidades, su verdadero Yo –en el que también han de trabajar una y otra vez–. O bien las personas intentan

---

6 Koppetsch, Cornelia, «Die Linke ist konservativ geworden. Der Spieß als Avantgardist. Ein Gespräch mit der Soziologin Cornelia Koppetsch über die Sehnsucht nach der bürgerlichen Komfortzone und den Rückzug in die Familie», en *Die Zeit*, 1 de octubre de 2014. Disponible *online* en <http://www.zeit.de/2014/41/avantgarde-linke-konservativ> [última consulta: 13 de abril de 2018].

escapar de la presión por medio de las drogas, de la metaanfetamina o cristal, una droga de la euforia y de la percepción momentánea de inmortalidad, que se consume actualmente en Alemania en cantidades récord y transversalmente a todas las capas y clases sociales.

Tendríamos que hablar por tanto, quizás, de «zonas de optimización de sí mismo», porque por definición comprenden algo difuso y ambiguo –hay pasos, intersecciones con otras zonas, se deshilachan en sus bordes, etc.–, en esta difusión descansa el potencial de la crisis (en cambio, los espacios están siempre aislados, definidos claramente): el gimnasio, en el que interviene la zona «bar», donde tras el entrenamiento se toman unas cañas, y en el que se puede mostrar lo cool que se es; la oficina; la(s) relación(es) –mediadas por: salón, dormitorio...–; el seminario de la universidad; el mostrador; las escuelas infantiles y la escuela; el centro de la ciudad; la empresa; las zonas de fumadores en los andenes; la terapia (*coaching*, asesoramiento de los potenciales, etc.); los cafés con *wifi*. Que estas zonas proliferen tan rápido significa, en último término, que no es posible implantar la distopía de la interiorización de la adaptación al control total, porque la gestión del dominio no es totalmente clara en sí misma, y funciona ciega siguiendo el método del ensayo-error. De ahí la expansión de las zonas de optimización, ya que continuamente hay que probar algo nuevo. Ante nuestro ojo interno, difícilmente puede aparecer el verdadero Yo, que se aleja una vez más, y requiere esfuerzos renovados para ser detectado.

### III

Siempre el mismo estilo: a bajo cero en Berlín, lluvia y viento en Londres, viento seco y calor intenso en Nueva York, pero el peinado se mantiene. Esto lo conseguía la maravillosa laca de pelo de Drei Wetter Taft. Han pasado ya veinte años desde la emisión de aquel anuncio televisivo, tan sobrio y absurdo, con una ejecutiva de negocios ultramóvil cuyo aspecto no se veía perjudicado por una mancha de sudor ni por un pelo fuera de lugar. Después aprenderíamos a reírnos de aquel peinado llamándolo *pelo de hormigón* (*Betonfrisur*).

En los cambios entre las zonas temporales, las situaciones climatológicas, las exigencias de las distintas actividades había una constante: la ejecutiva. Su emblema era su identidad: era como era y sería lo que es. Las batallas del tiempo –y en los años 90 estaban acompañadas por la formación de un tiempo, un espacio y, *nota bene*, una personalidad superdinámicos para un movimiento único de la clase unificada de los empleados del capital internacional– exigían como punto fijo esa identidad estable, fijada y madurada en sí misma del ejecutivo.

Hoy, nuestra heroína quizás abandonaría la tercera cita, porque preferiría estar con su familia. Sin embargo, no sería necesario insistirle en que, tras el *picnic* y antes de fregar los platos, ha de comprobar rápidamente si tiene mensajes en el *smartphone*, simplemente para ser elogiada por su marido por sus habilidades para delegar –que aumentan su atractivo sexual–. La identidad de hormigón se ha hecho trizas. Ya no se mueve como un tanque atravesando el tiempo y el espacio, y su inmovilidad de acero ya no provoca

miedo y terror. Tampoco es ya, por cierto, ninguna víctima de la flexibilización, no muestra rastros de prisa y presión (y cuando lo hace, entonces habla abiertamente de ello, convierte a sus terapeutas en una figura pública y extrae así, hasta del terrible cansancio que le amenaza, algo del potencial de sus miedos). Ahora es: persistente, reflexiva, elige conscientemente, solo toma decisiones que también le hacen sentirse bien, vive el aquí y el ahora, se dispersa pero no se pierde en los detalles.

De hecho, esto también cuenta como rendimiento de una personalidad consistente. Y además como algo especial. Ya no se trata de alcanzar un estándar fijo de la personalidad exitosa y exhibirlo después. Cada esfuerzo tanto en la vida pública como en la privada se considerará ahora un desafío para tener a punto la reacción correcta en un acto de recuperación y superación. Me arrimo a estas exigencias, me dejo llevar por ellas para dar el doble o el triple de mí hasta que consiga dominar la situación, o al menos eso me parezca a mí y a los demás. Es muy loco, y al mismo tiempo muy significativo, que para este procedimiento heroico se haya introducido el concepto de «optimización de sí mismo», que suena realmente tecnocrático y limpio. En realidad, muchas personas consideran este proceso como completamente neutral, e incluso «técnico» –que finalmente conduce a un aumento de la igualdad de oportunidades; al fin y al cabo el concepto lo debe atornillar cada uno continuamente alrededor suyo: es así, vivimos en un mundo de trabajo flexibilizado y globalizado, y en él tenemos que dar lo mejor de nosotros mismos–. En todo caso, esto puede suponer tendencias utópicas, como pudo observar Harun Farocki en su documental *Un nuevo producto* (2012), en el que

acompañaba con su cámara las reuniones de la consultoría de empresas Quickborner Team, que proyecta y desarrolla en la ciudad portuaria de Hamburgo visiones arquitectónicas de oficinas para empresas como Unilever: «Este nuevo espacio de trabajo se encuentra a medio camino entre el Kibutz y el piso compartido, donde en las reuniones también se habla de si se alcanzan los objetivos personales. Es una forma de socialismo capitalista, proyectado ahí. Las jerarquías son superficiales. Hay una gran creencia en la interiorización de los principios del trabajo, en que no hay que controlar en absoluto a las personas con el reloj para fichar, sino que ellas mismas seguirán su deber a pies juntillas. Son autónomas en grado alto».<sup>7</sup>

Si hacemos la suma de las medidas de optimización de sí mismo, el resultado es algo que casi se corresponde con la perfecta personalidad comunista. Dispuesta al rendimiento y también demandante de rendimiento; orientada socialmente, pero también autoconsciente; que no acepta ningún límite, pero sí se ocupa de todas las circunstancias imprevisibles de la vida familiar, laboral y del tiempo libre. El individuo completo: «mientras en la sociedad comunista, donde nadie tiene un solo círculo de actividad, sino que se puede formar en cualquier campo que desee, la sociedad regula la producción general y hace posible de este modo, sin embargo, que yo haga hoy esto y mañana aquello, que por la mañana vaya de caza, después de comer de pesca, y al atardecer me ocupe del ganado, que tras la comida critique lo que me apetezca, sin que tenga por ello que convertirme en cazador, pescador,

---

7 Farocki, Harun, «Es ist eine Art kapitalistischer Sozialismus, der da entworfen wird», en *Jungle World*, nº 27 (2012). Disponible online en <https://jungle.world/artikel/2012/27/es-ist-eine-art-kapitalistischer-sozialismus-der-da-entworfen-wird> [última consulta: 24 de abril de 2018].

pastor o crítico», según la representación del comunismo de Marx y Engels de *La ideología alemana* (1846). ¿No vamos camino de eso quienes nos «optimizamos»? Sin embargo, el problema se esconde en la palabra «sociedad», la sociedad que regula la producción general es todavía la del capital. Todo indica que sociedad y capital cada vez se van a fusionar más, y que no habrá ningún ámbito de nuestra vida, ni público ni privado, que no esté directamente ligado al beneficio y a la búsqueda del provecho. Tras la posibilidad de la libre elección se encuentra de nuevo la coacción. El sueño de Marx es una pesadilla y, ¿no tenía razón el ácrata Max Stirner, que distinguía ya en el comunismo el dominio de las abstracciones (civiles) sobre el individuo?

La optimización de sí mismo como crítica de la división del trabajo tiene lugar sobre la base de la división del trabajo. No solo no la abole realmente: la perfecta optimización de sí mismo se refiere *de facto* solo a un grupo muy pequeño, aunque muy comunicativo, de la sociedad.<sup>8</sup> Si se pide «optimización de sí

---

8 Inge Kloepfer se lamenta sobre María Furtwängler: «todo va bien cuando funciona: la carrera, la relación, los hijos, el deporte, incluso la implicación social. Hay que hacer muchas cosas bien, y con eficacia, a ser posible. La actriz María Furtwängler, por ejemplo. Lleva al extremo el culto a la perfección: es muy exitosa en el trabajo, en tanto doctora en medicina y actriz, además estando cerca de los 50 casi es modelo, aunque no sea Heidi Klum, tiene dos hijos y todavía sigue casada. Y también en cuanto al compromiso social saca lo mejor de sí misma: el Día Internacional de la Mujer difundió su mensaje de igualdad de derechos de las mujeres por todos los canales. Además, se ha implicado en la lucha contra el cáncer y contra el maltrato infantil –lo que ha admirado a muchos, debido a su presencia mediática, y su correspondiente éxito–». Kloepfer, Inge, «Aus Prinzip erfolgreich. Das Erreichte ist nie genug: Ständiger Erfolg ist zum Ordnungsprinzip unserer -Gesellschaft geworden», en *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 24 de abril de 2015, disponible *online* en <http://www.faz.net/aktuell/beruf-chance/beruf/arbeit-leistung-erfolg-druck-13546141.html> [última consulta: 16 de abril de 2018]. Lo que no aparece en el FAZ: la señora Furtwängler puede unificar todo porque tiene a su lado un montón de gente que le soluciona los problemas. Ella se optimiza a sí misma (y no

mismos» a los mensajeros, a las cajas de supermercado, a los trabajadores de la construcción y a las trabajadoras del sexo, entonces sí que nos referimos a un campo laboral definido de manera muy rígida.

En cambio, la optimización de sí mismo presupone el consumo de una variopinta oferta de servicios que ayudan a sus protagonistas altamente especializados a conseguir esa misma optimización propia. Terapeutas y *coachs*, peluqueros, estilistas, creadores de tendencias en los medios con competencias en definir lo moderno, taberneros que nos preparan el escenario para que salgamos a escena glamurosos, viriles, cool, profesores que nos recomiendan formación complementaria, educadores a quienes podemos confiar nuestros hijos e hijas durante todo el día... Se ha creado una completa industria de la optimización de sí mismo.

El capitalismo, esto lo sabe toda generación como tarde tras su primera gran crisis financiera y económica, no es ningún evento armónico. Así, el placer del comunismo capitalista se topa rápidamente con sus límites. Las diferentes zonas de la optimización de sí mismo no se dejan armonizar ni con la mejor *app*. ¿Y el balance vida-trabajo? Su propio nombre remite a una pareja antagonista cuyo equilibrio es imposible de encontrar en la realidad capitalista. Las zonas se delimitan entre ellas de forma cada vez más hostil en la vida de los héroes modernos. De pronto entra arena en la máquina, y cruje. Cuando se cubre un agujero, aparece el siguiente: capas desgastadas de la identidad. El Yo experimenta este despedazamiento,<sup>9</sup> en un contexto

---

solo lo intenta), porque se lo puede permitir. Esto es dominio de clase.

9 Cuando ya no se puede negar, hay que hablar abiertamente de ello para conjurarlo: el pensamiento mágico. El gurú de los ejecutivos, fallecido en 2013, William Bridges, lleva la metáfora del desmembramiento al extremo, por la cual en la propia cabeza el Yo se reencuentra a sí mismo

antagonista, como algo uniforme, como una identidad negativa; un agujero negro que se traga todo lo social.

Surge un horroroso cansancio. Esto vuelve a despertar recuerdos de la laca Drei Wetter Taft –de la promesa buena y fuerte de identidad–. Pero en la parte alta de la escala social ya no se trata del peinado: Nivea anuncia una crema hidratante para hombres a partir de los cuarenta que permite sobrevivir a las sangrientas batallas de la vida. Justo antes de que el superviviente unte su piel con la última esperanza, vemos su vida pasar dentro de esa famosa fracción de segundo: una mujer le besa, la otra le pega, su hija le estampa una tarta en la cara, en los deportes de invierno una rama de abeto le da un latigazo al volver a su sitio. Mañana, un director de departamento o una potencial pareja sexual mirarán esta cara. Lo que necesita ahora es serenidad, salud, identidad. Fundarse en la universalidad de la mercancía. Impulsado por la presión hacia la optimización de sí mismo, el héroe vuelve a unir finalmente su voz al gran canto de la mercancía.

---

como presidente del consejo de administración ante una gran cantidad de accionistas furiosos: «¿Están completamente en activo todas las partes de su personalidad? ¿Trabaja cada una en el puesto en el que puede obtener los resultados óptimos con respecto a sus habilidades? ¿Trabajan bien en equipo todas las partes, o hay peleas y competencia? ¿Debe usted temer que algunas partes hayan "dimitido" en su interior? ¿Se conocen en todo caso todas las partes entre ellas, o se siente usted en realidad como una víctima de partes individuales deslavazadas? ¿Todas van con alegría al trabajo, están todas sanas? ¿Se sienten todas suficientemente respetadas y reconocidas?», en Ich & Co.. *Wie man sich auf dem neuen Arbeitsmarkt behauptet*, Hamburgo, 1996, pág. 130.

#### IV

«La optimización de sí mismo» no es simplemente una plaga que afecte al tiempo, algo que se encuentre relacionado en términos generales con este oscuro sistema llamado capitalismo, sino que hace referencia al asunto mismo de nuestras formas de racionalidad, y con ello también a nuestra relación con las formas de producción. Que la optimización de sí mismo se acople directamente a la circulación de mercancías, y en tanto servicio a su vez se convierta en mercancía, tiene una profunda razón. Las formas de producción mismas han de entenderse de acuerdo al modelo del flujo de mercancías que circulan con rapidez. Históricamente, el límite entre producción y circulación, entre fábrica y mercado, estaba claramente delimitado. Nadie ha descrito esto con un placer tan polémico como Karl Marx. Al final del cuarto capítulo de *El capital*, donde analiza la «compra y venta de la fuerza de trabajo», anuncia de forma solemne e irónica:

*«La esfera de la circulación o del intercambio de mercancías, dentro de cuyos límites se efectúa la compra y la venta de la fuerza de trabajo, era, en realidad, un verdadero Edén de los derechos humanos innatos. Lo que allí imperaba era la libertad, la igualdad, la propiedad y Bentham.»*

Solo para preparar el camino al infierno unas líneas después:

«Al dejar atrás esa esfera de la circulación simple o del intercambio de mercancías, en la cual el librecambista vulgaris abreva las ideas, los conceptos y la medida con que juzga la sociedad del capital y del trabajo asalariado, se transforma en

cierta medida, según parece, la fisonomía de nuestras *dramatis personae* [personajes]. El otrora poseedor de dinero abre la marcha como *capitalista*; el poseedor de fuerza de trabajo lo sigue como su *obrero*; el uno, significativamente, sonríe con ínfulas y avanza impetuoso; el otro lo hace con recelo, reluciente, como el que ha llevado al mercado su propio pellejo y no puede esperar sino una cosa: *que se lo curtan*». <sup>10</sup>

Los límites estaban claros, pero ambos ámbitos seguían estando relacionados entre sí a la fuerza. La condición de la democracia de mercado era el despotismo de la fábrica, y viceversa: los derechos humanos, establecidos –aplicados– por medio de la socialización del mercado no solo no protegían de la explotación ni del terrorismo del trabajo, sino que incluso lo legitimaban, al final los trabajadores entraban en un intercambio legal –salario por fuerza de trabajo–, por el cual se les reconocía completamente como ciudadanos mayores de edad. Estos límites existen todavía, son constitutivos del capitalismo, aunque han sido cubiertos por el discurso neoliberal de los últimos cuarenta años. En este discurso, se considera a las empresas mismas como algo con forma de un mercado –como grandes mercados en los que se intercambian diferentes procesos de trabajo–, y se define a los trabajadores y a los empleados como productores responsables de sí mismos, que dentro de la fábrica o de la compañía, mutada en una empresa difusa, intercambian sus productos. <sup>11</sup> Algunas empresas,

---

<sup>10</sup> Marx, Karl, *El capital*, Madrid, Siglo XXI, 2017, vol. 1, pp. 235-236.

<sup>11</sup> Esta difusión de la presunta nueva economía debilita la clásica disciplina de la fábrica y abre paso a mecanismos de control precisos, aunque no localizados de forma tan directa; tampoco se trata de un control directo, sino más bien de meta-control, si los sujetos trabajadores se corresponden con las exigencias de responsabilidad puestas en ellos: «La fábrica era un cuerpo cuyas fuerzas interiores debían alcanzar un punto de equilibrio, lo más alto posible para la producción, lo más bajo posible para los salarios; en una sociedad de control, la fábrica es sustituida por

que se perciben a sí mismas como vanguardistas, sostienen que la realidad de su compañía es la realización de esta utopía del mercado. No representan nada para el balance económico de una nación. Pero no se trata del todo de si este discurso se lleva a la práctica con toda su radicalidad en algún momento –ni de si podría siquiera hacerse–.<sup>12</sup> Su efecto ideológico-estructural es igualmente enorme. Este discurso provoca un fermento para la reorganización de la «cultura de empresa». Muchos conocerán algunos adornos de esa cultura a partir de su existencia como empleados pero también como trabajadores: así, cuando unos departamentos absorben rendimientos de otros, se imputan a ellos los centros de costes; se introduce la responsabilidad presupuestaria; se crean los *Profit Center*; los departamentos y los equipos de trabajo entran en competencia entre ellos, como si se encontraran en un mercado libre, y a veces se realizan profundos cortes en la estructura empresarial como cuando se funda una determinada rama y se declara subcontrata autónoma. Los flujos de dinero real

---

la empresa, y la empresa es un alma, es etérea. Es cierto que ya la fábrica utilizaba el sistema de las primas y los incentivos, pero la empresa se esfuerza con mayor profundidad para imponer una modulación de cada salario, en estado siempre metaestables que admiten confrontaciones, concursos y premios extremadamente cómicos.» Gilles Deleuze, «Post-scriptum sobre las sociedades de control», en *Conversaciones*, Valencia, Pre-textos, 2014, pp. 279-280.

- 12 El punto culminante del análisis de la explotación de Marx, que se realiza misteriosamente aunque el trabajador acepte un intercambio legal, consiste en que el capitalista paga el valor de cambio de la fuerza de trabajo, pero se aprovecha sin escrúpulos de su valor de uso (poder conseguir más de lo que es necesario para su propia reproducción). Si el capitalista compra sus productos en su empresa a productores autónomos, entonces se paga al productor completamente por su producto, bajo las condiciones del intercambio equivalente, un valor que ha conseguido y que cuando vende, obtiene de vuelta. ¿Cómo se puede formar en este modelo la plusvalía? ¿Cómo es posible siquiera la acumulación? ¿Cómo se puede transformar el dinero de mero medio de compra en capital? ¿Para qué necesitaría entonces dinero? Todo esto es absurdo.

no fluyen, por lo general, sino que los departamentos fundados siguen siendo casi siempre filiales al cien por cien, que en definitiva trabajan para la nave nodriza. Todo esto termina, como Deleuze formuló con agudeza, en control. En la medida en que se cuantifica los métodos de trabajo en forma de mercado, se convierten en transparentes para el capital, sin que tengan por ello que adoptar una forma despótica. Al contrario, la mercantilización del trabajo ha de despertar la responsabilidad propia de quienes son considerados (increpados) como productores. Ulrich Bröckling habla de un «régimen en cuyo centro se encuentra una orientación general según el modelo de la gestión empresarial y la figura líder del Yo empresarial». <sup>13</sup> Voilà, ha nacido el empresario de la fuerza de trabajo.

Los elementos de la optimización de sí mismo, que nos hemos visto obligados a aceptar en otros espacios de la sociedad, los hemos reunidos al completo en el Yo empresarial: la revalorización del sujeto –de la trabajadora o empleada a la empresaria en propio interés–, el aumento de las posibilidades de control, la individualización, o mejor, aislamiento, la centralidad de las técnicas del Yo como la responsabilidad sobre uno mismo, la capacidad de decisión, la espontaneidad, la ambición de dominio, las habilidades grupales (que parecen contradecir la individualización, pero no deben hacerlo: los equipos no son ningún colectivo, ninguna comunidad, sino actores independientes anudados entre ellos), y la aceptación de la segmentación

---

13 En su perspicaz estudio *Das unternehmerische Selbst. Soziologie einer Subjektivierungsform*, Frankfurt am Main, 2007, Ulrich Bröckling puso de relieve la génesis de este Yo, aquí nos referimos a su abstract: «Die Arbeit des unternehmerischen Selbst», en *Gegenblende*, nº 14 (2012), pág. 14, disponible *online* en <http://gegenblende.dgb.de/++co++9c1d0ba2-5e48-11e6-8bf1-525400e5a74a> [última consulta: 17 de abril de 2018].

de la personalidad. Al final, estas técnicas del Yo permiten despedirse de las situaciones estáticas (o más correctamente: experimentadas como estáticas):

«el Yo empresarial vive en comparativo: no basta solamente con ser creativo, ingenioso, con estar dispuesto a correr riesgos o tener capacidad de tomar decisiones; se debe ser más creativo, más ingenioso, estar más dispuesto a correr riesgos y tener más capacidad de tomar decisiones que la competencia».<sup>14</sup>

Pero estos elementos están todavía restringidos a la esfera de la producción. Aunque pronto la forzarán, porque estas formas de subjetivación pueden convertirse en universales.<sup>15</sup> Cuando en lo más profundo de la sociedad, allí donde su reproducción material está garantizada –en el mundo del trabajo–, se establece el mercado (aunque «solo» sea como discurso, o dicho en viejos términos marxistas: como apariencia real), también funciona la conclusión inversa: el mundo al completo es un mercado. Cuando se universaliza, la optimización de sí mismo sufre una inflación. La individualización extrema y el conformismo van de la mano, se convierten en homólogos.

---

14 *Ibid.*, pág. 22.

15 Bröckling cita al filósofo francés Paul Thibault, que ya en 1984 propagaba la «cultura del emprendimiento»: «De un empresario al servicio de su propio disfrute se puede pasar a un empresario en general. Esto refuta, al menos en parte, la tesis de Daniel Bell sobre la contradicción en la cultura capitalista, que del lado de la producción ha de ser puritana y disciplinada, y del lado del consumo, en cambio, hedonista y tentadora. Entre el individualismo hedonista y el individualismo empresarial ya no existe tanto una contradicción sino más bien una armonía; y el paso de una posición a la otra es fluida. El individualismo, tachado de irrealizable, encuentra finalmente su salvación en sí mismo, y educa para la prudencia ciudadana y para la iniciativa», *Ibid.*, pág. 15.

## V

Ya no me comunico para alcanzar algo sino que da igual de que se trate, lo importante es que me he comunicado bien. La comunicación es un viscoso concepto-chicle, en algún momento ennoblecido como concepto del sistema, por parte de algún experto en administración de fina sonrisa, y sin fecha de caducidad. En los últimos años, la comunicación ha ganado incontables amistades: la creatividad, la integración en la red, las jerarquías débiles, la colaboración, las sinergias. Nunca se nos ha ocurrido preguntarnos a qué remiten estos conceptos y en qué consisten sus objetivos, cuál es, en definitiva, su contenido práctico. Se bastan a sí mismos, quieren ser su propia praxis.

Las redes no son productivas en sí mismas, la comunicación no logra ninguna plusvalía, la creatividad no expresa nada del valor de uso del producto logrado con su ayuda. Esta perversión inunda un mundo del trabajo rudo y despiadado que obedece al nombre hermafrodita de industrias creativas, pintado de color de rosa. Pero, ¿es posible? En Betahaud, una oficina común de creativas y trabajadores en red, no hay jefes que griten, no hay relojes para fichar, se puede pasear tranquilamente entre las distintas plantas para encontrar socios fantásticos para proyectos fascinantes. El autoengaño consiste en deducir de la falta de jerarquías dentro de la oficina compartida el final de las jerarquías dentro de la división general del trabajo, confundir la ausencia de un jefe con la ausencia de la coacción. La jerarquía surge de la obligación de obtener beneficio: al creativo o a la creativa les gusta imaginar que ascienden sin capital ajeno, que solo con

su propio capital humano se convierten de forma creativa en empresarios/as (también empresarios/as de su fuerza de trabajo). Sin embargo, siguen teniendo que contribuir a las tasas de acumulación, a la «paciencia del capital» (Johannes Agnoli), –una importante pieza del engranaje de la gran industria–. Sus cadenas de valorización están en realidad tan finamente ramificadas que requieren innumerables mediaciones discursivas. A esto se le llama comunicación. La creativa, para quien todo depende de una buena comunicación, no solo habla bien de su propia existencia como pieza intercambiable del engranaje, sino que ni siquiera sabe en que posición dentro de la megamáquina del capital está girando.

Las clásicas jerarquías dentro de la empresa –da igual en las oficinas que en las fábricas– tienen la ventaja de que trazan límites bastante claros. Estos no deben ser sobrepasados (hasta que haya un ascenso). En cambio, las relaciones laborales dentro de los límites no están siempre tan claras, lo que hace que trabajadores y empleados/as puedan manipularlas en su beneficio y estas manipulaciones permanezcan ocultas ante sus superiores. Quien conserva su mentalidad de búnker en Betahaus no se puede imaginar esto, pero así es: los verdaderos creativos son aquellos que consiguen sus espacios de libertad importantes para la supervivencia por medio de trucos, trampas y una cooperación (no: colaboración) subliminal, en un espacio laboral que, si no, resulta mortalmente fatigoso. Estos espacios de libertad desaparecen allí donde se difuminan los límites y donde al no existir jerarquías, uno se encuentra directamente ante Dios –es decir, ante la coacción del beneficio–. Donde solo se depende de la creatividad, esta se puede convertir

en un concepto universal y totalitario, que amenaza con extenderse a la capacidad de trabajo general.

De una trabajadora especializada se espera una determinada actividad, que presupone un determinado conjunto de cualificaciones. Estas serán aprovechadas sin piedad en el proceso de valorización. Bastante grave. De un creativo se espera que por la mañana escriba en el blog para el periódico *Taz*, que al mediodía se dedique a dar forma a un proyecto emocionante pero al mismo tiempo vago y al atardecer haga de DJ en una fiesta ante gente muy importante (todos amigos, claro) –y que documente todo en Facebook–. Debe estar permanentemente fuera y al mismo tiempo debe cuidar su imagen de alguien que sabe vivir la vida para seguir perteneciendo a la bohemia. Se debe comportar, en un capitalismo altamente desarrollado, tal y como Marx profetizaba para el comunismo: «Trabajo no solo como medio de vida, sino como incluso necesidad básica».

Con otras palabras, se trata del infierno: «¡Necesitamos ayuda! Nuestros problemas son sobre todo la falta de eventos bien pagados y cooperaciones entre empresas, así como un equipo de trabajo saturado en Colonia, que durante casi los dos últimos años levantando el proyecto se ha dejado la piel y necesita urgentemente un respiro».<sup>16</sup>

## VI

«Cuando, tras la escuela, comencé a trabajar en el puerto de Hamburgo, allí estaban los estibadores, un tipo de

---

16 Así anunciaba una de las cofundadoras de Betahaus Anu-Cathrin Beck el 3 de febrero de 2013 el final de su filial en Colonia. El 15 de abril de dicho año finalmente se cerró. Véase <https://www.gruenderszene.de/allgemein/betahaus-cgn-ende> [última visita: 18 de abril de 2018].

trabajadores temporales sin contrato que yo admiraba. Eran una auténtica pandilla. Eran los únicos que no se podían duchar tras el trabajo, sino que siempre andaban por ahí con la ropa mugrienta. El resto de trabajadores nunca estaban sucios. Por ello, los trabajadores del puerto eran también un poco asociales, no tenían ningún tipo de vínculo familiar. Hacían tres turnos seguidos, y entonces podían dormir un día entero. Nunca vi en ellos un solo gesto de sometimiento. Simplemente hacían su trabajo y no hacían ni mirar a las autoridades. Dejar tu propia vida de algún modo al margen y vender tu fuerza de trabajo, pero no a ti mismo, es algo que ahora ya no es de ningún modo posible».

Esta era la melancólica retrospectiva de Harun Farocki.<sup>17</sup> De nuevo se viene abajo un mundo de los trabajadores. ¿Todo se acabó? No podemos afirmarlo así. No se trata de la típica fórmula retórica de cortesía, la indeterminación es fundamental. Los contornos del medio que describe Farocki están tan bien definidos solamente en su retrospectiva. Seguramente, esta capa de trabajadores le llamaban la atención ya entonces, a mediados de los años sesenta, pero ¿los habría definido tan claramente entonces como parte segregada –y auto-segregada– de la sociedad burguesa? Es inútil especular sobre ello. Pero lo que no es inútil es explicar en qué medida determinamos ciertos contextos sociales, y los acercamos a nuestras proyecciones. Las condiciones de vida proletarias que se formen dependerán de la lucha de clases, la situación está abierta: las educadoras y las trabajadoras de los cuidados han desarrollado en los últimos años luchas obreras comparativamente fuertes y mediante sus bloqueos de las agencias de optimización de sí mismo (las guarderías infantiles) han levantado un gran revuelo en la cotidianidad ideada de los padres y

---

17 Farocki, «Es ist eine Art kapitalistischer Sozialismus».

madres. De ahí pueden surgir nuevas fuerzas para luchar entre los asalariados.

La situación está abierta –lo cual es bastante fácil, ya que el capitalismo no es un sistema cerrado sino dinámico, que produce contradicciones en cada nueva fase de desarrollo y las necesita con urgencia, porque de ellas depende su productividad, su velocidad–. Dos ejemplos que demuestran la ambivalencia de la optimización de sí mismo: que el concepto físico de rendimiento, introducido en la autodescripción de una clase social y convertido en una norma moral –quien rinde algo, en algún momento obtendrá algo– es, con sus 120 años de edad, medidos según la historia de la burguesía y del capitalismo, un fenómeno joven. Tampoco fue la vieja burguesía, entonces ya saturada, la que se refería a la proporción que le correspondía de la producción, sino que eran los trepas del proletariado, los trabajadores especializados, los ingenieros, quienes la reclamaban para sí –personas habituadas a manejar las máquinas y que tenían por ello una descripción positiva de sí mismas–. Relacionaban su éxito social –mayor prosperidad y aumento del reconocimiento– con algo fácil de determinar, algo claramente cuantitativo: el rendimiento. El sistema de la maquinaria, que anuló los conocimientos de varias generaciones de trabajadores y artesanos o incluso fue más péfido, los refundió, produjo al mismo tiempo un nuevo saber obrero. Surgió una capa de trabajadores ingenieros que dominaban la relación con máquinas cada vez más complejas, y que de este modo sentaban las bases de su ascenso social. El concepto físico del rendimiento lo interpretaban socialmente: quien rinde más, experimenta también un mayor reconocimiento social.

El segundo ejemplo: el «Yo empresarial» no es solo expresión de un retroceso neoliberal, pues prácticamente

todas las ideas del «fin de la producción en masa» (esta famosa expresión de hace quizás treinta años, que todavía predica hoy Jeremy Rifkin, que naturalmente nunca ha ocurrido, ni siquiera en los países de capitalismo superdesarrollado) –trabajos en redes, formas empresariales fluidas, disociación entre tiempo y trabajo– estaban pensadas en el nicho de la cultura alternativa, que rápidamente se convirtió en economía alternativa. Y practicada de una forma psicoterrorista, quizás incluso más consecuente, que sus adaptaciones neoliberales. No en vano, el deseo de trabajar de forma autogestionada en pequeñas unidades que formasen entre ellas círculos autárquicos en red, apareció en EEUU, Italia, Francia y también en la RFA tras un ciclo de luchas obreras –a mediados de los años setenta–, que se dirigían directamente contra el régimen de la fábrica y se distanciaban de las formas convencionales de mediación política como los partidos y los sindicatos.

Entonces, ¿es una historia de éxito? ¿Es la optimización de sí mismo la respuesta legítima (o lo ha sido) con respecto a las exigencias del viejo capitalismo, aunque se haya travestido? ¿Son fluidos los pasos entre lo autónomo y lo neoliberal, y valdrían también en sentido contrario? ¿Surgirá de la optimización de sí mismo, como la forma mayor (más generalizada) del Yo empresarial, otra cosa que un Moloch que lo devorará todo? Sí y no: es un Moloch que debe dejar con vida a sus víctimas porque está compuesto en sí mismo de dichas víctimas; nosotros. Si las normas de la optimización de sí mismo estuvieran rígidamente fijadas –tan fijas como las normas del éxito de la posguerra–, el sistema fracasaría por sí mismo. El poder de internalización chocaría, antes de encontrar su lugar, con un límite infranqueable, ya que, ¿cómo podríamos internalizar algo de forma duradera

que se nos presenta como preparado y fijo de forma tan abiertamente autoritaria? La estafa se descubriría rápido.

Stirner conocía esta dialéctica de la Ilustración cuando criticaba a Feuerbach por expulsar a Dios del cielo pero transplantarlo al seno de cada individuo. El Dios en el cielo tarde o temprano estará desencantado y será expulsado a su espacio cósmico, desde el cual no podrá ocasionar ninguna desgracia más. Pero, ¿quién sabría decir con exactitud qué es la divinidad en sí misma, qué medidas tiene, cómo se manifiesta y cómo se relaciona con los otros divinizados? El poder de las abstracciones sobre nosotros no se rompe de ningún modo si lo explicamos de forma arrogante a los nuestros. Se podría incluso decir que su poder se haría entonces realidad. Ya que de momento, el discurso de la optimización de sí mismo es una realidad en sí, pero no *la* realidad, es decir, no *la nuestra*. Podría simplemente consistir, en gran medida, en una mezcla de huida, pereza y falsas declaraciones pomposas. Por eso no se presentan aquí ningunas recetas, como las que sí se encontrarán en las zonas de optimización de sí mismo.<sup>18</sup> Esto raya la traición. Pero la gente hace lo que puede. Aunque no lo hace conjuntamente. Ahí descansa el dilema, que no podrá resolver ni el libro más inteligente.

---

18 En los últimos tiempos, nos ha llamado la atención que los críticos censuren los libros de «crítica social» achacando a los autores no ofrecer ninguna «receta» para superar la situación injusta. Sí, cuanto más de frente critican los autores la sociedad, más doloroso resulta echar en falta las «recetas». Pero aquí no hablamos de libros de cocina. Aparte de ellos: estamos realmente bombardeados por «recetas», no hay más que hojear la literatura de guías apologéticas, que año tras año promueve nuevas economías, otras sensaciones corporales o un feminismo optimizado al completo. La crítica social es la crítica de las recetas.

# 2

## **LA BOMBILLA Y EL CHICO DE LAS MUDANZAS. SOBRE EL CONCEPTO DE «RENDIMIENTO» COMO ABSTRACCIÓN VACÍA.**

Lars Distelhorst

Quien trabaje en la propia optimización de sí mismo indicará que entiende como rendimiento una cuantificación del mismo, y en caso de duda dará prueba de su éxito. Cómo se logra esta cuantificación, por medio de qué métodos se lleva a cabo y en qué unidades se expresa dependerán del campo al que se dirige el afán de optimización del propio Yo. Optimización de sí mismo y rendimiento son, desde este punto de vista, las dos caras de una misma moneda.

Antes de poder plantear la pregunta sobre si la optimización de sí mismo representa una estrategia prometedora para hacer más felices a las personas, habría que probar de forma crítica, por tanto, si su sombra (el rendimiento) es algo sobre lo que se puede afirmar algo con sentido. En un primer vistazo, no parece haber aquí ningún problema, ya que el concepto se utiliza sobre todo en el contexto de los discursos sobre el trabajo; una tendencia que se mantiene hasta el momento.

Quien trabaja, rinde algo, quien se esfuerza, rinde algo, y quien se esfuerza en el trabajo, igualmente. Hasta este punto, la cuestión no sería problemática en absoluto; en definitiva, aunque queramos alejarnos de la idea del trabajo como principio clave de la sociedad, lo cual es completamente deseable, hemos de considerar a las personas trabajadoras como elementos decisivos.

Sin embargo, este no es el caso en absoluto. El principio del rendimiento entra siempre en juego cuando se trata de comparar las personas y ordenar sus actividades en una serie de valores jerarquizados que establezcan quién debe recibir qué parte de la tarta. Las comparaciones de este tipo funcionan normalmente en dos planos. Por un lado, se plantea la cuestión de qué trabajo desempeña una persona, y posteriormente se juzga cuánta dedicación muestra hacia él. Así, el profesorado tiene la mayoría de las veces un estatus más alto que los fontaneros (profesión), y por si este punto de vista vacila, los primeros deben simplemente tomar café, mientras que los últimos deben trabajar (agotar sus fuerzas) entre bloques de pisos.

Por consiguiente, no basta simplemente con esforzarse, sino que además ese esfuerzo debe invertirse en un campo que socialmente sea considerado valioso. El concepto de rendimiento se revela en este punto justamente como una quimera semántica. La sociología del trabajo trata de atender a su complejidad cuando lo describe de la siguiente manera:

$IoEai \leftrightarrow Rd = R \leftrightarrow$  estatus socioeconómico

Los autores pretenden ilustrar con este gráfico las siguientes ideas: presupuesta una igualdad de oportunidades (Io), cada esfuerzo atribuible a un individuo

(Eai) es el rendimiento (R) que conduce a un resultado deseado (Rd) y que va acompañado de la adquisición de su correspondiente estatus social.<sup>1</sup>

Para enumerar todas las trampas de tal definición podríamos escribir innumerables libros, lo cual no se debe a los autores, que simplemente se mueven en el nivel descriptivo, sino a la realidad social descrita. Digámoslo rápidamente: hablar de un mundo de igualdad de oportunidades, en el que los 85 multimillonarios más ricos poseen lo mismo que la mitad de la humanidad,<sup>2</sup> es gracioso, pero nada más. En la época de la prestación de servicios, sostener la atribuibilidad individual del esfuerzo humano puede considerarse arriesgado, y no preguntarse más en detalle por lo que se considera socialmente deseable, directamente ignorante.

Aunque dejemos a un lado estas preguntas críticas y partamos de que el principio del rendimiento presentado es un concepto examinado con atención, tras un examen inicial hemos de constatar lo poco que se ha intentado aplicar abiertamente a la sociedad. Así, unos economistas ingleses han comparado seis profesiones, de las cuales tres ocupan un estatus elevado (banquero, experto en publicidad, asesor fiscal) y otras tres uno bajo (enfermera, limpiador/a en un hospital, basurero). La pregunta era qué pasaba con el salario de los seis grupos profesionales con respecto a las consecuencias sociales de su actividad. Los resultados, sorprendentes: Por cada libra de su salario destruía el banquero 7 libras de la riqueza social, el experto en

---

1 Véase Neckel, Sieghard; Drögue, Kai; Somm, Irene, «Welche Leistung, welche Leistungsgerechtigkeit?», en: Berger, Peter; Schmidt, Volker (eds.), *Welche Gleichheit-welche Ungleichheit? Grundlagen der Ungleichheitsforschung*, Wiesbaden, V.S. Verlag für Sozialwissenschaften/ G.W.V. Fachverlag GmbH, 2004, pág. 144.

2 Moewes, Günther, «Jenseits aller Vorstellungen», en *Frankfurter Rundschau*, 3 de diciembre de 2014.

publicidad 11,5 y el asesor fiscal 47, mientras que la enfermera producía para la sociedad 7 libras por cada una de su salario, la limpiadora 10 y el basurero 12.<sup>3</sup>

Que lo que se considera socialmente deseable de la actividad que realiza una persona tenga una influencia en su estatus es desde esta perspectiva un deseo piadoso, pero nada más. Al contrario, las personas que se mueven en empleos indispensables para el funcionamiento de una sociedad parecen estar pagadas sorprendentemente mal. Que el rendimiento y el estatus estén acoplados en algún sentido se revela justo en este punto como un mito.

La razón para este hecho se encuentra escondida en el propio concepto de rendimiento. Lo que omite la comparación sociológica realizada arriba es una explicación de lo que en realidad se entiende por esfuerzo atribuible individualmente, el cual, presupuestos unos resultados socialmente deseables, es comparable al rendimiento –el carácter tautológico de la comparación resulta por tanto traicionero–. La idea tiene gran cercanía con la definición física de rendimiento, sencillamente definido como cociente entre el trabajo o la energía y el tiempo. Una bombilla de 120W encendida durante una hora tiene más rendimiento que si la misma hubiera estado activa durante media hora, e igualmente más que si tuviera solo 60W.

Cada forma de cuantificación del rendimiento en el caso de la actividad humana gira, en su núcleo, en torno a esta fórmula simple, que es completamente obvia. Un trabajador de mudanzas, que arrastra un armario durante una hora con una fuerza física X, rinde más que si hiciera esto durante solo media hora, y

---

3 Estudio titulado «A Bit Rich», disponible *online* en <http://neweconomics.org/2009/12/a-bit-rich/> [última consulta: 24 de abril de 2018].

también rinde más que si utilizase solamente la mitad de su fuerza física. Por otro lado, una bombilla debe estar encendida, si no no hay nada, mientras que un trabajador de mudanzas hace esencialmente más que solo mover muebles de A hasta B. Aquí la cuantificación es delicada. Una cuantificación de la fuerza muscular resulta ya difícil. Seguro que podemos averiguar cuántos kilos puede levantar una persona, lo cual no serviría a ninguna empresa de mudanzas, ya que al final en este oficio se trata también de transportar cosas pesadas una determinada distancia en un determinado tiempo. ¿Cómo sería aquí la interacción óptima? A esto se le añaden más cuestiones: ¿Con qué seguridad se mueve el trabajador durante el transporte por las calles, o cuando maneja los muebles? ¿Llega la mercancía a su destino en buenas condiciones? ¿Es amable con los clientes, se entiende bien con los compañeros de trabajo? La lista se puede alargar al gusto: ¿Viene descansado al trabajo, está alegre, se preocupa lo suficiente por disfrutar del tiempo libre, va al masajista para quitarse las contracturas, hace deporte, tiene sexo regularmente?

El problema cae por su propio peso. El tiempo no se deja atrapar con la misma precisión en el caso del trabajador de las mudanzas que en el caso de la bombilla, ya que en el caso del primero está menos claro, fundamentalmente, en qué debe consistir en realidad lo que llamamos su rendimiento, y por tanto queda oculto qué factores han de influir en la cuantificación de la energía que dedica.

El concepto de rendimiento sugiere, sin embargo, que ambos casos pueden ser determinados con la misma precisión. Bajo esta afirmación se oculta una reducción ideológica de la realidad, característica del

«nuevo espíritu del capitalismo».<sup>4</sup> Entre la bombilla y el trabajador de las mudanzas hay también otra diferencia. No tiene mucho sentido hacerse la pregunta de por qué la bombilla que está en la estantería de la ferretería solo tiene 60W, ya que esto es una característica de la misma; es lo que es. Preguntarse en cambio por qué un trabajador de las mudanzas tiene ya a los cincuenta dos hernias discales, por qué llega desmotivado al trabajo por los problemas económicos y no hace allí ninguna obra maestra es una cuestión fundamentalmente de gran alcance. Esta situación no remite de ningún modo exclusivamente a su persona, sino que al contrario está salpicada de implicaciones sociales, empezando por las condiciones laborales concretas, pasando por su remuneración, hasta los recursos sociales que están a su disposición. O más brevemente: si un trabajador de mudanzas puede estar en activo, más allá de los cincuenta, sin problemas de salud, es algo que tiene poco que ver con su persona; es sobre todo una cuestión social y política.

Esta cuestión fundamental queda suprimida, sin embargo, al poner el foco en el concepto de rendimiento, ya que la responsabilidad que descansa en todos los miembros de una sociedad por la situación de la persona por cuyo rendimiento se pregunta se hace descansar ahora exclusivamente en dicho individuo, que ahora tiene que arreglárselas con su situación, y si no lo hace, deberá buscar en caso de duda la culpa de su fracaso en sí misma y en nadie más.

Cualquier cálculo del rendimiento pierde forzosamente su objeto, ya que de entre la enorme cantidad de

---

4 Véase Boltanski, Luc; Chiapello, Ève, *Der neue Geist des Kapitalismus*, UVK, Konstanz, 2006 [edición en castellano: *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal, 2002].

factores que influyen en la actividad de un individuo solamente filtra aquellos que son decisivos para una posible explotación productiva del trabajo. Este enfoque parcial en el resultado final, unido a la ignorancia simultánea de las condiciones de las que surge –cómo lo consigas, ¡me da igual!– no mide de ningún modo el rendimiento de una persona, sino que toma en cuenta solo parcialmente su productividad. En estos contextos es mucho más objetivo hablar de explotación que de rendimiento.

En qué medida han interiorizado la mayor parte de las personas esta lógica es algo que se muestra en el éxito de las distintas técnicas de optimización de sí mismo que hoy circulan. Quien se haya tragado que solo depende de uno mismo verá en las transformaciones de las estructuras, sobre todo en aquellas transformaciones colectivas que persiguen un objetivo común, una tarea sin sentido, y dirigirá por tanto todos los esfuerzos de transformación sobre sí mismo.

En un primer vistazo, podemos diferenciar claramente entre el entrenamiento de las habilidades que sirven al éxito en el trabajo y aquellas otras cosas que sirven sobre todo al bienestar personal. Lo primero se ofrecerá a los trabajadores en la empresa como formación y perfeccionamiento, mientras que lo segundo lo buscarán ellos por sí mismos. Aquí, en el trabajo, el individuo se optimizará gracias a otros o por sí mismo, porque desgraciadamente lo debe hacer para poder afirmar que allí, en su vida privada, da forma a su tiempo libre y busca un reposo de las obligaciones del trabajo.

Cuanto más obvia se nos presenta esta argumentación, más ingenua es la influencia que tiene sobre el pensamiento riguroso. La clave de la optimización de sí mismo, y esto está oculto en el propio concepto,

consiste en que traslada la coacción externa adentro del individuo, lo que hace imposible una separación entre heteronomía y autonomía. Al individuo le gustaría mejorarse, y escoge supuestamente para ello los campos que le parecen relevantes. Mientras que antes la manipulación de las personas para el aumento de la productividad en el trabajo se ejercía como presión de arriba abajo por la dirección de la empresa hacia los trabajadores, que no pocas veces se rebelaban, ahora este aumento de la productividad ha de ser un deseo de las propias personas.

Pero, ¿no sigue existiendo una gran diferencia entre trabajo y tiempo libre?, ¿no resulta cínico considerar la organización activa del tiempo libre como optimización de sí mismo? Que estas preguntas hayan de ser respondidas negativamente lo podemos ilustrar con un ejemplo. Muchos *smartphones* disponen de aplicaciones de *fitness* incorporadas que registran desde los kilómetros recorridos, pasando por la frecuencia de los entrenamientos, hasta la cantidad de las calorías quemadas; todos ellos datos que harían las delicias de médicos y seguros de salud –ya están disponibles tarifas especiales para aquellas personas que entreguen los datos correspondientes a su aseguradora–. Quien ha ido más lejos con esto es el nuevo reloj de Apple. No solo registra las actividades de *fitness* de sus portadores, sino que también nos recuerda que nos tenemos que levantar cada hora, ya que «estar sentado es el nuevo cáncer», como el director ejecutivo de Apple Tim Cook formula apelando a los estudios médicos correspondientes. Esto provoca la pregunta sobre en qué medida los datos recopilados por esos aparatos son relevantes para sus dueños. Evidentemente, aquí se trata de algo más que del deporte en el tiempo libre. Que alguien

mida lo que le cuesta hacer su carrera diaria preferida es algo comprensible. Que esta información deba tener una exactitud de segundos, algo menos. Y la razón por la que sea necesario recopilar además incontables factores y por si acaso ponerlos *online*, para compararlos con los de otras personas o poder valorar los propios «éxitos» con el pulgar hacia arriba o hacia abajo es algo que se escapa a cualquier examen racional.

En el caso de las personas deportistas profesionales, esto sería parte de su programación diaria, de su trabajo. Esto resulta significativo: podemos hablar por tanto de optimización de sí mismo, como algo que ocurre en la organización del tiempo libre que hoy muchas personas eligen, debido a que este tiempo libre se vive igual que el tiempo de trabajo, y está atravesado también por las mismas técnicas de evaluación, calificación y aumento de la efectividad. El concepto de rendimiento ha rebasado de manera radical sus límites y se refiere ya a la vida en su totalidad. Dicho de forma extrema: da igual si se trata del deporte, de las vacaciones, del sexo o de dormir; hacemos todo como si estuviéramos en el trabajo. Trabajo y tiempo libre están imbricados de manera tan fuerte que ya no es posible separarlos de manera limpia. El trabajo está cargado de ganas y de individualidad, y al tiempo libre se le da forma por medio de patrones de conducta y estrategias sacadas del mundo del trabajo. ¿Quién puede decir si cuando corre en la cinta lo hace para sí mismo o para su trabajo, en un mundo en el que la apariencia física es tan decisiva para el éxito profesional como las titulaciones, según múltiples estudios? Las preguntas de este tipo sirven hoy para cualquier ámbito de la vida.

La imposibilidad de cuantificar el rendimiento tiene también graves consecuencias en el campo de la

optimización de sí. Aquí, también, hay que preguntarse: ¿Qué y cómo debe ser medido? Si las mujeres de cuarenta años podían antes defenderse de los comentarios sobre su figura aludiendo a que estaban dentro de su peso ideal estadístico, las de ahora pueden ser consideradas gordas, a pesar de su peso ideal, porque su índice de masa corporal no está en los parámetros deseados. Aquí también se niega la integración social del individuo, para transferirle en cambio la responsabilidad de su humanidad al completo. La comprensión de que algo como la salud no solo depende de cómo una persona se preocupe de sí misma es fácilmente alcanzable con una ligera reflexión; sin embargo, hoy ya no se permite a nadie escapar del fuego cruzado social-moral cuando tiene sobrepeso, fuma o quizás tiene un problema con el alcohol –aunque alegue razones comprensibles para ello–. Si en el caso del rendimiento en el trabajo se alude solamente a la productividad económica, esta lógica de la optimización de sí mismo se extiende y pone el foco en toda la personalidad, para transformarla en un «factor productivo» en cuya producción y reproducción toman parte con alegría los individuos, cuando consultan sus aplicaciones de móvil y se aprietan en las muñecas sus relojes de *fitness*.

¿Cómo ha podido imponerse esta colonización de la vida por la universalización del concepto de rendimiento? Al respecto hemos de examinar el desplazamiento de la «sociedad industrial» a la «sociedad de servicios». Según la web del Ministerio Federal Alemán de Economía y Energía, en el año 2013 el 69% del valor añadido bruto correspondía al sector servicios, el 74% de todos los trabajadores estaban empleados ahí, y más de el 80% de las empresas

alemanas eran empresas de servicios. Pero la industria y los servicios se diferencian en un punto esencial.

En *El capital*, Marx introdujo el concepto de fuerza de trabajo y lo diferenció del vago concepto de trabajo. En resumen, su argumento funcionaba como sigue: nadie puede vender su trabajo, ya que se trata de una actividad que solo existe en su realización. En todo caso, lo que se puede vender es la capacidad de trabajar, la fuerza de trabajo inherente a las personas como consecuencia de sus recursos corporales y mentales. Esta es una mercancía como las demás –solo se diferencia del resto de mercancías en su capacidad de producción de plusvalor– y por ello es posible determinar su valor por medio del tiempo necesario para su producción. Este argumento posee ya, en esta forma sencilla, el defecto de no poder determinar a qué factores hay que recurrir por tanto para la determinación del valor de la fuerza del trabajo, como ha quedado claro más arriba con el ejemplo del trabajador de mudanzas. En la vida práctica, es más relevante, sin embargo, aquella implicación del argumento marxiano que sugiere que sería posible hacer una diferenciación entre las propias personas y su fuerza de trabajo. Si bien es cierto que esto es dudoso en términos fisiológicos, esta diferenciación sí que es completamente realizable con respecto a la vida diaria.

En la práctica diaria, un trabajador está en situación de diferenciar claramente dónde empieza y termina su trabajo, del mismo modo que puede diferenciar entre los rasgos de su personalidad que son relevantes para su trabajo y aquellos que son privados. Pero ocurre diferente en el caso de muchos trabajos de servicios. Como aquí el contrato y la comunicación con otras personas es central, independientemente de

si se trata de asesorar, convencer, hacer *coaching*, terapia o lo que sea, resulta realmente difícil diferenciar en la personalidad propia aquellas partes que, al no ser relevantes para el trabajo, constituyen un refugio y por tanto una especie de lugar que permite retirarse mentalmente de las exigencias del trabajo. La fuerza de trabajo toma la personalidad hasta un punto en el que ni siquiera la persona implicada puede diferenciar entre sí misma y su fuerza de trabajo. Cuando la personalidad y la fuerza de trabajo tienden a coincidir, las aspiraciones por la mejora de sí mismo pueden ser leídas como un intento de aumentar el valor de la propia personalidad y por tanto de la propia fuerza de trabajo, para situarse en la situación más ventajosa posible. La última consecuencia de esta dinámica es la desaparición de lo privado.

Sin embargo, si nos preguntamos por el éxito del principio de rendimiento, además del problema del aprovechamiento de la personalidad como «factor productivo» resulta determinante el sorprendente hecho de que el principio se haya extendido tanto a pesar de su clara falta de sustancia. Como hemos mostrado, es evidente que no es cuantificable, además de que, como ya dijo claramente el nada sospechoso de radicalismo de izquierdas Friedrich Hayek, no representa ningún factor relevante en el capitalismo para la situación vital del individuo:

«Debería admitirse sin dificultad que el orden de mercado no produce una estricta correspondencia entre los méritos subjetivos o las necesidades individuales y las remuneraciones. Este orden funciona, en efecto, sobre la base del principio de un juego combinado de habilidad y casualidad, en el que los resultados que cada individuo obtiene pueden depender en parte de circunstancias totalmente ajenas a su control, y

en parte de su capacidad o esfuerzo. Cada uno es remunerado según el valor que sus servicios particulares tienen para las distintas personas que los reciben, y este valor no está en relación necesaria alguna con algo que adecuadamente pudiéramos llamar sus méritos y menos aún con sus necesidades».<sup>5</sup>

Si nos tomamos en serio las observaciones de Hayek –como pensador central del neoliberalismo se le toma siempre más en serio que a sus críticos de izquierdas–, la posición social de una persona, independientemente de su esfuerzo, de su entrega o de su cualificación, se basa en factores que están completamente al margen de su influencia, y que le son asignados al igual que la buena o la mala suerte a un jugador. Cuando en este juego hay más personas que pierden que las que ganan, surge la pregunta de cómo asegurar la cooperación entre los individuos que constituyen una sociedad, necesaria para cualquier orden social. Aquí entra en juego el principio del rendimiento como elemento central de la ideología actual.

En el nivel más simple, a cada persona se le promete una determinada recompensa por sus esfuerzos, en forma de ventajas materiales y reconocimiento social, y de este modo se garantiza su motivación e implicación. Quien se esfuerza en el trabajo, y se queda más tiempo en la oficina sin refunfunar, será promocionado, recibirá un salario mayor y de esta manera ganará ante sus compañeros el atractivo que otorga el aura del éxito.

Los laboriosos esfuerzos de muchas personas para mejorar su propia personalidad mediante

---

5 Friedrich Hayek, citado por Bröckling, Ulrich, *Das unternehmerische Selbst. Soziologie einer Subjektivierungsform*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 2007, pág. 102 [en castellano podemos encontrar la cita en Hayek, Friedrich, *Principios de un orden social liberal*, Madrid, Unión editorial, pág. 44].

un trabajo intensivo, pueden leerse como un intento realmente torpe de mantener una vieja versión del principio del rendimiento. Cuando el esfuerzo en el trabajo no basta por sí mismo, resulta incluso necesario convertirse en una mejor persona, y buscar otro apoyo para el Yo como fuerza de trabajo. El consuelo para el previsible fracaso de estos esfuerzos se obtiene justamente por medio de las técnicas de optimización de sí mismo. Cuando el taller de «competencias sociales», la visita al gimnasio, la nueva *app* de salud y el *coaching* para solicitar trabajo no traen consigo nada que se pueda convertir en dinero, conducen quizás al menos hacia un mayor atractivo en el mercado de parejas y amigos; a una bonita «vida privada». Y de ese modo, quién sabe, a un mayor equilibrio, y quizás también, si finalmente uno está menos tenso, ¿a un mayor éxito en el trabajo?

Incluso cuando esta reedición de la ideología del rendimiento es completamente transparente, va acompañada sin embargo de un poder tremendamente grande. Si alguien desempeña bien o mal su trabajo, si se ha anunciado una promoción o aumento de sueldo, es algo relativamente fácil de determinar, ya que cuando no se producen dichas gratificaciones se experimentan directamente las disonancias que emergen. En el caso de la optimización de sí mismo, las normas que sirven para juzgar el desarrollo profesional son sin embargo más difíciles de concretar. ¿Qué es un cuerpo bonito, qué aspecto tiene una personalidad agradable, cómo es una persona cariñosa? Como el objetivo está oculto, la norma echa mano de una definición difusa, lo que hace que el trabajo sobre sí mismo caiga en saco roto. Este fracaso constitutivo es justamente, sin embargo, el que mantiene a las personas en juego, ya que

han de cargar con el sentimiento de no haber hecho lo suficiente, de tener que esforzarse más, para poder convertirse en una de esas personalidades que tienen en la mente como ideales –justamente porque no tienen ninguna representación clara de este ideal–. Quien dispone de una representación de ese estilo, sabe cuándo está listo y se sincera consigo mismo –solo que hoy ya nadie parece estar listo–.

Aunque estos mecanismos en los que las personas se apoyan son realmente péfidos, también son lo suficientemente transparentes como para que existan bastantes personas que se nieguen a seguir participando en el juego, y en vez de eso se pregunten por alternativas al sistema existente. Sin embargo, actualmente es difícil que se produzca un proceso de este tipo; al contrario, el trabajo es además, para la mayoría de las personas, una promesa de felicidad (especialmente para aquellas a las que les gustaría tenerlo) y las ofertas de asesoramiento y estilos de vida crecen como champiñones.

Para entender esto es necesario tener presente uno de los fundamentos del capitalismo. Usualmente, se considera que el mayor problema del ordenamiento capitalista está sobre todo en la problemática de la explotación, y es cierto que se trata de uno de los problemas esenciales del actual sistema constituido. Lo que cada vez es más perceptible, en la actualidad, nos lleva hacia otra problemática de las sociedades capitalistas que hasta el momento no ha sido suficientemente abordada. De acuerdo con Marx, el concepto de capitalismo describe un orden que se organiza en torno al capital. Por un lado, se trata de una forma de dominio (explotación), y por otro lado también –lo cual es igual de importante–, de un movimiento del dinero,

el cual se invierte en mercancías (materias primas y fuerza de trabajo) para producir otras mercancías, las cuales finalmente serán intercambiadas de nuevo por dinero, y así el círculo empezará de nuevo en otro nivel superior. Cuál es la mercancía en este nivel, y qué mercancías se producen, es decir, que forma toma el capital, es algo que resulta totalmente indiferente, siempre y cuando haya suficientes compradores y el capital se pueda revalorizar. Este es el punto central: el capitalismo es un orden tautológico que gira en definitiva en torno a sí mismo y no puede alegar para su justificación nada más que los intereses de revalorización del capital, ya que todo lo demás no es relevante. Si al final del proceso productivo el resultado son minas terrestres como mercancía o una vacuna contra el cáncer es irrelevante desde el punto de vista de la revalorización, siempre y cuando haya suficientes guerras y enfermos. El movimiento del capital no genera por sí mismo ningún sentido.

El principio del rendimiento, en todas sus facetas desde la planificación de la carrera profesional hasta las técnicas de perfeccionamiento de la optimización de sí, no es plato de buen gusto para muchas personas; sin embargo, permite cerrar los ojos, ante este desolador panorama, al hecho de que vivimos en una sociedad sin tema. En este punto, quienes hacen apología y quienes critican que la sociedad esté centrada en el rendimiento van de la mano, en tanto que ambas posturas coinciden en que el rendimiento es un momento fundador de sentido de la sociedad, de forma que apartan la mirada del vacío de lo social. La apariencia racional del principio del rendimiento confluye con esto. Al acoplarse a la previsibilidad y la cuantificabilidad, aparece como un principio lógico accesible a un discurso abierto y ló-

gico, dentro del cual se puede negociar el futuro de la sociedad. La verdadera crítica al rendimiento y a la optimización de sí mismo no presupone solamente, desde esta perspectiva, la falsa racionalidad de cualquier cálculo del rendimiento, sino también desvela el vacío social que hay tras él, para abrir un lugar en las mentes a una forma de la vida en común, que permita fundar el sentido, más allá del capitalismo.



# 3

## McKINSEY –EL YO– LA LUCHA DE CLASES

Detlef Hartmann<sup>1</sup>

Cuando la extracción de energía vital, el sometimiento y el mando social se implantan de forma ofensiva en la organización del trabajo, deben transformarse en productividad, en productos y por tanto también en valor. El poder de los trabajadores se produce también en este campo de lucha, en la confrontación directa con la apropiación capitalista. Se trata de una confrontación en cuyos conflictos micropolíticos cotidianos se acuña el desarrollo social con sus acuerdos, moratorias, repliegues, resistencias y contraataques.

Las consultorías empresariales se han convertido en un actor central en estos combates. Sus análisis y sus instrucciones operativas apuntan a la transformación de las luchas micropolíticas, y de forma fundamental, como por ejemplo con el paso promovido por McKinsey

---

1 Existe una versión algo más extendida de este ensayo en Pickets, Flying (ed.), ... *auf den Geschmack gekommen. Sechs Monate Streik bei Gate Gourmet*, Berlín, 2007, pág. 215-224. Agradecemos a la editorial Assotiation A el permiso para la publicación.

de la estrategia del *push* al *pull*. Así, el *push* es un símbolo fundamental de la estrategia taylorista-fordista. Su representación central era la máquina social, orientada hacia el objetivo de la división y la programación del comportamiento en todos los sectores de la sociedad (por ejemplo, en la cadena de montaje). Entró al final de los años 60 y principios de los 70 en una crisis fundamental. El capital intenta salvarse de esta crisis en un nuevo nivel, pasando a la estrategia del *pull*.

Pocos han conceptualizado de manera tan brillante la estrategia taylorista de la apropiación de las personas como Max Weber. Weber no solo era un científico social, sino también formaba parte activa en los primeros avances psicotécnicos del taylorismo. De este modo, no los describía ni como «ciencia», ni los representaba como una nueva realidad social fundamental. Más bien los caracterizaba básicamente como un ataque. El propio Frederick Winslow Taylor había introducido este ataque en su dirección empresarial científica (*scientific management*) como un avance técnico-organizativo, para «sacar el control sobre el desarrollo del trabajo de las cabezas de los trabajadores y concentrarlo en el nivel de la dirección empresarial». Weber describe esto en su sociología de la religión como transformación del conflicto humano-social-económico-político. Contra todos los mitos sobre la «cientificidad» y el «racionalismo», decía con sobriedad:

«El racionalismo económico depende para su aparición tanto de la técnica y el derecho racionales como de la capacidad y la disposición de los hombres a determinadas formas de modo de vida práctico-racionales».<sup>2</sup>

---

2 Weber, Max, *Gesammelte Aufsätze zur Religionssoziologie*, Bd. 1, Tübingen, 1988, pág. 12 [edición en castellano: Weber, Max, *Sociología de la religión*, Madrid, Akal, 2014, pág. 340].

Concibe al «Yo» en sentido marxiano, ese enorme «recurso» humano hecho de «barreras naturales humanas» que el capital trata de «constreñir a la mínima resistencia».<sup>3</sup> La violencia con la que Weber concebía el ataque de la racionalización del taylorismo contra esas barreras naturales humanas y la de sus «recursos» internos, así como lo absoluto que era su campo de intervención social, es algo que se muestra en sus reflexiones sobre la sociología del poder:

«El adiestramiento y entrenamiento racionales basados en tales cálculos alcanza manifiestamente sus mejores triunfos en el sistema americano del 'scientific management', el cual extrae las últimas consecuencias de la mecanización y organización disciplinaria de la empresa. El aparato psicofísico del hombre es aquí completamente adaptado a las exigencias que le plantea el mundo externo, el instrumento, la máquina, en suma, la función. De este modo se despoja al hombre del ritmo que le impone su propia estructura orgánica, y mediante una sistemática descomposición según las funciones de los diversos músculos y por medio de la creación de una economía de fuerzas llevada hasta el máximo rendimiento se establece un nuevo ritmo que corresponde a las condiciones de trabajo. Lo mismo que en todas partes, y especialmente en la organización burocrática oficial, este proceso total de racionalización se desarrolla paralelamente con la centralización de los medios de explotación en manos del jefe.

Con la racionalización de la satisfacción de las necesidades políticas y económicas tiene lugar inevitablemente, en cuanto fenómeno universal, la divulgación de la disciplina. Y esto reduce continuamente la importancia del carisma y del obrar individualmente diferenciado».<sup>4</sup>

---

3 Marx, Karl, *Das Kapital, Band I*, en *Marx-Engels-Werke*, Bd. 23, Berlín, 1962, pág. 425 [edición en castellano: *El capital, op. cit.*, vol. 1, pág. 482].

4 Weber, Max, *Wirtschaft und Gesellschaft*, Tübingen, 1980, pág. 686 [edición en castellano: *Economía y sociedad*, México, FCE, 2014, pág. 1146].

Más allá de la fábrica y de la burocracia, este campo de intervención del ataque de la racionalización se extendió a toda la sociedad, a la planificación de los centros comerciales y de la urbanización, la concepción del aprendizaje, etc. En todo caso, los científicos sabuesos estaban adiestrados desde el principio de que sus visiones de las máquinas eran ilusorias. Se vieron confrontadas con el inconmensurable y todavía menos dominable espacio del alma y de lo social. Percibían este espacio como algo con vida propia y estructuras «informales», cuya aparición se podía buscar en los sabotajes, las resistencias y las rebeliones, y daba un nuevo carácter político a la forma de luchar; naturalmente también en las diferentes formas de negociación (*bargaining*), en tanto este potencial del poder informal se puede transformar en dinero material, en acuerdos o en garantías sociales, como ocurre en el «capitalismo renano».

La crisis de la ofensiva de racionalización taylorista se convirtió en los 60 y 70 en una crisis existencial del mando capitalista y de su creación de valor. Se expresó en los sabotajes y en las formas de resistencia de personas en todos los ámbitos de la sociedad, bien fuera en la fábrica, en la oficina, en la escuela o en el centro juvenil. También en la puesta en práctica del «salario político», que pasó por encima de los beneficios de la racionalización. El «Yo» social rebelde del otro lado de las barreras naturales elásticas se afianzó de múltiples formas. Todo esto dinamitó los acuerdos generales capitalistas sindicales (corporativismo).

Con ello, la estrategia del capital para buscar una salida de esta crisis resultaba poco comprensible. Cuando entró en crisis la apropiación fordista de los «recursos inmateriales» como la disciplina y la eficiencia, así como la obediencia y los controles,

entonces hubo que reorganizar esta apropiación. Las representaciones tecnicistas de esta «ajustada» maniobra sobre el Yo fracasaron. Se comenzó a buscar entonces esa maniobra sobre el «yo» por medio de la una activación forzosa de uno mismo: en el *pull*. Los agentes «científicos» de la dominación laboral se organizaron entonces en torno a la idea de que los recursos de la valorización ya no eran los arsenales materiales reales del medio de trabajo, de la maquinaria o de la organización, sino la «inmaterial» capacidad de rendimiento y la disposición al trabajo de los sujetos. «Inmaterial» no significa aquí que se partiera solamente de representaciones no-materiales del «espíritu». Más bien se trata de que los sujetos vivos y sus «recursos» no se correspondían con las representaciones materiales que se había hecho sobre ellos, y de que por ello, ya no se podía acceder a ellos por medio de operaciones mecánicas.

Los sentimientos jugaron aquí su papel; las ambiciones, las esperanzas y los deseos de libertad que se encontraban en las relaciones humanas y en las formas de vida. Se concebía que no eran «irracionales», y que tenían un significado inmenso para el rendimiento y la disposición al trabajo. Pero el aumento del rendimiento solo se podía expresar si ese Yo, que se negaba a expresarse y a someterse a sí mismo, pudiera pasar a considerarse a sí mismo como un recurso valioso.

Sin embargo, esto no funciona por la vía de una invitación cordial, aunque al principio pareciera así. Se llamó a esto «humanización del trabajo». A finales de los años 70, surgieron por ejemplo espacios de libertad en algunos grupos de trabajo parcialmente autónomos. Por un lado, debían mitigar la presión de las contradicciones de la empresa a finales de la

época fordista, pero por otro lado se especulaba con que se podría aprovechar la potencia de esta presión del grupo en dirección al aumento del rendimiento para aumentar las normas del grupo y aumentar así la eficiencia. Aparte de esto, se investigó cómo entrar en los mecanismos internos del control social de los grupos y de la conducta social. Estos intentos, centrados en la producción automovilística, tuvieron un carácter experimental y fueron realizados con ayuda de la psicología y la sociología del trabajo. Este asesoramiento no solo servía al control. Suponía también un aumento del conocimiento. Conocimiento sobre la disposición al trabajo, la cooperación, el aprendizaje, la transmisión de conocimientos (de los llamados productores informales de conocimiento) y por otro lado sobre el rechazo y la resistencia, sobre las solidaridades y los mecanismos de control interno de grupos, sobre las diferencias en las mentalidades y opiniones como «recursos inmateriales» de la productividad del trabajo. En este estadio, las empresas y las instituciones de consultoría, sobre todo de las universidades e institutos científicos, desempeñaron ya un papel importante para poder hablar con los trabajadores y las trabajadoras debido a sus intereses aparentemente neutrales.

Cierta libertad de movimiento y las llamadas jerarquías horizontales condujeron a la flexibilización en el sentido de una obligación de la movilización de sí mismo, lo que fue vendido por empresas y sindicatos como «oportunidades de participación». Unido a esto se encontraba la posibilidad de observar mejor el rendimiento y la disposición al mismo, en jerga propagandística «responsabilidad» y «autoemprendimiento»

(*intrapreneur*), en la empresa flexible, que podía medirse en los *Profit Center* internos de la empresa.

Como con ello también se ejercía de forma intencionada una enorme presión sobre el «recurso» humano para su autoactivación, la terapia del *shock* de la liberalización económica, proclamada en el Consenso de Washington, tuvo así como objetivo primordial la destrucción de los sistemas de seguridad social. La destrucción de empleo (*job destruction*), como fenómeno que acompañaba a la globalización, aumentó la coacción para el autosometimiento. Se podría opinar que esto no es nada nuevo en la historia del capitalismo. De hecho, anteriormente ya se habían producido presiones similares vinculadas a las estrategias para conseguir un ejército de reserva de trabajadores. El taylorismo también tuvo siempre como objetivo la participación cooperativa de trabajadoras y trabajadores escogidos. Lo nuevo es que, en el nivel alcanzado de contradicciones, se profundiza en el avance sobre el Yo con la extensión masiva sobre toda la sociedad de las medidas para la participación forzosa.

McKinsey es una empresa auténticamente puntera en este avance, tanto conceptual como estratégicamente, naturalmente en concurso con otras compañías de consultoría. Esto descansa, en primer lugar, en que el capitalismo ha capitalizado y en algunas empresas ha concentrado la formación de su estrategia para la lucha de clases en el desarrollo de las empresas de consultoría –esto es un fenómeno nuevo–. Las consultorías operan por encargo de las empresas de todos los sectores y ganan por tanto una enorme visión panorámica sobre la multiplicidad de estrategias y contraestrategias. En ellas, la cientifización de la formación estratégica para la lucha de clases toma una

forma capitalista. McKinsey, por ejemplo, era y es una de las mayores empresas activas de forma transversal en todos los sectores, desde Daimler-Chrysler hasta Bertelsmann (después integrada en Boston Consulting Group). La competencia entre las consultorías produce un enorme dinamismo de los procesos de formación de estrategia, como si los Estados Mayores en competencia asesorasen a los mariscales de campo para la dirección de una guerra. Se suele promocionar su posición externa con respecto a las empresas con una referencia a la neutralidad de una tercera parte para conseguir un espacio de confianza. Además, hay consultorías como McKinsey activas en todos los campos de la sociedad. Así, garantizan una unidad social que se dirige a la formación de una estrategia sobre el «recurso humano». No se trata de apoyar aquí una fantasía sobre su omnipotencia, ya que en todas sus iniciativas se topa con la resistencia de los «obstáculos» de una enorme multitud de procesos micropolíticos, de gran diversidad. Pero es necesario percibir este hecho, ya que constituye un reforzamiento del ataque y requiere nuevas respuestas.

McKynsey entiende la ofensiva de una apropiación profunda bajo el concepto de «destrucción creativa». Este proviene de Joseph Schumpeter, que observó durante cientos de años y difundió el proceso de destrucción de lo viejo y la imposición forzosa de estructuras «innovadoras» tayloristas, así como «el aniquilamiento total, que le acompañaba, de la existencia de lo que irremediamente no se adaptaba a ello».<sup>5</sup> También fue uno de los pocos economistas capitalistas que atribuyó a este proceso mismo de «destrucción

---

5 Schumpeter, Joseph, *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung*, Berlín, 1952, pág. 366.

creativa» el crecimiento de una hostilidad «fundamental» contra el capitalismo. *Creación y destrucción* se titula consecuentemente un libro de los líderes intelectuales de McKinsey Richard Foster y Sarah Kaplan.<sup>6</sup> En él tratan muchas de las estrategias de destrucción, movilización y reapropiación del Yo productivo.

Las estrategias vinculadas a la «destrucción creativa» para el aprovechamiento de un saber productivo han sido expuestas por el director para Alemania Jürgen Kluge junto con sus trabajadores Wolfram Sein y Thomas Licht en su guía *Knowledge Unplugged*,<sup>7</sup> que tiene un carácter de libro de recetas. El «saber» es aquí un concepto que aúna todos aquellos recursos productivos internos, las relaciones sociales dentro y fuera de la empresa, las habilidades en la racionalización de sí mismo y los potenciales creativos. En las ciencias del trabajo, se habla de estas estrategias de apropiación como «subjetivización del trabajo». McKinsey se detiene poco en sentimentalismos ni en pataletas científicas. Hace un cálculo absoluto de las barreras naturales elásticas e ilustra su trabajo como «extracción» (*mining*), como explotación y apropiación de materias primas inexploradas. «Saber es poder», y sirve para arrebatarse a los sujetos este poder, o mejor, para hacer que entreguen este poder. Como ocurría con Taylor, para McKinsey la odiosa espina es la ocultación del conocimiento, la negación de la entrega, el acopio del saber por parte del sujeto. Contra eso se han hecho todo tipo de propuestas –que todas ellas las vaya a poner en práctica McKinsey es algo que está por ver–. Entre ellas se encuentran la organización de experimentos de procesos de grupo, conversaciones

---

6 Forster, Richard; Kaplan, Sarah, *Schöpfen und Zerstören*, Berlín, Ueberreuter Wirtschaft, 2002.

7 Kluge, Jürgen et al., *Knowledge Unplugged. The McKinsey Global Survey of Knowledge Management*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2001.

grupales, interacciones, etc. que acompañan al proceso de trabajo o a la «destrucción creativa». Se pone el punto de mira en la «subjetividad» como algo totalmente ambivalente. Por un lado, es el contenido vivo de la disposición al rendimiento, pero por otro lado se la percibe como enemigo: «Arena en la máquina (...). Las empresas exitosas han encontrado medios y vías para limpiar la arena de sus máquinas».<sup>8</sup>

Los trabajadores sí que tienen a menudo olfato para detectar estos intentos de limpieza que se camuflan de acercamientos. Estas estrategias se hacen visibles y analizables precisamente en la confrontación. Por ello consideran adversarios a McKinsey y a su desoladora «cientificidad» profesional; pero también a los científicos del trabajo, incluidos los de izquierdas, que convierten la dirección de sí mismo como «gubernamentalidad» en un concepto central típico ideal de una nueva forma de producción, sin nombrar su carácter ofensivo en la lucha obrera. Los estrategas, pero también los científicos del trabajo, han de comprobar no obstante, que el sano mundo de la autoexplotación en el contexto de grupo no era más que una pompa de jabón. Estalló en nuevas formas de rechazo a partir del contexto de los grupos: en vez de ocultación del rendimiento de cada individuo, formas de opacidad del rendimiento de los propios grupos, mantenimiento de una desconfianza colectiva bajo una disposición simulada al trabajo, aislamiento de los negros devotos de la dirección de empresa, vaciamiento del *controlling*, y todo esto además de las formas de lucha habituales. Roland Springer, anteriormente mánager de la política laboral de Daimler, se preguntaba en 1999 en su libro

---

<sup>8</sup> *Ibid.*, pág. 72.

sobre política laboral en la industria automovilística por «¿una vuelta del taylorismo?» Es un retorno parcial:

«La empresariedad interna que se practica hoy está caracterizada, en este sentido, por un doble movimiento: los objetivos previstos vinculantes y un control detallado de objetivos, en el marco de una gestión definida de este modo, van acompañados de un aumento de los espacios de libertad y de mayor responsabilidad. Se puede hablar, en este sentido, de una responsabilidad propia dirigida y estrictamente controlada, que se extiende por la empresa».<sup>9</sup>

Así como los huelguistas han desarrollado a menudo un análisis práctico, un contrasaber de las estrategias del adversario para su propia defensa, igualmente hay en Alemania y a nivel mundial análisis similares que parten de la confrontación de lo que ocurre a nivel micropolítico. Solamente: ¿Dónde se ensamblan? Ni siquiera a nivel sectorial. Es cierto que se producen una y otra vez delegaciones, solidaridades e intercambios de conocimientos fundamentales por encima de los límites de los conflictos particulares. Pero la unión de dichos frentes, la formación general de contrasaberes se ha quedado más o menos estancada. La propia McKinsey, así como otras grandes consultorías, siguen una estrategia de «destrucción creativa» en todos los sectores sociales, en las grandes y en las medianas empresas, en el sector de la salud por medio de la racionalización de los hospitales, por medio de la promoción de la disposición a la autoactivación de los niños y niñas en las guarderías, hasta incluso en el marco de la *Agenda 2010* y de las *leyes Hartz*<sup>10</sup> por el

---

9 Springer, Roland, *Rückkehr zum Taylorismus?*, Frankfurt am Main, Campus, 1999, pág. 95.

10 *La Agenda 2010* y las *leyes Hartz* son un conjunto de reformas sociales y del mercado de trabajo propuestas en Alemania por Peter Hartz e

aprovechamiento del potencial de rendimiento de regiones enteras. No se trata solo de una expresión de la amplitud de los campos de intervención, cuando los y las activistas de las luchas de resistencia contra la norma *Hartz IV* participan también en las huelgas, y se les da allí la bienvenida. La dignidad humana es socialmente indivisible. Es un mito capitalista que el «Yo» y la «voluntad personal» se hayan convertido ya en un recurso productivo en su totalidad. Hay, como siempre, un límite y un afuera de la apropiación, incluso cuando estas se encuentren dentro del Yo.

---

implementadas por Gerhard Schröder entre 2003 y 2005. Peter Hartz, en su día jefe de personal de Volkswagen, es considerado el padre de la paz social del modelo de cogestión, que implica a los sindicatos en el consejo de administración de las empresas. Sin embargo, su oscura biografía ilustra las trampas de dicho modelo. Fue obligado a dimitir de su cargo por corrupción, por lo que fue condenado (a dos años de cárcel y al pago de una multa de 576.000 euros) en enero de 2007. Su condena, aunque fruto de un pacto con la fiscalía que evitó su ingreso efectivo en prisión, ha puesto en tela de juicio el propio sistema de la cogestión, ya que por esta sentencia se condenaban explícitamente los sobornos y el trato de favor, que durante casi una década Peter Hartz prestó a Klaus Volkert, presidente del comité de empresa y máximo representante de los trabajadores, y de cuyo visto bueno dependían decisiones de gran relevancia, como por ejemplo los recortes de plantilla de la compañía. Un ejemplo más de que la corrupción es funcional al sistema, y no una desviación individual [N. del T.].

# 4

## ¿MEJORES CEREBROS? NEUROPOTENCIACIÓN EN LA NEURO CULTURA

Greta Wagner

En las revistas, dossiers e informes de salud de los hospitales de los últimos años se sostiene que cada vez se consumen más psicofármacos. Pero no aquellos que calman las neurosis y las psicosis, sino aquellos que ayudan a mejorar el trabajo intelectual –ayudas como la de Ritalin, un medicamento que en realidad se autorizó para el tratamiento de los trastornos por déficit de atención–. Hay estudiantes que lo toman sin necesidad médica con la esperanza de que les facilite la lectura y el aprendizaje. También existe, más allá del mercado de medicinas, una interminable cantidad de productos que prometen mejorar el rendimiento del cerebro: así, el segmento de mercado de las bebidas energéticas que se han anunciado con la promesa de mejorar el rendimiento mental ha crecido rápidamente.<sup>1</sup> *Neuronade, der Think Drink* [Neuronade, la

---

1 Véase Hoyer, Armin; Slaby, Jan, «Neuroenhancement als Biokapital», *WestEnd. Neue Zeitschrift für Sozialforschung*, nº 2 (2014), pp. 105-120.

bebida para pensar], por ejemplo, se supone que ayuda al aprendizaje de los y las estudiantes.

Que vivimos en la era de la optimización de sí mismo es un diagnóstico temporal que pertenece al sentido común. El deseo ubicuo de mejora de sí se deja explicar sociológicamente por la erosión de las estructuras de solidaridad en confluencia con lo que se puede nombrar como relación neoliberal con uno mismo. Debemos fiarnos de nuestras propias competencias, y no de instituciones ni comunidades. La llamada a mejorar dichas competencias no es solo un contenido de las revistas de entretenimiento, de los *realities* televisivos y de la representación pop de anuncios de todo tipo;<sup>2</sup> es también objeto de campañas de los *think tanks*<sup>3</sup> neoliberales y de programas públicos para la transformación de unos Estados sociales que han de activar a las personas.<sup>4</sup> En el intento por mejorarnos, convergen los objetivos del gobierno con las prácticas de liderazgo sobre uno mismo, que nos convertirán en sujetos autónomos y responsables de sí mismos con voluntad de éxito.<sup>5</sup>

Para tener mejor apariencia, para estar más en forma o equilibrado, existen dos opciones: uno mismo se puede transformar por medio de ejercicios o por

---

2 Véase Thomas, Tanja, «Marktlagen in Lifestyle-TV und Lebensführung – Herausforderungen für eine gesellschaftskritische Medienanalyse», en Butterwegge, Christoph; Lösch, Bettina; Ptak, Ralf (eds.), *Neoliberalismus. Analysen und Alternativen*, Wiesbaden, VS Verlag, 2008, pp. 147-163.

3 Véase Walter, Michael, *Reformvisionen. Zur Bildungspolitik wirtschafts- und sozialpolitischer Reforminitiativen*, Konstanz, UVK, 2016.

4 Véase Lessenich, Stephan, «Mobilität und Kontrolle. Zur Dialektik der Aktivgesellschaft», en Dörre, Klaus; Lessenich, Stephan; Rosa, Harmut (eds.), *Soziologie – Kapitalismus – Kritik. Eine Debatte*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 2009, pp. 126-177.

5 Véase Biebricher, Thomas *et al.*, «Beschwörungen des Neoliberalismus – Theorien und Schauplätze», *Normative Orders Working Paper*, nº 02 (2012), disponible *online* en [normativeorders.net/de/organisation/mitarbeiter-a-z?view=person&id=234](http://normativeorders.net/de/organisation/mitarbeiter-a-z?view=person&id=234) [última visita 25 de abril de 2018].

medio de intervenciones biomédicas. Se puede hacer deporte o someterse a operaciones de belleza, se puede meditar o tomar Xanax. Para mejorar el rendimiento cerebral también se pueden implementar diferentes técnicas. Se publican guías de grandes tiradas como *Optimizing Brain Fitness*, o *Brain Training: Boost memory, maximize mental agility & awaken your inner genius*. Pero también los psicofármacos pueden ayudar a realizar trabajos mentales con mayor atención y efectividad.

La mejora del rendimiento de nuestro cerebro es, dentro de las prácticas de optimización de sí, un caso especialmente interesante. Por un lado, durante los últimos veinte años el cerebro se ha ido considerando un órgano cada vez más importante, cuando se trata de interpretar la existencia humana en los tiempos actuales –Nikolas Rose habla por ejemplo de la creación de «yoes neuroquímicos»<sup>6</sup>–; por otro lado, al mismo tiempo han surgido economías del conocimiento que basan su productividad mucho más que antes en la utilización del rendimiento emocional y cognitivo de su «capital humano».

Por medio de programas políticos de apoyo a las neurociencias, por medio del progreso mismo de dichas ciencias, por medio de la popularización de las mismas en las revistas científicas y en otros medios<sup>7</sup> y la difusión del conocimiento neurocientífico en otras esferas de la ciencia que se ocupan de las personas, las neurociencias se han convertido en las nuevas disciplinas centrales. En ese sentido, sobre todo dos corpus científicos han tenido gran poder de influencia en los últimos años: por un lado el determinismo cerebral, la

---

6 Rose, Nikolas, «Neurochemical Selves», *Society*, nº 41 (2003), pp. 46-59.

7 Véase Heinemann, Torsten, *Populäre Wissenschaft. Hirnforschung zwischen Labor und Talkshow*, Göttingen, Wallstein Verlag, 2012.

representación del ser humano como sujeto neuronal. De acuerdo a esta concepción, nuestra personalidad, nuestro pensamiento y nuestros sentimientos están determinados por nuestro cerebro, el cual se concibe como idéntico con la persona que lo tiene; así que no tenemos ningún cerebro, sino que somos nuestro cerebro.<sup>8</sup> Por otro lado, la neuroplasticidad, la representación de que todo lo que hacemos está determinado por el cerebro, y el propio cerebro no está, sin embargo, determinado. Según esta concepción, podemos entrenar el cerebro, manipularlo y mejorarlo, de modo que hasta cierto grado somos responsables de su misma forma de funcionamiento. Junto a ello, se encuentra la idea de que difícilmente somos capaces de cambiar las relaciones sociales en las que vivimos, las condiciones en las que trabajamos o incluso el volumen de trabajo, pero sin embargo sí que podemos transformarnos a nosotros mismos, hasta incluso nuestra propia constitución material.

La neuroplasticidad señala la capacidad del cerebro para crear neuronas, también en edades avanzadas, y para adaptar sin cesar sus funciones y su propia constitución a las condiciones del entorno. Su descubrimiento tuvo aceptación en la comunidad neurocientífica solo después de múltiples intentos durante varias décadas.<sup>9</sup> Hoy en día, la teoría de la

---

8 Véase Schmitz, Sigrid, «Der Körper als Schicksal und Bioaktie. Eine Auseinandersetzung mit dem Gehirn im Spannungsfeld von Determination und Konstruktion», en Abraham, Anke; Müller, Beatrice (eds.), *Körperhandeln und Körpererleben. Multidisziplinäre Perspektiven auf ein brisantes Feld*, Bielefeld, Transcript, 2010, pp. 87-111.

9 La prueba decisiva de la plasticidad del cerebro hasta edades avanzadas la produjo Fred Gage en 1998. En la década precedente solo se había logrado mostrar, en un laboratorio, que el cerebro está en situación de renovarse, pero estos conocimientos no debilitaron el dogma neurocientífico de que el cerebro permanece orgánicamente inmutable. Véase Rubin, Beatrix, «Changing Brains: The Emergence of the Field of

plasticidad está cada vez más reconocida en las ciencias neurológicas, y el cerebro plástico se caracteriza como «un sistema abierto de por vida, cuyas estructuras biológicas y funciones están influenciadas por las experiencias culturales y el aprendizaje en contextos sociales».<sup>10</sup> Aunque en esta concepción ya no se considere al cerebro como algo determinado, la teoría de la plasticidad se mantiene sin embargo en el marco neurocultural, porque la conducta, el pensamiento, los sentimientos y las acciones individuales se consideran todavía predeterminadas en último término por el cerebro. Indica que nuestro cerebro se transforma tras cada experiencia de aprendizaje –y no solo sus funciones, sino también su propia estructura–.<sup>11</sup> La idea de la plasticidad del cerebro encaja bien en una época en la que se demanda una continua transformación para la mejora de la capacidad competitiva. Tobias Rees, un antropólogo que ha investigado en laboratorio la gestión de la neuroplasticidad, escribe:

«Donde antes la fijación era la norma –además en el sentido positivo de madurez, de realización–, ahora está el deber de cambiar, estar abierto a lo nuevo, ser flexible».<sup>12</sup>

---

Adult Neurogenesis», *BioSocieties*, nº 4, 2009, pp. 407-424.

10 Schmitz, Sigrid, «Entscheidungsraum Gehirn: Neurokultur, Neuroökonomie und das cerebrale Subjekt», en Lettow, Susanne (ed.), *Bioökonomien. Objekte, Praxen, Strukturen*, Bielefeld, Transcript, 2012, pp. 133-154, aquí pág. 137.

11 Véase Draganski, Bogdan, *et al.*, «Neuroplasticity: Changes in grey matter induced by training», *Nature*, nº 427 (2004), pp. 311-312.

12 Rees, Tobias, «Being neurologically human today: Life and science and adult cerebral plasticity (an ethical analysis)», *American Ethnologist*, nº 37 (1), pp. 150-166, aquí pág. 158. Sobre la relación entre la «persona flexible», que fomenta el capitalismo actual, y la plasticidad del cerebro y sus posibilidades para el desarrollo social véase también Malabou, Catherine, *Was tun mit unserer Gehirn?*, Zürich y Berlín, Diaphanes, 2006.

Durante el siglo XIX hubo ya intentos de influenciar la capacidad de rendimiento del cerebro sin la toma de sustancias; por medio del entrenamiento y el ejercicio. Francisco Ortega habla en este contexto de *neuroascesis*.<sup>13</sup> En los manuales, los frenólogos expresaban sus recomendaciones para el entrenamiento del cerebro. La frenología partía de que el cerebro se compone de diferentes órganos que trabajan conjuntamente como los músculos. La salud mental se basaba por tanto, de acuerdo a esta concepción, en la realización de ejercicios diarios para todos los órganos mentales, lo que debía contribuir también a su aumento de tamaño. Tanto la inactividad como el sobreesfuerzo del cerebro escondían, según su opinión, el peligro de la locura.<sup>14</sup> John Harvey Kellogg, médico y miembro de los adventistas del séptimo día, que por lo demás inventó los copos de maíz, escribió en 1887: «¿Qué hacemos cuando queremos fortalecer los músculos? Los hacemos trabajar duro todos los días, ¿no? El ejercicio los hace desarrollar su tamaño y su fuerza. Ocurre exactamente lo mismo con el cerebro. Si estudiamos arduamente y aprendemos bien la lección, nuestro cerebro se desarrolla mucho y el estudio se vuelve fácil.»<sup>15</sup> La frenología se ligó a la moral ascética de la época victoriana, y defendió una ética de la mejora de uno mismo y de autosanación.<sup>16</sup>

---

13 Ortega, Francisco, «Towards a Genealogy of Neuroascesis», en Ortega, Francisco; Vidal, Fernando (eds.), *Neurocultures: Glimpses into an Expanding Universe*, Frankfurt am Main, Berlín et al., Peter Lang, 2011, pp. 27-44, aquí pág. 32.

14 *Ibid.*, p. 35.

15 Kellogg, John Harvey, *First Book in Physiology and Hygiene*, Nueva York, Chicago et al., 1887, pág. 106, citado por Ortega, «Towards a Genealogy of Neuroascesis», pág. 37.

16 Ortega, «Towards a Genealogy of Neuroascesis», pág. 37.

Hoy en día, una gran cantidad de manuales enseñan a quienes los leen sobre cómo pueden modelar sus emociones mediante el manejo de determinadas funciones del cerebro. La autenticidad emocional en la producción al mismo tiempo orientada de determinadas emociones se considera una cualidad esencial para el éxito en el trabajo. Los manuales comienzan así, por lo general, con una explicación neurocientífica sobre el surgimiento de las emociones: de los sentimientos es responsable la parte del cerebro más joven en cuanto a su desarrollo, el córtex, también denominado *High Road* [Vía rápida]: «Por medio de una percepción consciente de las emociones, y de la posibilidad de examinarlas mentalmente en la *High Road* y adaptarlas a la situación del momento, tenemos muchas posibilidades para reaccionar ante una situación».<sup>17</sup> Si se quiere aprovechar dichas posibilidades, la primera tarea consiste en observar los propios sentimientos. Para la autoobservación, la percepción libre tiene un papel central. Los autores de la gestión emocional proponen un programa de cinco puntos; la llamada estrategia BESSER:<sup>18</sup> «B de *bemerken* (darse cuenta), *benennen* (nombrar) y *bremsen* (frenar) las reacciones de pánico (...), E de *ehren* (respetar), *erforschen* (examinar) las causas y los objetivos (...), SS de *suchen* (buscar) y *sammeln* (reunir) las soluciones (...), E de *entscheiden* (decidirse por) una posibilidad y *erledigen* (llevarla a cabo) (...), R de *Rückblick* (mirada retrospectiva) y *Resümee* (resumen)».<sup>19</sup>

Los métodos de la neuroascesis del siglo XIX se asemejan sorprendentemente a los manuales *how-to*

---

17 Kanitz, Anja von, *Emotionale Intelligenz*, Freiburg, Haufe-Lexware, 2014, pág. 16.

18 BESSER, a su vez significa «mejor» en alemán [N. del T.].

19 Kernstock-Redl, Helga; Pall, Bea, *Gefühlsmanagement. Eigene und fremde Gefühle verstehen, nutzen und steuern. Konstruktiver Umgang mit Emotionen im Beruf, Team und Alltag*, Münster, Okotopia, 2009, pp. 34 y ss.

para el entrenamiento del cerebro. En las guías actuales también se exhorta a entrenar el cerebro como un músculo. En ambos casos los objetivos de los ejercicios neuroascéticos son un componente fundamental de los órdenes normativos de su tiempo: a finales del siglo XIX Kellogg abogaba por los ejercicios del cerebro porque quería contrarrestar el debilitamiento del orden social y moral. La aparición de la industrialización y la erosión de las tradiciones debía ser contrapuesta a la firmeza moral del *brain fitness movement* (movimiento por el entrenamiento del cerebro).<sup>20</sup> Los métodos neuroascéticos parecen servir hoy por el contrario a la mejora de las habilidades competitivas propias. Tener capacidad competitiva no es algo que se refiera solamente a las demandas económicas, sino también a las demandas normativas del neoliberalismo.<sup>21</sup>

Mientras para las ciencias psi del siglo XX el cerebro no es, en principio, más que un órgano en el que se localiza la psique, la psiquiatría de hoy ya no diferencia entre los trastornos orgánicos y los funcionales. El dualismo cartesiano entre mente y cuerpo parece haberse vuelto obsoleto: «la mente es simplemente lo que hace el cerebro».<sup>22</sup> Desde este punto de vista se documenta un desplazamiento en la ontología humana y en nuestra autopercepción como personas. Cuando *mind and brain*, mente y cerebro, coinciden, pierde profundidad también la diferenciación entre la persona y su cerebro.<sup>23</sup> Desde la Modernidad y su revalorización

---

20 Véase Ortega, «*Towards a Genealogy of Neuroascesis*», pág. 43.

21 Amable, Bruno, «Morals and Politics in the Ideology of Neo-Liberalism», *Socio-Economic Review*, nº 9 (2001), pp. 1-28.

22 Rose, Nikolas, «Governing the Will in a Neurochemical Age», en: Maasen, Sabine; Sutter, Barbara, *On Willing Selves: Neoliberal Politics Vis-à-Vis the Neuroscientific Challenge*, Hampshire y Nueva York, Palgrave Macmillan, 2007, pp. 81-99, aquí pág. 82.

23 Desde comienzos del siglo XIX, según lo describe Michael Hagner, se

del individuo como agente autónomo de libre decisión, en las sociedades occidentales ha tenido lugar una reducción cada vez más fuerte del Yo al órgano del cerebro.<sup>24</sup> El Yo se transforma cada vez más en un Yo somático, se convierte en parte de su cultura y de su ética cotidiana concebirse, tomar forma y gestionarse mediante conceptos y métodos somáticos. Nuestro «soma» ha cobrado importancia en nuestras ciencias de la vida como nuestro genoma, nuestros neurotransmisores y nuestra biología.<sup>25</sup> Progresivamente vamos entendiéndonos como individuos somáticos, como individuos cuya individualidad está encarnada y se maneja, entiende, juzga y experimenta en el lenguaje de la biomedicina.<sup>26</sup> «Ser un individuo somático, en este sentido, es codificar los miedos y esperanzas propios en los términos de este cuerpo biomédico, y tratar de reformarse, sanarse o mejorarse a uno mismo actuando sobre ese cuerpo».<sup>27</sup>

Bajo el concepto de individualidad somática se encuentran las tecnologías del cuerpo que dan forma a la apariencia del cuerpo y a su imagen, u optimizan su salud. Sin embargo, el concepto hace referencia también a las emociones y los deseos considerados

---

ha tratado al cerebro como un órgano como otro cualquiera; ha perdido su puesto como «punto arquimédico secreto» y ya no es considerado el órgano del alma. Hagner escribe la historia de este proceso hasta finales del siglo XIX, y termina por tanto con los inicios de las neurociencias modernas, sin embargo, el *homo cereбрalis* reconstruido por Hagner sienta las bases para una comprensión cerebral del Yo cada vez más poderosa. Véase Hagner, Michael, *Homo cereбрalis. Der Wandel vom Seelenorgan zum Gehirn*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 2008, pág. 12.

24 Véase Vidal, Fernando, «Brainhood, anthropological figure of modernity», *History of the Human Sciences*, nº 22, 1 (2009), pp. 5-36.

25 Véase Rose, Nikolas, *The Politics of Life Itself. Biomedicine, Power and Subjectivity in the Twenty-First Century*, Princeton, Princeton University Press, 2007, pág. 257.

26 *Ibid.*, pág. 26.

27 Rose, «Neurochemical Selves», pág. 54.

expresión de procesos cerebrales orgánicos y que son modelables por medio de psicofármacos. En la medida en que las ciencias neurológicas ponen a disposición técnicas para influir en el cerebro y para modelar los estados de ánimo y los deseos por medio de psicofármacos, la propia normalidad, más allá de las situaciones patológicas, se convierte en el objetivo a elaborar y en el objeto de la intervención neurocientífica, lo que conduce a nuevas formas de gobierno de sí. Allí donde se comienza a dar forma a la normalidad hablamos de mejoras. Aquí los psicofármacos no prometen ninguna nueva identidad ni la posibilidad de «diseñar» los estados de ánimo, sino que más bien se promocionan con la retórica de la autenticidad, que casi no se diferencia de la ética asociada a otras terapias psicológicas basadas en la entrevista.<sup>28</sup> Los psicofármacos prometen un modelado calculado y por libre elección de determinadas partes del Yo, el cual se corresponde con una determinada forma de vida.

He investigado el aspecto empírico de esta forma de vida sobre la base de entrevistas a personas que consumen medicamentos que mejoran el rendimiento. La neuropotenciación (*neuroenhancement*) está sin embargo ligada en Alemania, a pesar de su poca difusión, con la preocupación de que, al igual que en EEUU, se consumen cada vez más medicamentos para mejorar el rendimiento. Mientras que los estudiantes antes tomaban drogas para el tiempo libre, ahora el Ritalin es la «droga de la generación que cumple con su deber», escribe por ejemplo *Die Zeit*.<sup>29</sup> De hecho, en EEUU ha aumentado de forma significativa la cantidad de estudiantes que to-

---

<sup>28</sup> *Ibid.*, pág. 87.

<sup>29</sup> «Ritalin. Ich bin ein Zombie und ich lerne wie eine Maschine», en *ZEIT Campus*, 18 de febrero de 2009, disponible *online* en <http://www.zeit.de/campus/2009/02/ritalin> [última visita: 25 de abril de 2018].

man las *study drugs* (drogas para estudiar). Una encuesta representativa realizada en todo el país arrojó el resultado de que el 6,9% de los estudiantes habían tomado al menos una vez en su vida Ritalin, Dexedrine o Adderall (medicamentos que contienen anfetamina, que también se utiliza para tratar el TDAH) sin prescripción médica. La toma de estos medicamentos que necesitan receta médica se diferencia claramente en los diferentes institutos: la mayor parte de los medicamentos de neuropotenciación se tomaron en el noroeste de EEUU, en institutos con estrictos procedimientos de admisión.<sup>30</sup> Por el contrario, un estudio de Mainz dio como resultado que en Alemania solamente el 0,78% de los estudiantes habían probado medicamentos que requieren receta para la mejora del rendimiento.<sup>31</sup> He entrevistado a diferentes consumidores de medicamentos para la mejora del rendimiento en varias ciudades de Alemania y en Nueva York, a quienes les he preguntado por qué razones toman los medicamentos y cómo interpretan su propia práctica.

Considerando los estudios clínicos sobre la influencia de los medicamentos para el TDAH en personas sanas, sorprende incluso que se utilicen medicamentos como Ritalin para la neuropotenciación. Ni hacen más inteligente ni ayudan de manera significativa a la resolución de tareas, como muestran los tests

---

30 Véase Teter, Christian J.; McCabe, Sean Esteban et al., «Illicit use of specific prescription stimulants among college students. Prevalence, motives and routes of administration», *Pharmacotherapy*, nº 26 (2006), pp. 1501-1510; McCabe, Sean Esteban et al., «Non-Medical Use of Prescription Stimulants among US College Students: Prevalence and Correlates from a National Survey», *Addiction*, nº 100 (1) (2011), pp. 96-106.

31 Franke, Andreas; Bonertz, Caroline et al., «Non-Medical Use of Prescription Stimulants and Illicit Use of Stimulants for Cognitive Enhancement in Pupils and Students in Germany», *Pharmacopsychiatry*, nº 44 (2) (2011), pp. 60-66.

de laboratorio. Únicamente se aprecian efectos en la reducción del sueño, los cuales se pueden conseguir sin embargo con café.<sup>32</sup>

La mayor parte de las personas que he entrevistado son estudiantes, y toman –algunas regularmente, otras solamente en las fases de trabajo intensivo– medicamentos que requieren receta para escribir sus deberes o para aprender antes de los exámenes. Cuando la sustancia hace efecto, sienten un impulso hacia el trabajo y experimentan entusiasmo por el objeto de su actividad. Cuando Aleksandra, por ejemplo, una estudiante de grado, tomó junto con una amiga Adderall por primera vez, sintió un empujón de energía y un interés ferviente por los temas del examen: «*We studied so much we made like color coded flash cards. I was like “wow, this actually works, I’ve never been so interested”*» [Estudiamos tanto que hicimos tarjetas ordenadas por colores. Era como «wow, esto funciona, nunca me había interesado tanto»]. La influencia del medicamento hace para Aleksandra que toda su atención se dirija al asunto que está estudiando, y que tenga entusiasmo por ello. Tabitha, otra entrevistada inscrita en Berlín y que toma regularmente Ritalin en sus estudios de Biología para cumplir con lo que tiene que estudiar, explica lo contingente que se revela el objetivo de atención estimulada por Ritalin: «Te tienes que imaginar que, hagas lo que hagas, estás completamente dentro (...) Nada te alcanza desde el exterior».

Los intereses que causa la toma de Ritalin no están ligados a ningún vínculo emocional. El efecto no debe preceder a ninguna pasión por determinados

---

32 Véase Repantis, Dimitris; Schlattmann, Peter et al., «Modafinil and methylphenidate for neuroenhancement in healthy individual. A systematic review», *Pharmacological Research*, nº 62 (3) (2010), pp. 187-206.

temas o actividades sobre las que se pueda dirigir la capacidad de concentración creada por el medicamento. Tabitha describe la sensación que provoca Ritalin cuando trabaja como eufórica: «Cuando realmente estás dentro, tienes al principio, en los primeros diez minutos la cantidad precisa de endorfinas; así que te alegras de estar haciendo eso, amas lo que estudias, tu trabajo».

Otra entrevistada, que trabaja como autora independiente y toma Ritalin para aumentar la concentración, sostiene que a ella el medicamento le reduce la tarea de tener que disciplinarse. Anne toma diariamente dos pastillas de Ritalin, que tienen efectos durante unas tres horas. Es autónoma, y decide por sí misma su tiempo de trabajo. Considera que el mayor desafío es «animarse», disciplinarse ante la necesidad de trabajar en los textos que quiere escribir, y no «voy echar un vistazo a las novedades de los últimos tres minutos de Facebook, Twitter y otras 37 webs». Dice: «Tengo la sensación de que en torno al 80% de mi trabajo consiste en controlarse». Este trabajo de «controlarse» es el que Ritalin hace más ligero. Así, con dos tomas al día completa un día de trabajo, que normalmente no supera las seis horas.

De manera diferente a como se representa en los medios, Anne no toma por tanto el medicamento para superar jornadas laborales alargadas, sino para facilitar por medio de sustancias una organización del tiempo que en apariencia completamente libre, y para dividir su día entre el trabajo y el tiempo libre. La autodisciplina ya no es necesaria para ella, ya que durante el efecto de Ritalin le sale trabajar. Por ello no comparte la opinión de que el medicamento sea el símbolo de la adaptación de las personas a la sociedad del rendimiento, sino que cree, al contrario, que la sustancia

le libera de muchas exigencias del mundo del trabajo actual: «la acusación es ahora que se toma Ritalin o Modafinil para encajar mejor en el rígido corsé de la sociedad del rendimiento. Pero en realidad solo se trata de un encaje fácil y provisional. Tragas las pastillas, te conviertes en un engranaje útil de la sociedad, cuatro horas después se terminan los efectos y puedes salir e ir a columpiarte [se ríe]». Anne tiene la impresión de que la sustancia le da más tiempo libre que si tuviera que reformar tanto su personalidad, con esfuerzo y autodisciplina, que tendría que dedicarse por completo y todo el día a ello para cumplir con las exigencias. Entonces sí que estaría fuertemente deformada por la sociedad». Anne se agarra al Ritalin justamente porque no le gustaría internalizar este imperativo de rendimiento. La mayor parte de consumidores regulares de medicamentos para aumentar el rendimiento también subrayan las ventajas hedonistas de su utilización de sustancias. Tabitha, por ejemplo, sostiene que con Ritalin aprende más rápido, y tiene por tanto más tiempo libre que sus compañeros.

La neuropotenciación se lleva a cabo sobre todo por el efecto motivador de las sustancias –una razón para la toma que en la discusión pública y bioética casi no juega ningún papel–. De este modo, es explicable que los efectos probados en laboratorio resulten tan débiles, ya que las personas que participan en los experimentos como sujetos de estudio no tienen que luchar contra las distracciones y la procrastinación. No deben resistirse a mirar las redes sociales o las noticias cada diez minutos dejando su trabajo para más tarde. Por el contrario, las personas que consumen medicamentos para aumentar su rendimiento sienten unos

efectos estimulantes fuertes y un gran interés por los temas deseados.

Los intentos actuales por optimizar el cerebro, a diferencia de otros esfuerzos históricos similares, no se dirigen prioritariamente hacia el aumento de la capacidad de rendimiento, sino a la producción de motivación, y es por ello que medicamentos como Ritalin puedan ser señalados como de segundo orden en cuanto a sus efectos en la mejora del rendimiento.<sup>33</sup>

El problema de conducta que se intenta solucionar con la neuropotenciación consiste en tener iniciativa para emprender algo. La activación de sí es hoy en día una exigencia importante que recae sobre el sujeto, que en el capitalismo flexible tiene que buscar bajo su propia responsabilidad y constantemente las oportunidades de poner en valor sus habilidades. En la medida en que las ocupaciones temporales se convierten en la normalidad, tiene lugar una fusión de los tiempos de vida y de trabajo. La pasividad y la rutina son el mayor enemigo del empresario de sí, y deben ser superadas por un «ethos del comienzo».<sup>34</sup> Los medicamentos tomados como neuropotenciadores tienen un efecto activador. Dirigen el foco sobre un objeto deseado y provocan un espíritu emprendedor.

La experiencia emocional, especialmente la capacidad de sentir motivación, interés y entusiasmo, tienen hoy mucha importancia en la mejora de las propias oportunidades en el mercado. En las nuevas formas de trabajo –especialmente en el campo del trabajo intelectual–, se demandan cada vez menos

---

33 Véase Quednow, Boris, «Neurophysiologie des Neuro-Enhancements. Möglichkeiten und Grenzen», *Auchtmagazin. Fachzeitschrift für Suchtarbeit und Suchtpolitik*, nº 2 (2010), pp. 19-26.

34 Bröckling, Ulrich, «Jeder könnte, aber nicht alle können. Konturen des unternehmerischen Selbst», *Mittelweg*, nº 36, 11 (4) (2002), pp. 6-26, aquí pág. 9.

cumplimiento del deber y formalidad, y en vez eso cada vez más competencias en el manejo de las propias emociones y «autoentusiasmo carismático».<sup>35</sup>

Otro problema de conducta que se intenta solucionar por medio de la neuropotenciación se refiere al trato con el ajuste del tiempo propio. El tiempo desempeña un papel importante en la neuropotenciación en un sentido doble. Por un lado, los medicamentos reducen el tiempo que necesitan quienes los consumen para concentrarse en algo y comenzar el trabajo. Muchas personas que realizan trabajo intelectual más allá de los tiempos reglados de trabajo –como estudiantes, doctorandos y doctorandas, trabajadores *freelance* y otras personas que trabajan en el ámbito del conocimiento y tienen soberanía sobre su tiempo de trabajo– se quejan del esfuerzo por dominarse, por no distraerse y por orientarse hacia su propio trabajo. Los medicamentos facilitan este paso, estrechan el campo de percepción. Por otro lado, como aplazan la necesidad de sueño y alargan los periodos de atención, a menudo se toma una pastilla tras otra, utilizándolas para cumplir con plazos de entrega y para poder trabajar toda la noche con ese objetivo. Que el trabajo se pueda iniciar más rápido y desempeñar durante más tiempo alarga las franjas de tiempo que se utilizan para trabajar. Sin embargo, cuando no se toman tantas pastillas una detrás de otra, como ocurre en algunos pocos estudiantes, el efecto del medicamento consiste en ajustar el foco. En ambas formas de utilización se parcela el tiempo y se divide entre tiempo de trabajo y tiempo libre. Las personas que consumen medicamentos para aumentar el rendimiento deciden por medio

---

35 Necken, Sighard, «Emotions by Design», *Berliner Journal für Soziologie*, nº 15 (3) (2005), pp. 419-430, aquí pág. 424.

de la toma de pastillas cuándo comienza su tiempo de trabajo y cuánto dura.

Los y las estudiantes tienen desde siempre libertad de horarios en su trabajo, deciden por sí mismos cuánto tiempo quieren dedicar al estudio. No reciben recompensa por las horas de trabajo que empleen, sino por los éxitos en sus trabajos y exámenes. Por ello se confrontan con el problema de convertir su tiempo en tiempo de trabajo. Pero cada vez se impone en más empresas una tendencia sobre cierta soberanía sobre el tiempo: los trabajadores deciden por sí mismos cómo organizan su tiempo, y se les valora por sus resultados. Mientras los relojes para fichar van perdiendo importancia, crecen las jornadas de trabajo flexibles y el trabajo por proyectos con una organización autónoma del tiempo de trabajo.<sup>36</sup> Esto aumenta las presiones sobre la autoestima emocional de las personas empleadas, y puede aumentar la necesidad de sustancias que faciliten la gestión autónoma.

La ingesta de psicofármacos de potenciación se ajusta aparentemente sin contradicciones al discurso de la época de la optimización de sí mismo y la autodirección en los tiempos de la individualidad somática. Pero si tratamos de manera empírica esta toma de medicamentos para aumentar el rendimiento se muestra que el comportamiento de quienes los consumen no está sujeto a esa unidireccionalidad que sugiere en ocasiones el discurso público. La obligación de aumentar el rendimiento no conduce de forma

---

36 Véase Boltanski, Luc; Chiapello, Ève, *Der neue Geist des Kapitalismus*, Konstanz, UVK, 2006 [edición en castellano: *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal, 2002]; Voß, Gerd Günter; Pongratz, Hans J., «Der Arbeitskraftunternehmer. Eine neue Grundform der Ware Arbeitskraft», *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, nº 50 (1) (1998), pp. 131-158.

tan sencilla a algunas personas a adaptarse por medio de fármacos a las exigencias de la sociedad del rendimiento, sino al contrario: entienden el apoyo farmacológico como medio de delimitación. La neuropotenciación representa una adaptación y al mismo tiempo una burla de las apelaciones a la optimización. Las capacidades requeridas se producen de manera neuroquímica, pero no se implementan con esfuerzo, cansancio y autodisciplina, sino por medio de pastillas. Así, no solo se esquiva el discurso ubicuo de la autenticidad y la pureza, sino que paradójicamente se intenta, a través de fármacos para el aumento del rendimiento, tener que rendir menos.

# 5

## ANTI-TERAPIA

Mark Fisher

La idea de que hablar sobre nuestros sentimientos podría considerarse un acto político parece contraintuitiva. ¿Acaso la gente no está hablando de sus emociones más que nunca? Por otro lado, ¿acaso esta emotividad no ha coincidido con la aparición de lo que he denominado «realismo capitalista», una opinión profundamente arraigada de que el capitalismo es el único sistema económico «realista»?

### **El Nuevo laborismo y el nacimiento de la *emo-política***

Para poder empezar a dar respuestas a estas cuestiones, vayamos a uno de los núcleos centrales del realismo capitalista: el Reino Unido. El Nuevo laborismo de Tony Blair naturalizó aquello por lo que Thatcher había tenido que luchar: la idea de que no existían alternativas al capitalismo neoliberal. En retrospectiva,

es obvio que los primeros meses del primer mandato de Tony Blair como Primer Ministro inauguraron también una nueva época en la vida política británica: el nacimiento de lo que podríamos denominar la *emo-política*. Blair aportó un nuevo tono emocional al gobierno británico. Se situó en aquella parte de Gran Bretaña que se sentía más cómoda expresando sus sentimientos que las generaciones de sus padres y sus predecesores, con sus estereotípicos esfuerzos por mantener la compostura. Para ello, fue decisiva la manipulación de la excepcional ola de aflicción que surgió inmediatamente después de la muerte de Diana, princesa de Gales, por parte de Blair y de sus asesores, y que tuvo lugar solo un par de meses después de que el Nuevo laborismo llegara al poder.

La muerte de Diana, como ya es conocido, pilló desprevenida a la monarquía con sus antiguos modelos de deber y de auto-control emocional, mientras el famoso discurso pronunciado por Blair sobre «La princesa del pueblo» –ideado por el estratega<sup>1</sup> del Nuevo laborismo Alastair Campbell– no solo consolidó su autoridad como Primer Ministro, sino que también inició una nueva fase de gobierno neoliberal en Gran Bretaña.

Gracias a Campbell y a los obedientes miembros de los medios británicos, en poco tiempo surgió un poderoso discurso en el que la supuesta transparencia emocional se contrastaba con la «frialidad» de la Reina. El distanciamiento de la monarca en ese momento se equiparaba con formas «malsanas» de represión emocional. Precisamente, mientras Blair se vendía a sí mismo como un modernizador que estaba alejando al

---

1 En el original, «*spin doctor*», término que refiere a la persona encargada de la orquestación de una propaganda política, de la manipulación de hechos y de la desviación del centro de atención del público [N. de la T.].

Partido laborista de la «política clasista del pasado», el Nuevo laborismo rompía a su vez con el relato tradicional de las emociones. El gobierno tomaba entonces la iniciativa de asegurarse de que la población tenía una respuesta «correcta» y «sana» para el estrés emocional. Ya solo el tono normativo habría sido suficientemente preocupante, pero la política emocional del Nuevo laborismo fue más allá de una mera creación de ambiente o de la propuesta de una serie de recomendaciones.

En lugar de eso, se impuso de manera pasivo-agresiva una nueva concepción de salud emocional –en un estilo autoritario propio del neoliberalismo del que se apropió el Nuevo laborismo– a través de una serie de medidas que intervinieron hasta un punto inaudito la vida emocional de la población. Todo, desde la salud hasta la educación y el control social, formaba parte de este proyecto. Los maestros fueron sobornados para jugar el papel de *emo-policía*, asegurándose de que los alumnos cumplieran con la nueva normatividad emocional. Aquellos padres a los que se consideraba que fallaban estaban obligados a asistir a «clases para padres».

Mientras tanto, la cuestión sobre lo genuinos que eran los sentimientos de aflicción de Blair nos lleva al meollo del enigma de Blair: ¿de verdad creía en las doctrinas que pregonaba o era una extraña combinación de *showman* carismático y marioneta del capital sin fondo ninguno? ¿Qué veía Blair cuando se miraba al espejo en aquel entonces y qué ve ahora mismo? ¿Estamos ante un delirio mesiánico de autoengaño o ante una nueva suerte de psicopatía postmoderna? El enigma sigue siendo irresoluble hoy en día, igual que hace veinte años. Lo innegable es que Blair abrió el camino para la normalización de la auto-

explotación emocional imprescindible para la fase final del neoliberalismo en Gran Bretaña.

El primer Blair perfeccionó el arte del «sincerismo»: <sup>2</sup> la representación pública de cierta emoción que puedes sentir o no sentir de verdad. A medida que la economía británica se hacía cada vez más dependiente de los trabajos de prestaciones de servicios y ventas, un mayor número de trabajadores se veía forzado a desarrollar técnicas de simulación emocional cuyo precursor público era precisamente Blair.

En su libro *The Dangerous Rise of Therapeutic Education* [El peligroso ascenso de la educación terapéutica], Kathryn Ecclestone y Dennis Hayes sostienen que el Nuevo laborismo recurrió a la terapia popular para subsanar el vacío que se había creado por las políticas clasistas. Estas «ortodoxias terapéuticas», defienden, «incluyen afirmaciones de que las experiencias de las vidas pasadas tienen efectos negativos a largo plazo para todo el mundo, pero se muestran especialmente perniciosas para la creciente minoría. El mensaje general consiste en que detrás de nuestras fachadas supuestamente seguras todos somos, en mayor o menor medida, frágiles y vulnerables, y como consecuencia de ello necesitamos formas particulares de apoyo emocional».

Ecclestone y Hayes tienen razón cuando afirman que estas doctrinas terapéuticas han tenido una difusión muy amplia y muchas veces han sido aceptadas sin ningún tipo de crítica. Tal y como Eva Illouz identifica con perspicacia, las ortodoxias

---

<sup>2</sup> En el original, «*spincerity*», término que deriva de dos palabras: *spin* y *sincerity*. *Spin* es una forma de propaganda; como parte del término *spin doctor*, por ejemplo, se refiere a la manipulación y la desviación del enfoque de un asunto político, el intento de presentar unas noticias negativas como positivas. Aun con este propósito, Fisher afirma que se necesita cierta dosis del elemento contrario, la sinceridad, y a partir de ahí crea el término mencionado. Se trata de una especie de posverdad [N. de la T.].

terapéuticas han sido diseminadas no solo por parte de los propios terapeutas, sino también por parte de la cultura popular, que han adoptado con entusiasmo los motivos y los marcos conceptuales terapéuticos. Ecclestone y Hayes también tienen razón en que la terapia subsanaba el vacío que apareció cuando el Nuevo laborismo repudió explícitamente el concepto de lucha de clases. Sin embargo, la solución que Ecclestone y Hayes proporcionan a este «giro terapéutico» es simplemente enfrentar una forma de política reaccionaria contra otra. Su propuesta de vuelta a una educación basada en «la razón, la ciencia y el progreso» es superficialmente loable. No obstante, al fin y al cabo, su posición es conservadora y eso nos brinda solo una (falsa) elección entre diferentes tipos de autoritarismo. En lugar del autoritarismo blando –pero sumamente invasivo– del Nuevo laborismo, Ecclestone y Hayes proponen una vuelta poco apetecible a las formas *tradicionales* del autoritarismo. También corren el riesgo de respaldar precisamente ese distanciamiento emocional que justifica de modo somero el giro terapéutico. El problema con lo que me gustaría denominar el «imaginario terapéutico» no yace en que presenta a los sujetos como vulnerables, turbados por los hechos de sus vidas pasadas y sin confianza. La mayoría de los sujetos en el capitalismo –incluyendo a los de la clase dirigente– encaja en esta descripción. El problema con el imaginario terapéutico –y este es un problema que se remonta a Freud y a los orígenes del psicoanálisis– es que afirma que estas cuestiones se pueden solucionar a base de que el sujeto individual trabaje en sí mismo –o en sí misma– teniendo como asistente solo a un terapeuta.

Asimismo, la negativa del papel de la emoción en la educación de Ecclestone and Hayes –o, mejor dicho, el hecho de que sitúen la emoción frente a «la razón, la ciencia y el progreso»– presenta una deteriorada versión del proyecto de Ilustración al que juran su lealtad. Esta es la Ilustración concebida al modo de alguien como Richard Dawkins; una Ilustración criticada con razón por parte de los teóricos «postmodernos» por su prejuicio patriarcal, de manera que no sorprende ni lo más mínimo el desprecio que muestran Ecclestone y Hayes. En este caso, la «Ilustración» acaba reforzando las suposiciones, generalmente poco analizadas, sobre asuntos de clase, género y raza de la clase dirigente.

Esta versión de la Ilustración se puede contrastar con la que aparece en el trabajo de Jonathan Israel. En el discurso de Israel, la Ilustración corroe las bases de *todas* las formas tradicionales de autoridad. Esto no lleva a una suerte de ley de la selva «postmoderna», como tampoco exige una lealtad dogmática a las actuales instituciones de la ciencia. Más bien, las formas de «autoridad» que reclaman su legitimidad en la tradición se exponen como ilegítimas, es decir, autoritarias. Entonces es posible contrastar este tipo de autoritarismo con el modelo democrático y transparente de autoridad.

El principio que más define la Ilustración Radical es la convicción de que no existe –en teoría, si no en realidad– nada que no se pueda comprender. Esta era la creencia que dio vida a la filosofía de Spinoza que, como sostiene Israel, proporcionó los fundamentos desde los que se desarrollaría la Ilustración Radical.

Aquí volvemos a las emociones. Como es sabido, lejos de ignorar las emociones o de asumir que podrían ser obviadas de alguna forma, la filosofía de Spinoza hace que el enfoque central de su proyecto sea la

gestión de las emociones. No aspira a someter las emociones, sino a alcanzar el placer, una tarea que solo se puede conseguir cuando la razón no se opone simplemente a los sentimientos, sino que ejerce poder sobre ellos. Según la lógica de Spinoza, ignorar las emociones solo consigue mistificarlas, situándolas más allá del alcance de la indagación racional. Todo ello convierte a Spinoza en un filósofo sumamente moderno y, al mismo tiempo, en un pensador cuya obra representa una fuente indispensable para cualquier proyecto progresista. Esto es especialmente válido hoy en día, en una época en la que cada vez más áreas de la vida y de la mente están siendo dominadas por agencias que se dedican a la ingeniería libidinosa y emocional; la mayoría de ellas centradas, consciente o inconscientemente, en los intereses del capital.

La *emo-política* autoritaria del Nuevo laborismo era aparentemente parte del suplemento «progresista» del realismo capitalista. El Blairismo sostenía que la única manera de implementar *cualquier* medida que produjera «justicia social» era capitular ante la dominación del capitalismo. Era «poco realista» esperar mucho más; este tipo de expectativas eran reliquias de un momento anterior –y las condiciones para ese momento ya han desaparecido–, cuando la clase obrera organizada podía reafirmarse contra el capital. El Nuevo laborismo aceptó y naturalizó esa nueva composición de las fuerzas sociales, defendiendo que su capitulación permitiría que sobre la mesa de negociación se pusieran medidas –el salario mínimo, por ejemplo– que el partido neoliberal de Thatcher bloquearía una y otra vez. Al final resultó, sin embargo, que las *emo-políticas* del Nuevo laborismo fueron fundamentales para asegurar el neoliberalismo en Gran Bretaña. Para entender por qué

es así, tenemos que reflexionar más de cerca sobre lo que es el neoliberalismo. También debemos profundizar más en la reflexión sobre el papel que el imaginario terapéutico ha tenido en el arraigo del neoliberalismo. Para poder hacerlo, desviaremos nuestra atención de Gran Bretaña a EE.UU.

### **Antinomias del imaginario terapéutico**

El libro de Jenifer M. Silva, *Coming up short: Working-Class Adulthood in an Age of Uncertainty* [Quedarse cortos: la edad adulta de la clase obrera en la época de la incertidumbre], registra de manera desgarradora los efectos corrosivos que el entorno neoliberal tiene sobre la intimidad. El libro de Silva se centra en la gente joven; está basado en cien entrevistas que realizó a hombres y mujeres jóvenes de clase obrera en dos ciudades estadounidenses (Lowell, en Massachusetts, y Richmond, en Virginia). A primera vista, el punto de partida de Silva es similar al de Ecclestone y Hayes. «En un mundo de acelerados cambios y lealtades tenues», sostiene Silva, «el lenguaje y la institución de la *terapia* –y la auto-transformación que promete– ha explotado en la cultura estadounidense».<sup>3</sup> Ecclestone y Hayes percibieron la adopción de los tropos terapéuticos por parte del Nuevo laborismo como consecuencia de una suerte de mezcla de oportunismo, autoritarismo y chapuza de buenas intenciones. Mientras tanto, para Silva, la propagación de la cultura terapéutica en EE.UU. es tanto un medio por el que el individualismo neoliberal se ha arraigado como la consecuencia de dicho arraigo. Según Ecclestone y Hayes, la terapia produce

---

3 Silva, Jenifer M., *Coming up short: Working-Class Adulthood in an Age of Uncertainty*, Oxford, OUP, 2013, pág. 19.

«reblandecimiento» de la subjetividad y de la cultura, manifestados en el debilitamiento de la autoridad y en el fortalecimiento de un Estado incluso más intrusivo. En cambio, para Silva, la difusión de los conceptos terapéuticos da como resultado un «endurecimiento» del sujeto individual. «Los hombres y las mujeres de la clase obrera nacidos después del neoliberalismo (...) aprendieron a percibir las luchas de supervivencia por su propia cuenta como moralmente correctas, haciendo virtud del hecho de no pedir ayuda; si ellos son capaces de hacerlo, entonces todo el mundo debería también serlo».<sup>4</sup>

Esto revela la diferencia entre la entrega al neoliberalismo del Nuevo laborismo y el neoliberalismo en el contexto estadounidense. El modelo de sujeto (implícitamente de clase obrera) del Nuevo laborismo funcionaba como un doble vínculo. El doble vínculo, tal y como lo explican Deleuze y Guattari en *El Anti Edipo*, «es un término usado por Gregory Bateson para describir la emisión simultánea de dos órdenes de mensajes, uno de ellos contradiciendo al otro (por ejemplo, el padre que dice al hijo: “¡Vamos, críticame!”), pero que claramente da a sobreentender que toda crítica efectiva, al menos un cierto tipo de crítica, será mal recibida».<sup>5</sup> Las instrucciones contradictorias sirven para desestabilizar al sujeto, manteniéndoles en un estado de ansiedad neurótica permanente.

Por un lado, el sujeto de clase obrera fue interpelado por el Nuevo laborismo como un ser capaz de una auto-transformación radical prácticamente infinita (uno de los efectos más significativos de esta ideología –que fue a la vez su presuposición– fue

---

4 *Ibid.*, pp. 16-17.

5 Deleuze, Gilles; Guattari, Felix, *El Anti Edipo*, Paidós, Barcelona, 1985, pág. 53

la privación del sujeto de su situación de clase. «La identidad» de clase se percibía tanto como un atavismo como una limitación que no permitía que el sujeto avanzara hacia las infinitas promesas de la auto-reinención). Por otro lado, tan pronto como algo iba «mal» –cuando el comportamiento de los individuos de clase obrera inevitablemente se salía de los parámetros controlados por un sinnúmero de vigilancias y agencias de control que inventó la administración de Nuevo laborismo– se les percibía como fundamentalmente carentes de auto-determinación y de capacidad de auto-cuidado, y fueron sometidos a un proceso disciplinario intensivo (por ejemplo, las clases para padres mencionadas anteriormente).

En la práctica, la situación estadounidense que describe Silva funciona a base del mismo principio de doble vínculo. Solo que el énfasis es diferente. El Nuevo laborismo –todavía perseguido por la historia del socialismo y de la democracia socialista, de la que nunca podía renegar completamente– presentó su gestión y su proceso disciplinario de la clase obrera en términos pasivo-agresivos, como un «cuidado». En EE.UU., donde la historia de la democracia social brilla por su ausencia, la interpelación hiper(neo)-liberal del sujeto como capaz de auto-determinación y de auto-reinención se complementa –especialmente en el caso de los individuos negros de clase obrera– con el uso agresivo del encarcelamiento.

El discurso terapéutico de la auto-transformación alimenta lo que Alex Williams ha llamado «la solidaridad negativa». Se trata de una tendencia de los sujetos neoliberales a hacer «carreras hacia el abismo». Si se percibe que los otros están en posesión de unos recursos o beneficios que «no han ganado»,

deberían no solo verse privados de dichos recursos, sino que deberían estar públicamente avergonzados por reclamarlos. Todo el mundo debería «sostenerse sobre sus propios pies».

Uno de los muchos valores del libro de Silva es la minuciosa explicación que proporciona sobre las raíces emocionales y culturales de la solidaridad negativa. Silva sostiene que el modelo endurecido de subjetividad que, tal y como lo percibe ella, manifiesta la mayoría de las personas que entrevistó para su estudio, es el resultado de años de desamparo institucional y existencial. El discurso terapéutico de la auto-transformación heroica es la única historia que tiene sentido en un mundo en el que ya no se puede confiar en que las instituciones vayan a respaldar o apoyar a los individuos. En un ambiente dominado por la competición implacable y la inseguridad, es imposible tanto confiar en los otros como proyectar algún tipo de futuro a largo plazo. Evidentemente, estos dos problemas se retroalimentan en una de las muchas espirales viciosas que la cultura neoliberal se ha especializado en inventar. La incapacidad de imaginar un futuro seguro dificulta en gran medida que uno se implique en cualquier tipo de compromiso a largo plazo. En lugar de ver a un compañero como a alguien que puede compartir las presiones impuestas por parte de un campo social severamente competitivo, muchos de los individuos de clase obrera con los que habló Silva veían las relaciones como una fuente de estrés añadida. Más concretamente, muchas de las mujeres heterosexuales consideraban que las relaciones con hombres eran una apuesta demasiado arriesgada. En condiciones en las que no podían depender de nadie excepto de sí mismas, la auto-suficiencia que estaban obligadas a desarrollar se consideraba

tanto un logro culturalmente validado como una estrategia de supervivencia ganada a duras penas a la que eran muy reacias a renunciar.

De todas formas, a lo que nos enfrentamos aquí es a la primera antinomia del imaginario terapéutico: la idea de que la proliferación de las ortodoxias terapéuticas produce al mismo tiempo sujetos «reblandecidos» –sujetos que se identifican como insuficientes cuando no realmente dañados– y sujetos «endurecidos» –sujetos que presumen de invulnerabilidad reivindicativa–. Podemos acercarnos a la segunda antinomia a través de la noción de sujetos excesivamente implicados en su propia vulnerabilidad. Hace veinte años que Wendy Brown analizó los serios problemas inherentes a este tipo de implicación desde el punto de vista de la izquierda, en su gran ensayo *Wounded Attachments* [Apegos heridos]. Brown entendió muy bien el complejo libidinoso, discursivo y administrativo que produciría el Nuevo laborismo: «A medida que el discurso liberal convierte la identidad política en un interés privado esencializado», escribió, «el poder disciplinario convierte el interés en una identidad social normativizada manejable por parte de los regímenes regulatorios». Sin embargo, el punto central del ensayo de Brown era diagnosticar los orígenes psico-libidinosos de una formación política identitaria que se ha arraigado incluso más profundamente desde que ella escribiera este ensayo en los años noventa. Basándose en el postulado del resentimiento de Nietzsche de *La genealogía de la moral*, Brown escribió sobre la subjetividad política que «se encuentra profundamente implicada en su propia impotencia incluso mientras intenta mitigar el dolor de su indefensión a través de su moralización vengativa,

a través de su amplia distribución de sufrimiento, a través de su recriminación del poder como tal». Como advirtió Brown, «la identidad politizada se adhiere por tanto a su propia exclusión debido a su mera existencia como identidad». Los minuciosos diagnósticos de Brown sobre esta psicopatología política resultaron ser al mismo tiempo tan proféticos como astutos. Pasados veinte años, la mezcla de agresión moralizadora e implicación en la impotencia han proliferado en un ambiente político sustancialmente determinado hoy en día por el entorno *online*. En su artículo «*Sexual Paranoia Strikes Academe*» [La paranoia sexual ataca a la academia], publicado en *The Chronicle of Higher Education*, Laura Kipnis describe una situación que se da en los campus estadounidenses, donde a las estudiantes se les incentiva a verse a sí mismas como víctimas indefensas de los profesores depredadores. «Hoy en día por todos los campus», escribió Kipnis, «se encuentran estudiosos en cuyo trabajo se desarrollan modelos sofisticados de poder y capacidad de acción. Sería difícil exagerar la influencia, en todas las disciplinas, de Michel Foucault, cuya idea más característica se basaba en que el poder no tiene una dirección y una valencia permanentes. Aun así, nuestros propios lugares de trabajo están promulgando la versión más cruda de poder vertical que se pueda imaginar, reinterpretando nuestro profesorado al estilo de Snidely Whiplash,<sup>6</sup> atusándonos nuestros bigotes y viendo a las estudiantes como doncellas indefensas atadas a las vías del tren. Los estudiantes carecen de voluntad y de deseos propios independientes; los profesores son

---

6 El villano estereotípico del dibujo animado estadounidense *The Adventures of Rocky and Bullwinkle and Friends*, vestido de negro, con sombrero de copa y bigotes retorcidos.

potenciales coaccionadores con planes miserables para corromper a los inocentes». Como se podía predecir, el artículo de Kipnis se vio implicado en los mismos procesos que intentaba analizar, convirtiéndose en objeto de ataques agresivos moralizadores de grupos que se auto-identificaban como representantes de los vulnerables.

Aquí, pues, se encuentra la primera parte de nuestra segunda antinomia del imaginario terapéutico: hoy en día existe una tendencia desmesurada entre muchos sujetos a identificarse como víctimas de abuso. Es importante señalar en este punto que no estoy vinculando el argumento de Kipnis con el de Ecclestone y Hayes. Mientras que la posición de estos últimos equivale en el fondo a una llamada de restauración de modelos más antiguos de autoridad, Kipnis tira más hacia el lado izquierda-libertario y deplora el autoritarismo moralizador que se ha extendido de forma tan generalizada en la política estudiantil estadounidense. En ningún momento Kipnis resta importancia a los sufrimientos causados por los abusos reales y tampoco sugiere que los «supervivientes» de este tipo de abusos no debieran soltar prenda y seguir adelante.

Si tanto el ensayo de Kipnis como el de Brown subrayan las psicopatologías reales y dominantes de la izquierda, sus análisis deberían sopesarse con el reconocimiento de que el abuso sexual por parte de aquellos que forman parte de la política y de los medios está realmente mucho más extendido de lo que se había supuesto previamente. Un claro ejemplo aquí sería el peculiar e inquietante caso de Jimmy Savile en el Reino Unido (que se vio reflejado en las acusaciones que recientemente rodearon a Bill Cosby en EE.UU.). Savile fue un DJ que pasó a formar parte del entretenimiento

ligero, más conocido en los años setenta por su trabajo en un programa de televisión infantil donde cumplía los deseos de los niños: *Jim'll Fix It*. Después de su muerte, se confirmaron los rumores que le persiguieron durante muchos años: Savile había abusado sexualmente de cientos de víctimas, incluidos muchos niños.

Savile no era una figura del entretenimiento o una figura mediática cualquiera. Como si fuese un personaje de una película de David Lynch, Savile tenía vínculos tanto con el submundo criminal como con poderosos miembros de la clase dirigente. Una investigación policial masiva de aquellos que habían trabajado con Savile (Operación *Yewtree*) descubrió que no estaba solo: muchos de sus socios también eran pedófilos. Sin embargo, la jurisdicción de la Operación *Yewtree* se limitó al mundo del entretenimiento; Savile también era amigo de políticos y policías. Como resultado de la aparición de alegaciones contra Savile, un nuevo escándalo se avecina ahora en el Reino Unido. Ahora está enfocado en la política e incluye al hombre que fue mano derecha de Thatcher, Leon Brittan, y al ex-Primer Ministro conservador, Edward Heath, entre los acusados de pedofilia.

Esto nos lleva a la segunda mitad de la segunda antinomia del imaginario terapéutico: hay mucho más abuso de lo que previamente se podía haber imaginado posible. La sensación de lo posible tiene muy poco que ver con lo que realmente pasó: más bien, se trata de lo que es considerado creíble por parte de la figura virtual que la teoría lacaniana llama «el gran Otro». El gran Otro es una especie de observador virtual que se supone que es el público del discurso oficial y es precisamente ese gran Otro el que asegura la coherencia de cualquier sistema de

realidad. Siempre existe algún tipo de discrepancia entre lo que conocen los grupos y los individuos, y lo que cree el gran Otro. Tal y como señala Lacan, esto ocurre porque el rasgo que define al gran Otro es su incapacidad de verlo todo. Sin embargo, aparecerá una crisis severa si la discrepancia entre lo que los grupos y los individuos conocen, y lo que el gran Otro «cree» se vuelve demasiado marcada. En tales condiciones, el sistema de realidad oficial se encuentra en peligro de colapso. Hay sobradas razones para sospechar que es con lo que nos estamos encontrando en Reino Unido y en el resto de Europa hoy en día. Bajo la presión de la crisis bancaria de 2008, y la aparición de nuevos partidos políticos como Syriza y Podemos, empiezan a parecer disfuncionales los sistemas ingenieros de la realidad y los sistemas libidinosos que han mantenido el realismo capitalista en los últimos treinta años. En Inglaterra, en concreto –el país capitalista más antiguo y la cultura con el mecanismo amortiguador disponible más eficiente e históricamente más duradero del mundo–, el realismo capitalista ha funcionado contrayendo drásticamente el ancho de banda afectivo y representacional de la cultura. Una cultura dominada por los *realities*, la propaganda de auto-mejora y el apaciguamiento corporativo –todo ello promovido por las ortodoxias terapéuticas– ha tenido como consecuencia una reducción de las expectativas y un conservadurismo representacional. No obstante, el esquema representacional que ha servido al realismo capitalista inglés tan bien desde los años ochenta falla claramente al encajar tanto el trauma de los escándalos de pedofilia del *establishment* como las movilizaciones populares en contra del neoliberalismo. En efecto, se necesitaría la capacidad de invención formal de David

Lynch o de David Peace para hacer justicia al extremo de lo que a la clase dirigente inglesa se le ocurre hacer. Resulta que los supuestos excesos fantasmagóricos y melodramáticos de la obra de Lynch y Peace –su tendencia a ver conspiraciones y abuso por todos lados– es mucho más cercana a la actualidad que la moderación de un «realismo» literario y televisivo común respetable.

Así que aquí está la segunda antinomia completa: hoy en día existe una tendencia excesiva entre muchos sujetos a identificarse como víctimas de abuso; sin embargo, hay mucho más abuso de lo que previamente se había imaginado. ¿Cómo puede ser que las dos afirmaciones sean ciertas? Y, si lo son, ¿qué es lo que nos dice esto sobre el imaginario terapéutico?

### **El capital es más real que tú: no existe una cosa como el individuo autónomo**

Para poder salir de este *impasse*, tenemos que dejar de lado la confianza en el individuo autónomo que ha sido el centro no solo del neoliberalismo, sino también de toda la tradición liberal. En un intento exitoso de romper con el colectivismo social-demócrata y socialista, el neoliberalismo invirtió un esfuerzo ideológico enorme para restaurar esta concepción del individuo con su correspondiente dramaturgia de elección y de responsabilidad.

Si queremos rehusar esta concepción del individuo, entonces igual tendremos que volver una vez más a Spinoza, cuya obra entera estaba basada en la premisa de que un individuo como este no podría existir. Sin embargo, en el contexto de la terapia, también podríamos acudir al terapeuta radical David Smail, que

rechaza todos los tropos habituales de la terapia individualista. «Lo que nosotros consideramos procesos causales del pensamiento, de la decisión y de la voluntad no son mucho más que una suerte de comentarios que acompañan nuestra acción», argumenta Smail en su libro *Power, Interest and Psychology: Elements of a Social Materialist Understanding of Distress* [Poder, interés y psicología: elementos para una comprensión social materialista de la angustia]. La interioridad presupuesta por muchos tipos de terapia es algo más que un efecto especial ideológico. Igual que Spinoza, Smail entiende que el supuestamente llamado «interior» es realmente un pliegue de lo exterior. La mayoría de lo que supuestamente está en nuestro «interior» ha sido adquirido de un campo social más amplio. «Muchas de las características que solemos considerar completamente “psicológicas” se adquieren del exterior. El ejemplo concreto más significativo es probablemente la “autoestima”, cuyo desmoronamiento se encuentra tan frecuentemente en la raíz de esa suerte de angustia personal que los expertos pueden “diagnosticar” como “neurótico”». <sup>7</sup> Esto significa que, al contrario de los principios fundamentales de algo como la terapia conductista cognitiva, los medios de transformación de sí mismos no están disponibles para los individuos. «De lo que suelen darse cuenta las personas que sufren de una angustia psicológica es de que independientemente de lo mucho que quieran cambiar, independientemente de lo mucho que se esfuercen, independientemente de la gimnasia mental por la que se hagan pasar, sus experiencias en la vida se mantienen más o menos iguales. Esto ocurre porque no existe

---

7 Smail, David, *Power, Interest and Psychology: Elements of a Social Materialist Understanding of Distress*, Monmouth, Pccs books, 2005, pp. 39-40.

una cosa como el individuo autónomo. Los poderes que tenemos han sido adquiridos y distribuidos dentro de nuestro contexto social, algunos de ellos (los más poderosos) están a distancias inalcanzables de nosotros. El propio sentido de nuestras acciones no es algo que podamos determinar de manera autónoma, sino que se hace inteligible (o de otra índole) por órdenes de la cultura (tanto proximales como distales) sobre los que no tenemos prácticamente ningún control».<sup>8</sup>

Esta es la razón por la que cualquier tipo de terapia individual –incluso aquella que practica un terapeuta empático y políticamente progresista– solo puede tener efectos limitados. Para realmente poder reconciliarse con el daño que se les ha hecho por y dentro de un campo social más amplio, los individuos necesitan tomar parte en las prácticas colectivas que revertirían la privatización neoliberal del estrés. Aquí podemos volver a una importante observación de Jennifer M. Silva. «En movimientos sociales como el feminismo, la autoconciencia o la denominación de problemas de uno mismo estaba el primer paso para una consciencia radical colectiva. Para esta generación, es el único paso, completamente desconectado de cualquier tipo de solidaridad; mientras luchan contra problemas similares y estructuralmente enraizados, no existe sensación de “nosotros/nosotras”. La posibilidad de politización colectiva a través de la denominación de los sufrimientos de uno es fácilmente subsumida dentro de unas estructuras de dominación más grandes porque los otros que luchan no se contemplan como compañeros de infortunio, sino como objetos de desprecio».<sup>9</sup> La divulgación del discurso terapéutico

---

8 *Ibid.*, pág. 46.

9 Silva, Jenifer M., *op. cit.*, pág. 142.

fue una manera por la que el neoliberalismo contuvo y privatizó la revolución molecular que la toma de conciencia engendró. La lucha para dismantelar el neoliberalismo, por lo tanto, incluirá obligatoriamente el redescubrimiento y la reinención de estas prácticas previamente populares. Así que ahora nos encontramos en posición de responder a la cuestión planteada al principio de este ensayo. ¿Cuándo hablar de nuestros sentimientos se puede convertir en un acto político? Cuando forma parte de una práctica de toma de conciencia que hace que las estructuras impersonales e intersubjetivas que la ideología suele ocultarnos se vuelvan visibles.

# 6

## MATERNIDAD Y CUIDADO COMO SERVICIO A LA SOCIEDAD DEL RENDIMIENTO

Sarah Diehl

En el amor se anudan las exigencias del trabajo. Desde luego en esa forma de amor que siempre hemos creído que podía liberar nuestra necesidad de comunidad: la familia nuclear con descendencia propia. Para casi todas las entrevistadas de mi libro *Die Uhr, die nicht tickt*<sup>1</sup> [El reloj que no hace tictac], la imagen de su propia madre como ama de casa frustrada era una razón para la decisión de no tener hijos, ya que sabían que a pesar de la emancipación de las mujeres todavía podían caer en la misma trampa que sus madres. Todas las promesas de la emancipación se detienen cuando se tienen niños o niñas, y las mujeres se deslizan hacia la típica división de roles de las familias nucleares, que desde el principio tienen marcado que la división del trabajo funciona por sexos. Así, las parejas con niños o niñas utilizan los anticuados conceptos de género, a

---

<sup>1</sup> Diehl, Sara, *Die Uhr, die nicht tickt. Kinderlos glücklich. Eine Streitschrift*, Zürich y Hamburgo, Arche, 2014.

menudo por razones pragmáticas: el hombre gana más, a la mujer se le harán ofertas de jornadas parciales, el sistema fiscal invita a ello por medio de la partición de impuestos entre cónyuges, y es difícil que las mujeres se impongan emocional y estructuralmente al ideal de la madre. Puesto que cuando el reproche de ser mala madre amenaza por todos los lados, combinado con la sugestión de que la mujer ha de ser competente en la pareja de padres, esto tiene una influencia en la auto-percepción de la mujer. Así, es difícil que las mujeres pongan en cuestión las exigencias del ideal de madre, sin que parezcan egoístas crueles, por lo que pocas se arriesgan a hablar en la familia sobre la exigencia excesiva que soportan –y sobre la falta de exigencia que afecta a sus planes de vida–. Muchas relaciones heterosexuales, basadas en la igualdad de derechos, pierden el equilibrio cuando llegan los niños o las niñas. En tanto no se permita que las mujeres se sitúen en una posición crítica con respecto a la maternidad, se las estará queriendo amarrar a una imagen de mujer determinada, basada en el altruismo y el espíritu de sacrificio de la naturaleza femenina: que las mujeres deben estar ahí para los demás más que para sí mismas. Esto es, por tanto, tan cómodo, que el trabajo de los cuidados, la asistencia, el cuidado de niños y niñas y las labores del hogar pueden ser cargados sobre las mujeres. Y además sin ser pagados; simplemente con el presunto pago del amor, lo que no merece la pena para las mujeres, no solo por los peligros de la pobreza entre los ancianos, debida a unos servicios sociales escasos, y del reconocimiento, sino también porque se les vuelve a retirar su espacio libre para el desarrollo personal, que los movimientos de mujeres de la post-guerra con tanta fuerza pelearon.

Es una larga tradición inculcar a las mujeres que, debido a su fertilidad, son menos libres que los hombres, y deben buscar su suerte en el hogar, en vez de salir al mundo: el «instinto maternal» se estableció en las ciencias naturales y en la pedagogía en el siglo XVIII para fijar, de manera supuestamente científica, los caracteres sexuales de mujeres y hombres, que definían su función en la sociedad «ilustrada». El cuento se ha mantenido hasta la actualidad, y no solo en una cultura popular con toques de pseudociencia. Por medio del instinto maternal, se atribuye a las mujeres de manera *quasi* natural una competencia para el cuidado y la comprensión, lo cual puede ser utilizado en su contra: si no cumplen con este instinto, serán rápidamente consideradas egoístas, sin sentimientos y antinaturales.

La «naturaleza» parece no ser amiga de las mujeres, ya que se suele utilizar siempre de forma retórica contra su autonomía. El instinto maternal adopta aquí una interesante posición entre la coerción y la recompensa, y tiene un efecto tanto más eficiente: coerción en tanto que las mujeres pueden sentir una culpa sin límites ante el desamparo y la necesidad de amor de un niño o niña, así como verse amenazadas con su propia devaluación social si se quisieran desprender de esta tarea; y recompensa porque su concentración total en la maternidad será considerada, tanto por la propia mujer como por la sociedad, como respetable y valiosa. Una forma clara de altruismo, para contrarrestar el abandono emocional y social de la próxima generación (que seguirá promoviendo esta lógica, si las mujeres no se ocupan de ella). Otras teorías fuertemente acopladas con la del instinto maternal son las teorías del vínculo –quienes llevaban la batuta al principio aquí eran el médico pediatra y psicoanalista

inglés Donald Winnicott y su colega John Bowlby-, las cuales dicen que el niño o la niña necesitan en los primeros años necesariamente una estrecha relación con la madre. En caso contrario aparecen como amenaza las depresiones, el alcoholismo, la incompetencia social y los mismos (vanos) intentos por compensar las carencias sufridas en la niñez. Al comportamiento del padre no le asignan en cambio, dichos científicos, casi ninguna importancia relevante, cuando se trata de las necesidades y los deseos de vínculo del niño o la niña. El vínculo es decisivo, pero no con la madre biológica y sobre todo no exclusivamente este. La cuestión sobre si una mujer que se aburre entre cuatro paredes con sus hijos puede ser una buena madre –estando casi siempre sola a cargo de los niños y frustrada con respecto a sus necesidades y su propio desarrollo personal–, es algo que no se plantea. No es ninguna casualidad que estas teorías sufrieran un revival justamente en los años setenta, cuando un nuevo movimiento de mujeres ponía en cuestión el mito de la madre y pedía más autonomía y participación social de las mujeres más allá de la familia. Si, como decían, solo la madre biológica tiene estas competencias con respecto al vínculo, el Estado no tiene nada que ofrecer para organizar el cuidado de los niños y niñas en común. Se lo confía en adelante a las pequeñas familias, y por tanto a la mujer.

Por otro lado, se cree legítimo todavía intervenir en la cuestión de la relación que tienen las mujeres con su capacidad reproductiva, como si fuera un bien público. Pues esta relación es la que liga a las mujeres ideológicamente al Estado. Por consiguiente, la mujer debe también ser regulada y controlada, para que la sociedad tenga un acceso a la reproducción. Así lo ha probado un estudio realizado en EEUU, en el cual se

muestra que frente a las más de cuatrocientas leyes que regulan el cuerpo de las mujeres, la cuota de leyes que regulan el cuerpo de los hombres se aproxima al cero. Al igual que la falta de descendencia, la interrupción del embarazo también se oculta o se devalúa en el discurso de manera sistemática: no debe ser ningún componente normal de la experiencia de las mujeres o de la salud de las mujeres en la medicina. Esto hace parecer al aborto algo más marginal de lo que es, ya que de acuerdo a la Organización Mundial de la Salud (OMS) una de cada tres mujeres ha tenido una interrupción del embarazo al menos una vez en su vida. Por medio de la estigmatización –la vergüenza– de la falta de descendencia, de las *regretting mothers* (madres arrepentidas) así como del aborto, se evita reconocer las necesidades reales de las mujeres, o que ellas se hagan escuchar.

Junto a la cimentación de los roles de género, la presunción del instinto maternal tiene una función económica simple. La división de las personas en dos géneros, dotados cada uno de ellos de un set determinado de características propias y habilidades, es la base de las relaciones de género asimétricas burguesas. A ello pertenece también la división de la sociedad entre una esfera pública (Estado, economía y sociedad civil) y una privada (familia y hogar). Así, la familia nuclear es el lugar en el que la mujer realiza los importantes trabajos de los cuidados de manera invisible y no remunerada. La familia nuclear no es garante del amor, del cariño, de la seguridad y de la protección frente a la soledad, como se suele promulgar en estos tiempos de precarización, sino el garante de una división del trabajo por sexos entre lo público y lo privado, lo visible y lo invisible, lo remunerado y lo que no lo está.

La esfera pública, codificada de manera masculina, experimenta un gran reconocimiento social, mientras que la esfera privada, codificada de manera femenina, prácticamente no se tematiza, al considerarse una condición de dicha esfera pública. Este escaso reconocimiento se refleja en la remuneración y en el estatus del trabajo que se asignan a estos campos, y explica por qué los trabajos domésticos y de cuidados parecen tan poco atractivos, sobre todo para los hombres. Las mujeres se revalorizan si se mantienen en las esferas masculinas del trabajo asalariado, mientras que los hombres que están activos en las esferas femeninas se devalúan. Aquí se muestra el problema de la igualdad de derechos: hasta hoy se mantiene tozudamente el malentendido de que la igualdad de derechos es alcanzable cuando las mujeres puedan ganar terreno en los espacios laborales de hombres, que justamente están ligados a una mayor autonomía. No se tiene en cuenta que la igualdad de derechos real solo puede funcionar si también los hombres se encargan del trabajo que hacen las mujeres, y se organiza y redistribuye en toda la sociedad: cuidados, asistencia, labores domésticas y cuidado de niños y niñas.

Para arreglar este malentendido: la capacidad de cuidar es una cualidad de la que tenemos que apropiarnos todos y todas, y que representa un presupuesto para la posibilidad de una sociedad solidaria. Sin embargo, esta cualidad humana y su necesidad son independientes del género, y tampoco se basan en el autosacrificio. Como este cuidado se espera más de las mujeres que de los hombres, y al estar ligado a la necesidad de un bebé o de una persona enferma, las mujeres pueden sufrir cierto tipo de chantaje emocional que erosione su autoestima.

Para hacer más comprensible este contexto, la economía crítica feminista se refiere a la teoría de la acumulación primitiva, la llamada apropiación de la tierra, como Rosa Luxemburg la introdujo a principios del siglo XX en los debates marxistas. Ella afirma el trabajo asalariado coexiste con otras formas de explotación, que se establecieron sobre todo durante el nacimiento del capitalismo y que desde entonces son un componente integral del desarrollo capitalista: el robo de la tierra, los recursos naturales y otros recursos por medio de la apropiación, la privatización, el colonialismo, la destrucción de las economías de subsistencia y la esclavitud. El capitalismo crea un afuera, que estará sometido a otras reglas y que podrá ser reapropiado y transformado siempre como recurso. Esto ocurre más allá del ámbito civil, y es por lo tanto invisible desde el mismo, también por parte de más de un marxista. Este punto ciego aumenta cuando incluye familia y reproducción: aquí la apropiación de la tierra toma una nueva dimensión. Ya no se efectúa, actualmente, de una forma necesariamente violenta, sino que está mediada políticamente: por medio del saqueo de los fondos de inversión, la biopiratería, la servidumbre por deudas así como la privatización del agua potable, de la energía, los medios de comunicación y de transporte y la tierra colectiva. Pero también por la reorganización del trabajo doméstico, del cuidado de los niños y niñas, así como del resto de cuidados. Los «Programas de Adaptación Estructural del Fondo Monetario Internacional» (FMI) fuerzan a innumerables países a reducir sus gastos en sanidad, educación y servicios sociales; instituciones todas ellas que benefician justamente a las capas de la población más perjudicadas, y sobre todo a las mujeres en sus ámbitos

de trabajo de los cuidados. Pero no hace falta el FMI para conseguir esto; en los Estados industrializados occidentales los gobiernos se han ajustado ellos mismos a estos estándares por medio de programas de ahorro tras la crisis financiera.

Mientras que en el fordismo la familia nuclear era tan atractiva para el Estado y para el capital porque la mujer realizaba los trabajos reproductivos en la familia de manera casi invisible, en el postfordismo la nueva apropiación de la tierra se realiza por medio de la supresión de las relaciones laborales, que permiten a una persona mantener económicamente una familia por medio de su trabajo asalariado, es decir, cumplir con el concepto del hombre sustentador. Al mismo tiempo, a las mujeres se les ofrece que se escapen de la jaula de la familia nuclear, para integrarse en un trabajo asalariado que promete más autonomía. La combinación no conduce a más libertades, sino a que ambos progenitores tengan que dedicarse ahora a un trabajo asalariado cada vez más precario y devaluado, y a que los recursos temporales para el trabajo doméstico y el cuidado de los niños conviertan en una exigencia para la mujer asumir la doble carga. Los cuidados de la mujer se convierten, además, en un argumento de su peor remuneración, ya que implican que no esté completamente disponible ante su empleador. Las jornadas parciales o flexibles se ajustan muy bien al concepto de vida de muchas personas con familia, aunque por parte de las empresas sean utilizadas para socavar derechos laborales y ahorrar en la Seguridad Social. Al mismo tiempo, las cotizaciones para la seguridad social y para las pensiones están todavía pensadas para esas relaciones laborales normales, con puestos de trabajo a tiempo completo durante toda la vida, lo que no es aplicable a la mayoría de las

mujeres ni a cada vez más hombres, y ha aumentado la pobreza entre los ancianos y la escasez de personal sanitario, además de provocar la conocida caída a través de todas las redes de apoyo social. Para el individuo, las únicas soluciones del problema son la disociación y la falta de solidaridad.

Las condiciones laborales en el capitalismo global neoliberal no estimulan a aceptar vínculos que impliquen responsabilidad. Una persona espera alargar su estabilidad antes que pueda pensar en preocuparse de otras. Todas las exigencias de flexibilidad, movilidad y rendimiento que se nos hacen, sirven al crecimiento, esto es, a la maximización del beneficio de las empresas, y no de nuestra calidad de vida.

Estos procesos conducen a una ampliación del sector de los cuidados remunerado. Los trabajos de cuidados, que hasta ahora eran realizados sin remuneración por mujeres en sus hogares, deben ahora ser encomendados a mujeres asalariadas, que los ofrecen en forma de mercancía: madre de día, cuidadoras en residencias y guarderías infantiles, empleadas domésticas y personal de limpieza. Debido al fuerte estancamiento salarial actual, las mujeres se deciden por la posibilidad con menos costes, lo que a su vez aumenta la presión sobre los salarios de los trabajos remunerados de cuidados, y trae consigo una cadena completa de migración de los cuidados: la pareja alemana contrata a una mujer polaca para el servicio de limpieza, que a su vez hace lo mismo con una mujer ucraniana para el mismo trabajo con su familia. Esta ucraniana acude a su abuela cuando se trata del cuidado de sus hijos. Da igual cómo se estructure; el trabajo de los cuidados está especialmente feminizado y devaluado. Se espera de las mujeres que mantengan el

negocio en marcha tras la fachada. Sin embargo, no reciben reconocimiento por ello, ya que los lugares del reconocimiento están connotados masculinamente, y no se encuentran en lo privado, sino en el espacio público del trabajo asalariado y de la política.

Muchas reivindicaciones del movimiento feminista que tuvieron éxito solo pudieron alcanzarlo porque eran integrables en el desarrollo capitalista, le venían bien por así decirlo. Lo que queda a un lado se muestra en constelaciones en las que no funciona la familia normativa: la situación de los padres y madres solteros y el derecho de alimentos han cambiado muchísimo en los últimos años, en perjuicio de las mujeres. Por eso resulta dramático cuando una parte cada vez mayor del trabajo de cuidados no remunerado solo puede ser realizado en la familia nuclear, en la que las mujeres no trabajan a jornada completa, y donde deben aceptar junto a las pérdidas de ingresos los recortes de sus prestaciones sociales, sobre todo tras un divorcio. En vez de soluciones políticas frente a la *Gender pay gap* [Brecha salarial de género] y el aumento de la precarización de las esferas laborales femeninas, hay grandes campañas por la cuota femenina en la economía privada. Esto representa una exigencia de las élites bajo la cobertura del feminismo; para las mujeres con poca formación de los sectores de bajos salarios, que representan la gran mayoría, es irrelevante. Para hacer productiva una redistribución de los recursos, tenemos que volver a sacar el feminismo del capitalismo: que junto a la redistribución por géneros haya igualmente una entre presupuestos privados y públicos.

El trabajo de cuidados no puede ser organizado de manera eficiente en sentido económico, ya que su aceleración tiene una influencia negativa, *per se*, en su

calidad. Esto no solo se puede observar en nuestras formas de vida individuales, sino también en la organización profesional de los empleos de cuidados, como ocurre por ejemplo en el recién introducido *Fallpauschale*<sup>2</sup> y la descomposición de los cuidados en tareas individuales estrictamente definidas en las clínicas privadas. Los políticos y los medios de comunicación hace años dicen que el ahorro es el único camino para salir de la crisis, sobre todo en el campo social, en los salarios, en las pensiones, en las escuelas, en los hospitales, en las prestaciones sociales y en las infraestructuras públicas. Que el Estado del bienestar de los años setenta y ochenta ya no es financiable. La Comisión Europea publica recomendaciones para aquellos países que han de reducir sus presupuestos, las cuales suenan neutrales en términos de género pero van, en realidad, en perjuicio de las mujeres.

Esta tendencia macroeconómica se refleja en la vida cotidiana: en un estudio del Instituto Allensbach del año 2013 sobre «Mundos del trabajo y de la vida. Deseo y realidad», uno de cada dos hombres admitía que el trabajo familiar y doméstico era sobre todo realizado por las mujeres, también en aquellos casos en los que ambos tenían jornadas completas. Los padres con empleo dedican unos doce minutos diarios a sus hijos, mientras que las madres con empleo en torno a tres horas. Y que no solo se trata de la calidad de los cuidados, sino también de cómo nos destrozamos a nosotros mismos y a nuestras parejas lo demuestra el hecho de que, de acuerdo al mismo estudio, el trabajo

---

2 Sistema de remuneración de las prestaciones del servicio de salud alemán por el que se establecen tablas de asignación de recursos en virtud de una serie de variables. También se ha utilizado para ello el nombre de *case-mix* en el ámbito anglosajón. Su objetivo es racionalizar, y limitar, el gasto en salud, y ha sido objeto por ello de numerosas críticas [N. del T.].

doméstico y el cuidado de los niños y niñas constituyen los motivos centrales de todas las disputas dentro de la relación.

Desde hace algún tiempo, el rol de la madre y de la esposa, que se preocupa del mantenimiento de la casa, del hombre y de los niños y niñas vuelve a estar en boga. Ahora se cierra el círculo de forma fatal: las mujeres huyeron de las miserables condiciones del trabajo asalariado y de la doble carga para volver a la esfera doméstica de la maternidad e idealizarla como «natural», aunque fuera una huida de las situaciones de explotación capitalistas y sexistas. Como las mujeres reciben menos reconocimiento en su participación política y en su trabajo, la buscan en la esfera privada, es decir, en la pareja y en la maternidad. Las mujeres están condicionadas a relacionarse con su aspecto como fuente central de su autoestima, lo que en muchos casos se revela como una trampa, ya que este reconocimiento se les irá retirando con la edad. Cuando ya no cumplan con el estándar clásico de juventud y belleza, se les ofrecerá que consoliden su autoestima por medio del matrimonio y los niños; lo que resulta insatisfactorio para las mujeres solteras que van haciéndose mayores.

Para que entren a formar parte de la biografía de éxito femenino, la maternidad debe aquí profesionalizarse: el modelo actual de paternidad y maternidad exige fomentar la descendencia desde el primer día de manera óptima. Quien olvide el estímulo temprano, este es el mensaje, y no entienda que la educación es un proceso altamente complejo y delicado, se arriesga a provocar daños irreparables en el niño o niña. Ser padre o madre se ha convertido en un trabajo a tiempo completo, casi nadie se cría ya «sin esfuerzo». Docenas

de metros de estanterías de literatura de asesoramiento acompañan al primer llanto así como los vacíos comunicativos entre las dos generaciones durante la pubertad, dan información sobre cómo se reconoce correctamente a las personas superdotadas, qué comidas reducen el riesgo de un derrame cerebral en el futuro o cómo las clases de yoga allanan el camino al bachillerato: una niñez fuertemente temporizada, que solamente puede ser organizada con éxito si una parte de sus progenitores asume el «proyecto niño». Un niño se convierte en el indicador de la disposición al rendimiento del individuo así como de todo el sistema. La descendencia propia se considera una parte emocional y fundadora de sentido para la existencia civil. En tiempos de demandas constantes por una pseudoautenticidad, los padres y madres se aferran a su propia descendencia, porque en su niño se refleja su propia singularidad:<sup>3</sup> cuando el consumo y la carrera profesional ya no pueden cumplir con las exigencias de autorrealización, esta debe alcanzarse a través de un niño propio. Esto tampoco es sorprendente en vista del desamparo general ante la política, la crisis económica y la destrucción del medio ambiente: «cuando ya no es pensable el futuro y nada resulta ya sorprendente fuera del *statu quo*, la única instancia perceptible del origen y principio será todavía más protegida, venerada y maltratada.

El niño se convierte en un espejo, un campo de experimentación en el que se encuentran la propia inseguridad y el deseo de integridad natural originaria.

---

3 «Si (...) hasta el último paisaje es fotografiado y es inherente a cada comunicación una duda sobre su conveniencia, queda en realidad poco, en realidad solamente una cosa, que se sustraiga a la sospecha de pseudoautenticidad, de pseudosingularidad, de pseudoimprevisibilidad: el niño», *Die Zeit*, nº 6/2014, disponible *online* en <http://www.zeit.de/2014/06/schutz-kind-hysterie-hyperprotektion> [última visita 25 de abril de 2018].

(...) No es casualidad que justo sea el niño, que viene de lo arcaico, de lo previo a la socialización, quien se convierta en el contenedor de sentido de lo moderno. En el niño la ficción de la existencia pura, absolutamente sana, no es algo que haya que volver a producir por medio de renunciaciones y depuraciones. Está simplemente ahí.»<sup>4</sup> Cuando a la mujer no le va bien en el mundo laboral, por culpa de los techos de cristal, se le ofrecerá buscar el sentido de su carrera en la educación de la próxima generación de productores de rendimiento para la sociedad.

El otro camino de la doble carga consiste en no dejarse vincular a los niños y la familia nuclear. La mujer sin hijos resulta abiertamente problemática para los conceptos de familia rancios y para los clichés de género, y muestra que las mujeres se pueden sustraer completamente a ellos y dejar de sufrir presión emocional. Se despojan de la ilusión de que la necesidad de amor y comunidad solo se puede cumplir en la familia nuclear con descendencia propia. Esta es en realidad la razón fundamental por la que las mujeres sin hijos se representan como un peligro potencial para nuestra sociedad: ponen en cuestión nuestro concepto de feminidad, que se identifica con la dependencia de la mujer con respecto a su «necesidad natural de pasar por la maternidad». La misma forma de maternidad burguesa a la que nuestra sociedad recurre como recurso sin remuneración y que representa por ello la trampa más importante de la emancipación. Por ello hay que señalar a la mujer sin hijos como un ser imperfecto, deficitario: sin amor, egocéntrico, insolidario; que fracasa con su falta de hijos en la tarea más significativa que puede desempeñar una mujer.

---

4 *Ibid.*

En los últimos cincuenta años han ocurrido sobre todo dos cosas en Alemania por las que las mujeres han ganado autonomía y han podido determinar la cantidad de hijos que querían. Por un lado, las mujeres pueden mantenerse por sí mismas independientemente de sus maridos. Su estatus económico y social ya no está determinado por el matrimonio. Por otro, han podido alcanzar el control sobre la reproducción por medio de los métodos anticonceptivos y la accesibilidad a la interrupción del embarazo. Justamente porque hoy las mujeres son más libres para poder decidir, han podido silenciar el supuesto reloj biológico y con él la idea de que las mujeres sin hijos sufren daños psicológicos debido a su «naturaleza», cuando se sustraen al trabajo en la familia al que las ligaría un niño o niña. La forma como convertimos la naturaleza en el fetiche de la verdad y la salud invariables hace que se convierta en una jaula para la mujer, que si no tiene hijos será obligatoriamente infeliz y caerá en la depresión. La mujer con autoconciencia se transforma en una víctima de la emancipación de las mujeres, que ya no puede entender sus necesidades naturales. Ya no debe sentirse a gusto en su tiempo libre, sino que ha de estar ligada a miedos y sentimientos de culpa y carencia. El tictac del reloj avisa en cada momento a las mujeres de la urgencia de su decisión –que precisamente por eso adelantan–, mientras que los hombres disponen de un tiempo sin límites para la formación de familias. En realidad, sin embargo, la mayoría de hombres, así como de mujeres, no tienen ya hijos si han superado la barrera de los cuarenta sin haberlo hecho. La supuesta ventaja se revela más bien algo psicológico. Mantiene derecha la imagen de que los hombres

son emocionalmente independientes y su identidad no necesita ser confirmada por medio de la paternidad.

Complementaria o contrariamente a la biografía del éxito de la maternidad, se suele poner en escena a la mujer sin hijos como un accidente de la libertad neoliberal: quiere demasiado, y entonces se olvida de lo más importante. Lo malo que son las reglas de la doble carga es a menudo el único argumento con el que se permite a las mujeres explicar su falta de hijos, lo que mantiene la errónea imagen de la falta de hijos como triste pragmatismo. Que la mujer con carrera se construya como el contramodelo dominante de la madre es de por sí, en vista del techo de cristal, de la notoria desigualdad salarial y de la inexistencia de mujeres en los puestos de dirección, algo ridículo.

Pero sería erróneo concluir que en una sociedad basada completamente en la igualdad de derechos todas las mujeres desearían tener hijos.

En realidad, en las entrevistas para mi libro *Die Uhr, die nicht tickt*, solo unas pocas mujeres señalaban haber rechazado tener hijos por miedo a quebrar su carrera profesional. Al igual que las tan invocadas académicas, las mujeres no se hacen ilusiones en relación con puestos bien pagados a los que deben esperar. Las mujeres señalaban, más bien, que con su decisión de no tener hijos querían escapar a muchas constricciones sociales, económicas y de pareja. La vida con niños requiere una adaptación a una vida burguesa, bien sea por las exigencias de la escuela y la formación como por la competencia entre los progenitores sobre los mejores métodos educativos. Así, muchas ven en la decisión de no tener hijos la oportunidad de sustraerse a las estructuras de la sociedad del rendimiento y a las normas sociales, y de salir de la rueda del consumo, la

competencia y la representación: menos dependencia del trabajo asalariado para financiar una familia, menos estrés, menos burocracia, menos compromiso, y más espacios libres para dar forma por sí misma a la vida.

La tipología del vago encarna una posición de rechazo, que hasta ahora ha sido mantenida por hombres: el perezoso o antihéroe que no pone su trabajo a disposición de la sociedad por los medios indicados. A menudo devaluado como infantil, asocial e irresponsable, con su comportamiento pone en cuestión el *ethos* dominante del trabajo; que las personas deban sacrificarse por su trabajo o que no emulen falsos ideales que no les vienen nada bien. El concepto del holgazán es solo una devaluación de aquel que se sustrae a las indicaciones capitalistas y a los disciplinamientos de la sociedad burguesa. Es remarcable que esta figura (literaria) haya sido hasta ahora presentada con caracteres masculinos: no busca el sentido de su vida ni en el trabajo ni en la formación de una familia, y se sustrae a la responsabilidad de su paternidad. Podría perseguir su sed de libertad, pero sin embargo se convertiría en un héroe por su ruptura con las cadenas burguesas, mientras su compañera se queda sola cuidando a los hijos. Las mujeres no pueden ser holgazanas, ya que incluso cuando se sustraen al mundo del trabajo asalariado siguen teniendo su trabajo como madres. No pueden dejar atrás la familia, como el hombre, que será encima vitoreado como aventurero por ello. Si en una novela o en una película aparece una mujer holgazana, se escenificará esta figura de manera trágica; la mujer que no ordena su vida de acuerdo a las premisas del rendimiento y los valores familiares debe ser representada triste en vez de llena de vida, y naturalmente no puede psicológicamente con la idea de no haber echo todo

lo posible por sus hijos. Pero poco a poco se va dando vuelta a la tortilla, como muestran figuras femeninas como Lena Dunham, Vanessa Stern, Greta Gerwig o Jenny Slate.

Quizás exista en ello una ocasión para un nuevo modelo de rol femenino: la reapropiación del holgazán, de la holgazana, que quisiera ser productiva bajo sus propias condiciones y que no se deja influenciar ni por las promesas de libertad del trabajo asalariado ni por las esperanzas en su sacrificio como madre y en la familia nuclear perfecta, y que en vez de eso se puede unir a redes de responsabilidad compartida de padres y madres con o sin hijos. Por algo muchas entrevistadas me contaban que sin hijos tienen más capacidad para implicarse política y socialmente, en vez de retirarse a la familia nuclear. Así, podemos fomentar la creación de estructuras en las que las personas con hijos rompan con las sobreexigencias y el aislamiento, y por medio de la paternidad y maternidad social, la *Multi-Parenthood* (paternidad-maternidad múltiple) y el cuidado de niños organizado socialmente, tengan más tiempo para sí, para sus deseos y su creatividad. Puesto que, bastante a menudo, los nuevos conceptos de familia se devalúan por medio de la indicación a la supuesta «naturalidad» de la familia nuclear y al «bien del niño o de la niña». El amor y la salud mental, según el relato dominante, solo pueden garantizarse, en vista de esto, por medio de las relaciones burguesas, cuya utilidad real es, sin embargo, que el trabajo de los cuidados funcione sobre las espaldas de la esposa y la madre. Naturalmente, la holgazana no se podrá liberar de las coerciones económicas, y esto no sirve de ningún modo para buscar soluciones individuales al problema. Pero no es de ningún modo banal ofrecer a las mujeres

este cambio de perspectiva, ya que su disciplinamiento hacia el trabajo de cuidados no remunerado funciona en gran medida a partir de los sentimientos de culpa y vergüenza. Las expectativas con respecto a la mujer ideal hacen que las mujeres participen de forma autoexplotadora en estas coerciones económicas.

Se ha enfrentado a las mujeres con hijos con las que no los tienen. Unas deben soportar varias cargas en silencio, las otras son chivos expiatorios hedonistas o apenadas. Se trata de una maniobra de distracción para que no cuestionemos y transformemos las estructuras que nos oprimen. Esta es también la razón por la que la mujer sin hijos se representa como una amenaza de ese tipo: porque cuestiona la equiparación entre feminidad y cariño desinteresado y amenaza con ello la jaula de la familia nuclear de la división del trabajo por géneros.



# 7

## LA MERCANTILIZACIÓN DE SÍ MISMO MEDIANTE UNA COMUNICACIÓN LOCA

Felix Klopotek

El 13 de septiembre de 1969 se produjo una escena memorable en el festival *Toronto Rock and Roll Revival*: la Plastic Ono Band se estrenaba, salía al escenario por primera vez. No había habido ensayos, John Lennon había sido invitado justo el día anterior al festival –no como músico, sino como visitante–. Sin embargo, la perspectiva de ver en directo a sus ídolos de la juventud Bo Diddley, Little Richar, Chuck Berry y Jerry Lee Lewis, y de presentar a su nuevo amor Yoko Ono le inspiró tanto, que Ono y él formaron de forma espontánea una banda, entre otros con Eric Clapton, para tocar allí mismo. La actuación fue filmada por el famoso documentalista pop D. A. Pennebaker (*Sweet Toronto*), el concierto se grabó y publicó ese mismo año en LP (*Live Peace in Toronto 1969*). La actuación de la Plastic Ono Band, que tocaba una mezcla entre clásicos del *rock & roll* y algunas canciones de los Beatles, quedó ensombrecida ante los espectáculos de los otros grupos,

viejos *rockeros* por entonces, pero sin embargo llegó a un climax bizarro: la noche terminó en una orgía *fluxus* salvaje, conducida por Yoko Ono, de gritos y acoples de guitarra.

Lo fascinante de esta actuación es, seguramente, que el *freak out* no entra en contradicción con el viejo *rock & roll*, sino que se entiende como una interpretación acorde con los tiempos y una continuación lógica del antiguo potencial de provocación y ruptura de los límites: los aullidos de Ono y los tonos estridentes de la guitarra de Lennon se debieron de sentir como cuando 15 años atrás Chuck Berry o Bo Diddley habían desinhibido el *blues*. Lennon y sus aliados midieron conscientemente su distancia con la primera generación del *rock & roll*. Estos ya eran historia, y representaban una herencia que podía ser reapropiada: se tiene que romper superficialmente con algo para poder seguir conservándolo. Si se da un paso atrás se descubre que esta era una característica general de la generación de Lennon. The Rolling Stones, The Who, Eric Clapton, los Yard-birds –y después Led Zeppelin– y naturalmente Bob Dylan a su idiosincrásica forma y manera: todos se desarrollaron con el *blues* y el *rock* de los años cincuenta. No en forma de *revival* (de eso se encargaba ya una banda de tercera fila como los Ten Years After, que aportaban llamativamente un sistema de referencia temporal), sino en una mezcla muy peculiar entre distancia e identificación, entre *happening* carnavalesco y culto a la autenticidad.<sup>1</sup> La cultura pop había producido su propia forma de conocimiento: se había trabajado un archivo<sup>2</sup> que invitaba a las más

---

1 Alan Wilson y Bob Hite eran fanáticos coleccionistas de viejas grabaciones de blues y a partir de esta exuberancia fundaron su propia banda de blues: Canned Heat.

2 Hoy se encuentra su expresión adecuada en las redes digitales, de lo

locas formas de relaciones musicales. Era un conocimiento sobre la continuidad de determinadas formas musicales, sobre aquello que habían significado para su público y para su tiempo las anteriores variantes de la música pop. Era un conocimiento de las culturas juveniles,<sup>3</sup> que se proyectaba hacia el mundo de lo establecido y lo conformista como algo inútil: un conocimiento de *nerds* (empollones).

Este conocimiento se fue disgregando cada vez más, fue siendo absorbido por diferentes segmentos de la cultura pop, se fue convirtiendo en un conocimiento de especialistas. Los Beatles seguían queriendo salir de la unificación de esta situación cultural y se interesaron por el folk y la *new music*, el soul y Elvis Presley, la política y las drogas al mismo tiempo –y viceversa: atrajeron sobre sí toda la atención–. Tras 1970, se dividieron todavía más los campos de conocimiento. Fueron los Beastie Boys, esos *hiphoperos newyorkinos* de inicios de los noventa (que rigurosamente eran ya *metamúsicos* y desde sus primeras publicaciones destacaban por el carácter interpretativo y lúdico de su música), quienes proclamaron con su eslogan «Ill Communication»<sup>4</sup> el «colapso» de este conocimiento y al mismo tiempo celebraron las posibilidades de rehacerse a sí mismos

---

que hay múltiples ejemplos.

- 3 Este conocimiento adquirió ya, pocos años después de su época de surgimiento (1965-1969), de tales formas reflexivas que por ejemplo The Who mismo pudo hacer historia por medio de su álbum conceptual *Quadrophenia* (1973) y de la película homónima (1979).
- 4 Ese era también el título de su cuarto álbum, publicado en 1994, que se podía considerar el cierre de una trilogía comenzada en 1989 con *Paul's Boutique*, y continuada con *Check Your Head* (1992): los tres álbumes rendían homenaje a la desbordante riqueza cultural de la vida de la calle newyorkina –desde la perspectiva de los hijos de la clase media–, que se reflejaba en los álbumes en una multiplicidad embriagadora de estilos y en pequeñas producciones hechas con cariño (Paul's Boutique se basaba en 105 *samples* de canciones de otros artistas).

a partir de las ruinas de su propio universo –sin mirar atrás a las jerarquías ni a los cánones transmitidos–. Para el *hipster*, que entonces no se presentaba tan uniformado como ahora, el mundo se encontraba abierto. El pop no disponía solamente de su propio archivo, sino que era aquí su propia academia, y los Beastie Boys facilitaban este conocimiento para la vida cool –que en realidad se obtenía directamente, ya que el álbum *Ill Communication* estaba disponible para descarga gratuita–.

El conocimiento busca su aplicación: la primera generación de estrellas del pop, formada en los años sesenta, comenzaron a escribir sus propias canciones. De ahí salieron, en un segundo momento, los discos conceptuales, cuyos productores eran los propios músicos. Publicaban en sus propios sellos, fundaban productoras propias, ponían en marcha sus propios festivales. El arte de los disfraces y las transformaciones de alguien como David Bowie expresó por primera vez el deseo de poder controlar uno mismo todos los aspectos de la personalidad artística, más allá de los intereses musicales y las condiciones de producción, distribución y presentación. Con ello quedaba claro que la moderna estrella del pop también encarnaba al moderno tipo de *mánager*. El álbum *Ill Communication* no era ya ningún juego, satisfecho consigo mismo, de *nerds* trotamundos, sino que representaba en sí mismo la intersección entre subversión –los códigos culturales dominantes tenían que ser violados y anulados– y *entrepreneurship* (emprendimiento). Los límites entre el arte y los negocios debían venirse abajo y retroceder ante un juego de códigos universal y apropiado para el mercado.<sup>5</sup>

---

5 Por ello son inútiles y vanidosas las quejas de que «la industria» ha acaparado un estilo musical o una escena de la cultura pop: nunca se

¿Encarnaban con ello las estrellas del pop un nuevo tipo de *mánager*? Una investigación empírica difícilmente podría corroborar esta tesis. Una y otra vez se habla, en las cansinas y modernas revistas de economía, de los *business punks* y otros excéntricos conformistas, pero para ser precisos ya existían mucho antes, incluso antes del pop: surgieron con el comienzo de la implantación de la forma de producción capitalista, y se llamaron entonces «creadores de proyectos». <sup>6</sup> La «estética del fracaso», tan alabada desde los años noventa, también anticipó esto. <sup>7</sup> A fin de cuentas, en las plantas de las juntas directivas siguen dominando las corbatas y la educación formal. Pero depende de la imagen: el *mánager pop* debía ser una fuente de inspiración, un correctivo para las personas que han de romper con las ideas preconcebidas de las enseñanzas de economía de empresa para tener más éxito. Estos son los «Animal Spirits» (instintos animales) de los que

---

ha pretendido tal disociación. Los propios músicos, que se distanciaban conscientemente y dejaban a un lado su negocio, piénsese solamente en la escena del *hardcore* americano de los ochenta, lo que desarrollaban era en realidad... un negocio. Ahí también existían personalidades emprendedoras, aunque con pretensiones de izquierda radical.

- 6 El primer «sociólogo» de la creación de proyectos fue Daniel Defoe: en 1697 reflejó su fracaso como empresario en su *Essay Upon Projects*, todavía valioso en la actualidad. Finalmente lo dejó y se refugió en una carrera como escritor, por la cual es conocido todavía hoy mundialmente. Fue una corta carrera, ya que escribió sus novelas entre 1719 y 1724.
- 7 Esta «estética» tenía un encanto fascinante: de un fracaso se puede obtener más fuerza e inspiración que de un éxito, rezaba su máxima. *De facto*, no encarnaba más que el rostro humano del neoliberalismo. Todo puede ser aprovechado, incluso los fracasos. Que el representante del partido liberal FDP Christian Linder ironizara sobre sí mismo en una «FuckUp Night» (noche de mierda) en la universidad de Fráncfurt (el 4 de marzo de 2016) en una charla sobre su fracaso como *mánager* de la *new economy* forma parte ya de su agenda de ascenso como dirigente del partido. En la «estética del fracaso» entran los bohemios, vagos y vidiores. Personas que se han salido de su papel vuelven a estar bajo presión. Ya que sin un papel *cool* que selle al puro fracasado se corre el riesgo de la muerte social.

hablaba sir Keynes<sup>8</sup> en los años ochenta, aunque entonces solo anticipaba una versión objetiva-estadística para su teoría de la superación de las crisis económicas. El redescubrimiento de los «Animal Spirits»<sup>9</sup> no habría sido posible sin la revolución cultural de los setenta –sin *Ill Communication*–, como después los bautizarían los Beastie Boys.

*Ill Communication* tiene, en lo que respecta a su uso, una doble importancia: sirve a la praxis de los artistas; pero también se dirige a los y las fans, para que utilicen por su parte la comunicación transversal. Así se aborda importante situación: los límites entre la recepción y la acción eran fluidos –y lo siguen siendo hoy– en la cultura pop. No pocos músicos eran antes periodistas o al menos empezaron escribiendo sobre música, y en sentido contrario muchos periodistas musicales tocaban ellos mismos en una banda –esto se extiende por cierto también en la llamada música culta: allí muchos escritores son musicólogos con formación–. La escena de DJ finalmente armonizó la autoimagen de los *nerds* con la del artista: quien tiene una gran colección de discos y está en situación de aprender unas mínimas habilidades técnicas puede disfrutar de un gran éxito como DJ. La cantidad de oyentes, digamos, de una banda de *hardcore*, que de una u otra manera se implican en la parte activa de la creación musical ha de ser muy grande (esto vale también para el *hip-hop*, para el *techo*, el *reggae* y el *jazz*). Es decisivo que el espacio de fans y

---

8 La actividad empresarial «se basaba, poco más que un viaje de investigación al polo sur, en el cálculo preciso de las ventajas por venir. Si se atenúan los instintos animales y se interrumpe el optimismo súbito, con ello irá reduciéndose el empresariado y desaparecerá», John Maynard Keynes, *Allgemeine Theorie der Beschäftigung, des Zinses und des Geldes*, Berlín, 2006, pág. 137.

9 Véase Akerlof, George A.; Shiller, Robert J., *Animal Spirits. Wie Wirtschaft wirklich funktioniert*, Frankfurt am Main, Campus, 2009.

banda sea el mismo, que no haya barreras elitistas.<sup>10</sup> Se disfruta en común, son uno para el otro, el público vitorea a la banda, que aplaude al público.

Resumamos aquí los momentos: (la música) pop forma sobre sí un conocimiento reflejado, este conocimiento opera como medio para practicar un hábito social (*nerds, hipsters, geeks, vagos...*), la aplicación de este conocimiento en la escena pop se expresa como un deseo de mayor control sobre las propias condiciones de producción y salida a escena, y de acuerdo a su telos aparece el músico como *mánager* de sí mismo. Así se reúnen todos los elementos que hacen de una *vida pop*<sup>11</sup> una máquina de optimización de sí mismo: el entrenamiento de las condiciones mentales y corporales de acuerdo a un conocimiento especial que marca desafíos; el deseo de fusionar las actividades con la propia personalidad; el sueño de que de ello se derive una fórmula garantista para el bienestar y el reconocimiento; la ruptura de los límites de la mercantilización de sí mismo, convertida en estado duradero –la estrella de pop, en definitiva, lo es las veinticuatro horas–.

La transformación de una existencia en maquinaria social: la dureza de esta metáfora es intencionada. Lo lúdico y la inspiración en el Yo de la cultura pop se convierten en un material para el libro de texto de los seminarios de *mánagers* y de las medidas de formación complementaria de las empresas. Al final, el *mánager*

---

10 También las superestrellas desaparecidas por las alturas vienen de medios y escenas en los que el postulado igualitario social –músicos y fans respiran el mismo aire!– era obligatorio. Su *credibilidad* tiene su origen en esta educación.

11 Con ello no solo nos referimos a la estrella del pop, sino también a los trabajadores del estudio, productores, músicos acompañantes, periodistas, organizadores de giras, organizadores de cada lugar y su *crew*, la gente de las empresas de discos, los servicios de *streaming*, etc.

no tiene el pelo verde ni la cara llena de *piercings*, pero sí que aumenta su repertorio de actitudes y actos.

Precisamente porque el pop representa la posibilidad de un ascenso individual, además acompañado de la protesta y la negación (del deseo de no tener que ir a la fábrica o a la oficina como los padres y los hermanos mayores), es decir, supone bajarse del nivel de los pijos y establecidos, justamente por eso es capaz de llegar –a los fans, la escena, el medio, la juventud– mediante algo que hoy se firma como optimización de sí mismo: *Do it yourself!* (¡Hazlo tú mismo!), esfuérzate, ¡pero solo por tus objetivos!

Al principio de nuestra argumentación se encontraba la constitución de un saber específico. Esto hay que entenderlo, en principio, como una construcción ideal: primero fue el espíritu, y este produjo después una acción. En realidad, no hay ningún argumento de desarrollo lógico inmanente de por qué la generación pop de mediados de los sesenta desarrolló una relación reflexiva de este tipo con sus precursores. Podría haber sido también una apropiación naif. Y esto también lo era: naif. La actuación de John Lennon y Yoko Ono en Toronto no tenía ironía, los Pink Floyd se consideraban a sí mismos una banda de *blues*,<sup>12</sup> para todos –casi para todos– se trataba simplemente de ser una banda y tocar *blues* y *rock*. El motivo se mantuvo a través de las décadas siguientes –e igualmente en la música blanca que en la negra–. Esta inocencia condujo, sin embargo, a desviaciones tremendas (simbólicamente encarnadas en la performance *fluxus* de Yoko Ono): puesto que la apropiación naif –«es solo *rock & roll*»– tuvo lugar sobre la base de una tecnología revolucionaria, que frustró

---

12 Syd Barret adaptó los nombres de pila de los músicos de blues que más le gustaban: Pink Anderson y Floyd Council.

al mismo tiempo esta apropiación, o mejor: la elevó al cuadrado. Este salto tecnológico, que fundamentalmente se expresaba en la creciente complejidad de las grabaciones –la explosión de posibilidades de manipulación de los sonidos (método de varias pistas)–, fue el que hizo que se desarrollara el saber pop específico. El músico puede abandonar su papel directo como miembro del grupo y sumergirse en los nuevos mundos sónicos de los estudios, puede acoplarse a innumerables procesos y situaciones, salir de innumerables procesos directos de producción y adoptar funciones de dirección y manejo ante esta maquinaria recién creada.<sup>13</sup> Así, la producción musical se basaba cada vez más en el conocimiento, y este cambio cognitivo (en la forma de hablar de finales de los sesenta: psicodélico) posibilitó finalmente la reflexividad de este saber.

El ascenso de los músicos a mánagers de su propio interés y a precursores de la mercantilización universal de sí mismo tuvo lugar en un entorno que adaptaba los más novedosos métodos de producción de la gran industria –y junto con los métodos de producción también la administración contemporánea del proceso de producción–. Así, la entrada de los mánagers en la música pop, nunca tuvo forma de una simple apropiación, sino que reflejaba ya, totalmente al modo del arte generador de sentido: los miembros de Kraftwerk patearían pronto el escenario como empleados de oficina, Bruce Springsteen dio a los últimos proletarios en los años de desindustrialización de EEUU. Los

---

13 En 1968, Jean-Luc Godard filmó a los Rolling Stones durante la grabación de «Sympathy for the Devil» (que se puede ver en *One + One*): La banda ya no grababa más junta, y para tocar la canción, que además no se escucha del todo en la versión original de la película, Jagger y compañía se movían más por el estudio que por su propio mundo. La canción es el resultado de la división del trabajo moderna.

genios de la época de los ordenadores –a la cabeza Bill Gates y Steve Jobs– se presentaron como la «generación del garaje», refiriéndose al lugar mítico de fundación de sus empresas: en el mismo momento que preparaban el siguiente impulso de industrialización, los hijos estadounidenses del *hardcore* vendían también desde sus garajes sus LPs y sus *singles* autoeditados.<sup>14</sup>

Precisamente lo lúdico, rompedor y casual hace de la cultura pop dos cosas: un modelo de rol de la optimización de sí mismo, pero también un campo de acción de optimizadores de sí mismos. Ya que si John Lennon, David Bowie, Quincy Jones o Madonna, los Beastie Boys o Kraftwerk solo fueran tipos de *mánagers*, este mimetismo se habría agotado rápido: al final sólo hacían lo que habían hecho sus padres – así, la gente joven los habría desenmascarado–. Pero ahí no había nada que desenmascarar.<sup>15</sup> El juego de la cultura pop consiste, precisamente, en confesar abiertamente que los tipos que dirigen la estrategia se adaptan al espíritu del tiempo de su momento, para convertir a su vez a estos tipos en algo imaginario:

---

14 Existe otro paralelismo: a principios de los noventa, cuando el PC se estaba implantando como elemento fundamental de todos los hogares occidentales, la contracultura del *punk* y del *hardcore* se hundió, y volvió a surgir como rock alternativo puesto en escena por la gran industria musical. Junto a los PCs, en cada casa estaban también los álbumes de Nirvana, Soundgarden y Pearl Jam.

15 Para la crítica del pop habitual entre la izquierda, el pop sería un ensayo lúdico de sometimiento a las normas e imperativos del capitalismo moderno (sin embargo, la diferencia está en que una vez se trata del *techno*, otra del *rock* progresivo, otra del *punk*, y otra de los bardos barbudos del folk). Sin embargo, esto deja de lado la cuestión central: en el sometimiento no hay ensayo lúdico, o mejor, *juguetón*. Sí que hay un trato lúdico de las relaciones, que hacen parecer a uno superior y nos tilda al resto de impotentes –aquí hay que arreglárselas, la mejor manera es hacerlo incluso como un juego, para que el horror no te pille desprevenido–. La posibilidad de la transformación descansa en todo caso en uno mismo, como una última esperanza provisional, y el camino para hacer realidad esta posibilidad es la optimización de sí mismo.

evidentemente, el gánster del *hip-hop* no es el real. En el centro se encuentra la transformación de sí mismo, la promesa de hacer de uno mismo otra persona que vive una vida más bella, más grande, más importante o más trágica. La optimización de sí mismo no funciona como un modelo rígido –en el sentido de seguir un plan (las personas de Corea del Norte no se optimizan a sí mismas, sino que es el sistema el que lo hace, no es ningún secreto)–, sino solo como proyecto individual, como emancipación conformista. El canal más exquisito de esta individualización es la cultura pop.

Toda la música hermosa: duele tratar estos maravillosos productos de arte –en el doble sentido de la raíz de arte: artístico y artificial– al mismo nivel que una terapia conductual, un reloj de Apple o un *coaching* externo para el equipo. Algo se le escapa a esta coacción, y se sustrae al análisis, y por ello este discurso no se ha centrado en ello: es la alegría megalómana infantil por la pérdida de control, como la que se escuchó en Toronto el 13 de septiembre de 1969.



# 8

## MÁS ALLÁ DE LA OPTIMIZACIÓN DE SÍ MISMO. EL DEPORTE COMO MUESTRA DE LA JUSTICIA DEL RENDIMIENTO PERSONAL

Volker Schürmann

El deporte podría ser otra cosa. No debería manejar tan laboriosa y solícitamente el teclado de la optimización biopolítica-neoliberal contemporánea de los cuerpos, como lo hace.

Para ello, bastaría con que, en la zona de la continua mejora en la que se mueve, se convirtiera de nuevo en una esfera definida que siguiera su propia lógica. No hay razón para pensar que el deporte contemporáneo vaya a tomar ese camino, pero podría hacerlo. Para ello deberíamos tomarle la palabra. Pero vayamos por partes.

Probablemente, la cirugía plástica haya abierto una brecha decisiva. Antes sabíamos más o menos sin mucho problema la diferencia entre *sano* y *enfermo*. Se recurría a la medicina, y especialmente a la cirugía, allí donde se trataba de curar lo somático –y esto significa: donde y cuando existía una enfermedad–. Evidentemente, siempre había casos dudosos –alguien va a trabajar con fiebre y otra persona se queda en la

cama-. ¿Qué es estar enfermo, qué ser estúpido, y qué ser quejica? Pero estos casos concretos, en los que hay duda, no ponen en cuestión el principio. Esto es algo que ha logrado, por primera vez, la cirugía plástica. Antes, las orejas de soplillo no eran nada que se pudiera considerar una enfermedad. Pero entonces, las personas interesadas comenzaron a lanzar indirectas: ¿Por qué debe alguien con una cosa tan fea como las orejas de soplillo conformarse, si lo puede cambiar? Los más astutos han enganchado con el dualismo latente y han colocado un alma a lo somático; ahora pueden hacer aceptable la idea de que alguien sufre debido a unas orejas tan repelentes y enferma del alma por ello. Pronto se han metido también los seguros médicos en el juego. El resultado es conocido: ya no hay ninguna brecha abierta por la cirugía plástica, y lo que queda es un monocultivo aburrido generalizado. Cualquier posible intervención en el cuerpo y cualquier manera de dar la forma deseada al cuerpo sirve como mejora y recibe el visto bueno como potenciación (*enhacement*).

En esta tala masiva, el deporte tiene una importante función simbólica. Entrenar el propio cuerpo, mejorarlo y optimizarlo deportivamente no puede ser malo. Todo el mundo lo aceptaba y acepta en este papel, y quienes se resisten al deporte cada vez son menos. La ventaja decisiva del deporte es que permite hacer mejoras somáticas sin tener que ir al médico, ya que él mismo las puede proporcionar. Para ello, solo se necesita inculcar un poco de preocupación por sí mismo. Allí donde todavía hay reservas, las zonas de potenciación se apoyan unas a otras. Así, algunas medidas de mejora todavía tienen un regusto moral –aunque aquí hay, por supuesto, un pudor excesivo-. ¿Por qué se consideran tan obscenas las sustancias dopantes en el deporte,

mientras que el Ritalin para los exámenes, el café y la Coca-cola para los ejecutivos y el *Club-Mate* para los empollones no suponen ningún problema? Como sucede a menudo, la publicidad es el indicador más seguro del clima social general. Esto es, las reservas frente al dopaje se ritualizan en determinados círculos, fuera de los cuales simplemente se eliminan: «¡Doping para el cabello!» El anuncio publicitario se apresura a añadir con un guiño: «solo para el cabello», según el lema: «¡No pienses en un elefante rosa!».

¿Puede este paisaje de exigencias de perfeccionamiento universales volver a trabajarse como una economía de cultivos múltiples? La cuestión sería fácil, ya que la potenciación dista mucho de ser potenciación. La preparación de un examen es una cuestión diferente al entrenamiento deportivo, aunque en ambos casos se trate de prepararse con la mayor precisión posible para un momento decisivo y mejorar la capacidad de rendimiento propia. La competición deportiva es un campo con su propia lógica. Por ejemplo, fuera de la competición deportiva no existen adversarios deportivos, y por lo tanto no son dopaje las medidas de mejora del rendimiento –como el consumo de anabolizantes en los gimnasios– consideradas moralmente cuestionables o legalmente inadmisibles. El dopaje es sobre todo un problema objetivo porque anula la lógica propia de la competición deportiva. Una competición deportiva tiene sentido si y solo si no está decidido de antemano quién gana. Por eso solo se hacen competiciones deportivas entre adversarios equivalentes, ya que solo así se puede deducir el cálculo de la decisión sobre la victoria y la derrota de una combinación de las diferencias *individuales* en el rendimiento, forma física de ese día y buena o mala

suerte. Ganar a un adversario que no es equivalente no es ningún arte, y por eso se necesitan las mismas opciones de partida y la protección de esta equivalencia también en el transcurso de la competición. Aunque no se pille a quien toma un atajo en un maratón, aunque tenga éxito, no habrá aportado ningún resultado deportivo. Esta equivalencia de los adversarios debe ser producida y conservada de manera activa, ya que en caso contrario se pierde la imparcialidad del resultado de la competición. Por eso existe, por ejemplo, una división por pesos en los deportes de lucha, y por eso también la prohibición del dopaje. Sin estas medidas no sería posible que las diferencias de rendimiento existentes entre los adversarios se igualasen por medio del propio rendimiento individual, y el resultado de la competición estaría predeterminado. ¡Pero eso no puede ser!

Esto se escenifica de manera esporádica, en tanto excepción a la regla general. En la Copa de Alemania de fútbol se enfrentan también los pequeños contra los grandes. Ahí se pueden ver dos cosas diferentes. En general, es válida aquella regla que más allá de la copa justifica y exige una producción activa de la equivalencia entre los adversarios, ya que por lo general los grandes ganan, evidentemente, a los pequeños. Las llamadas normas especiales de la copa se preocupan también, sin embargo, por las excepciones en las que David vence a Goliat. Entonces es evidente, justamente, que una competición deportiva no está caracterizada solamente por las diferencias generales de rendimiento, sino, de forma concreta y a la vista de la competición, por la forma física del día y por la suerte. A fin de cuentas, la Copa de Alemania muestra que la producción activa de adversarios equivalentes

es la condición mínima de un resultado imparcial de la competición. Es llamativo que esta competición solo pueda ser organizada en forma de competición de eliminación directa; la variante de eliminatoria de doble partido convertiría en casi imposible que cualquier equipo pequeño pudiese ganar.

Esa equivalencia de los adversarios, producida y preservada de forma activa, es la norma básica de los deportes olímpicos, que garantiza la imparcialidad del resultado de las competiciones deportivas. El nombre de esta norma básica es *Fairness* (justicia, imparcialidad, juego limpio). *Fairness* no tiene un sentido moral, sino que es la norma de hecho de una competición deportiva –en cierto modo, la norma DIN<sup>1</sup> o el patrón oro del deporte olímpico–. No todo el mundo se debe orientar por la imparcialidad del resultado en las decisiones sobre victoria o derrota –se podría enfocar también en la espectacularidad o en propio espectáculo, o en la perfección o belleza de los movimientos corporales, o en cualquier otra cosa que acompaña normalmente las competiciones deportivas–. Pero quien se refiera a la deportividad de la competición, es decir, al campo específico del deporte y no del apreciado evento cultural, se orienta por la imparcialidad del resultado como principio básico del campo específico del deporte. Quien quiera nombrar el deporte, ha de entonar el cantar de los cantares de la imparcialidad.

No todas las personas que cantan a la imparcialidad cultivan con ello el campo del deporte. Los funcionarios del deporte, por ejemplo. Es típico que lancen campañas con lemas como ante todo,

---

<sup>1</sup> Las normas DIN son las que dicta el *Deutsches Institut für Normung* (Instituto Alemán de Normalización), análogo a la Asociación Española de Normalización (AENOR) [N. del T.].

*¡Juego limpio!* Hagamos una distinción basándonos en la honradez. Por un lado, hay un tipo de funcionario del deporte que sabe que en las competiciones deportivas reales no están unidas a la primacía de la honestidad, y que dicho lema es un eslogan publicitario. Este tipo no se queda, por tanto, con la publicidad, sino con sus propios intereses –aquí aparece, de forma prototípica, la exigencia de obtener una gran cantidad de medallas en el deporte de alto rendimiento, y se pone en marcha por lo tanto un mecanismo al que no le importa de qué forma se consigan dichas medallas–. Lo único que cuenta es el éxito deportivo –si este se consigue por medio del rendimiento deportivo está bien, pero no es relevante–. Se podría suponer que esto significa un conflicto con las campañas publicitarias, pero ahí este tipo se siente seguro: ninguna de las personas implicadas cree que la publicidad deba ser creíble.

Por otro lado, hay otro tipo de funcionario del deporte que se toma en serio las campañas por la honestidad. Considera que el bien cultural del deporte está realmente amenazado y con razón por la excesiva parcialidad que se practica. Pero este tipo ha caído en desgracia y no tiene buena aceptación en el deporte moderno. Considera la honestidad como una norma moral, y piensa principalmente en algo así como la caballerosidad premoderna en el trato recíproco. En el deporte moderno, por el contrario, la honestidad no tiene ninguna primacía. No se puede, para empezar, ejercitar un deporte olímpico y después, además, ser honesto, sino que no se practica ningún deporte, sino más bien otra cosa (como luchar al *catch* en vez de pelear, lo que no debe ser cuestionable moralmente de ningún modo) cuando se participa en una lucha deportiva sin jugar limpio. Esta fina diferencia entre las

funciones constitutiva y regulativa de la honestidad, que cambia todo el panorama, es lo que este tipo de funcionario honesto del deporte no ha entendido. *De facto*, su canto a la honestidad es el cantar de los cantares del deber moral: la realidad del deporte es, ay, tan vergonzosa –habría que reflexionar sobre cómo debería ser el deporte–.

Cada cara de la realidad da forma a una manera de actuar a su medida. Esto no significa que baste con cambiar el punto de vista para transformar el mundo (del deporte). Al contrario, puede ser algo lógico y razonable que en el valle de lágrimas del insípido monocultivo de la potenciación pueda surgir de nuevo un paisaje cultural diverso y floreciente –pero que haya que contar con el apoyo a las lógicas típicas, de los típicos campos, en un tiempo previsible, debe tener otras razones más allá de la comprensión correcta o equivocada de la cosa–. Que la organización del deporte que realmente se practica sea criticable no es de ningún modo, y en ningún caso se sostiene aquí otra cosa, una consecuencia de la ignorancia o la incapacidad de comprender por parte de sus funcionarios. Sin embargo, apelar a cómo debería ser, es al fin y al cabo un aspecto que seguramente no permita transformar la realidad, sino en cambio estabilizarla. Hegel, en el párrafo § 6 de su *Enciclopedia*, dijo algo decisivo al respecto sobre el entendimiento: como si el mundo (del deporte) hubiese tenido que aguardarle a él para saber cómo *debe* ser, sin serlo; porque si el mundo fuese ya como debe ser, ¿qué lugar habría para la precoz sabiduría de su deber ser?<sup>2</sup>

---

2 Hegel, G. W. F., *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, Madrid, Alianza, 1997, §6, pág. 107 [N. del T.].

Quien entona el cantar de los cantares de la imparcialidad debe prepararse para estar en el mismo barco que los funcionarios del deporte, es decir, ser incluido, o que los críticos de extrema izquierda te metan, en el mismo saco que a los funcionarios del deporte, en el que se encuentran los ingredientes de un deporte presuntamente limpio. Depende, por tanto, de en qué dirección se utilice la imparcialidad como modelo de la crítica del deporte.

Marx era hegeliano. Por eso no hizo que la transformación del mundo dependiera de que se arrojara contra él el ideal del deber ser. Al contrario, en esa estrategia él veía la encarnación de la posición de quien únicamente quiere interpretar el mundo de otra manera. Como si la realidad existente se fuera a venir abajo si enseñamos a los seres humanos a transformar las representaciones que tienen de esta realidad, como polemizaba junto con Engels en el prólogo a *La ideología alemana*. La oportunidad de querer transformar el mundo no se basaba, según Marx, en ningún ideal del deber ser, sino en la resonancia: había que tocar la melodía propia de las relaciones existentes para poder bailar a su ritmo.

La partitura de los deportes olímpicos es la Carta Olímpica, que tiene un carácter manifiestamente constitutivo en y para el movimiento olímpico. La Carta Olímpica es, por consiguiente, la constitución del deporte olímpico –análoga a la norma básica de la partitura de la República Federal de Alemania, cuya melodía suena de vez en cuando–.

Los *Principios Fundamentales* de la Carta Olímpica están formulados, en su espíritu y también en parte literalmente, en el lenguaje de los derechos humanos. Sitúan al deporte olímpico, por ello, en la época

posterior a las revoluciones burguesas. La promesa de estas revoluciones descansaba, como es sabido, en la ruptura con las sociedades estamentales premodernas. La posición social no debe estar ya predeterminada «de nacimiento», sino que debe poder ser transformada por la acción individual propia. Además, hay que actuar con justicia, ya que la movilidad social como tal no ayuda si por ella se entiende que los pequeños sean móviles entre sí y los grandes entre sí. Serían necesarias las mismas oportunidades de partida para que las propias acciones puedan tener relevancia en lo fundamental. La jugada más importante se encuentra en el reconocimiento recíproco de todos los ciudadanos como personas con los mismos derechos. Esta igualdad de derechos de la persona es la forma en movimiento de la diversidad de actores sociales; asegura la individualidad, así como la postulada singularidad insustituible («dignidad») de cada persona y garantiza el espacio del desarrollo propio. Esto es lo que se denomina ser un ciudadano. El modo burgués de esta forma en movimiento es la justicia de acuerdo al rendimiento. Salta a la vista que el principio básico de las competiciones deportivas imite esto: la equivalencia del adversario debe estar garantizada para que su capacidad individual de rendimiento *pueda* ser decisiva.

Por tanto, hay buenas razones para ser, en tanto ciudadano de la República Federal de Alemania, patriota constitucional. El artículo 1 de la norma básica concentra de forma breve y precisa lo que hay en juego:

**1. De qué se trata:** lo que se encuentra en la base de todo de forma categórica e incuestionable y sobre lo que los ciudadanos de la República Federal Alemana

no pueden poner en cuestión es la naturaleza única e insustituible de cada individuo.

«La dignidad humana es intangible. Respetarla y protegerla es obligación de todo poder público».

**2. Qué se necesita:** la naturaleza única e insustituible, es decir, la diferencia inalienable de cada individuo necesita una forma en la que todos sean iguales, para que este apoyo de la singularidad llegue en realidad a todos y cada uno de los individuos; esta forma es la que garantiza iguales derechos fundamentales para todos y todas:

«El pueblo alemán, *por ello*, reconoce los derechos humanos inviolables e inalienables como fundamento de toda comunidad humana, de la paz y de la justicia en el mundo» [cursivas del autor].

**3. Dónde tiene lugar:** esta forma jurídica de derechos fundamentales inviolables e inalienables no es idéntica al campo del derecho; aquí no se trata de justicia y leyes, sino de la codificación del criterio con respecto al que toda acción quiere y debe ser medida en todos los ámbitos de la sociedad; la forma jurídica del ciudadano, de la ciudadanía, está regulada por los derechos fundamentales, por el derecho constitucional y por el derecho internacional, y es la base de cualquier versión concreta del derecho.

«Los siguientes derechos fundamentales vinculan a los poderes legislativo, ejecutivo y judicial como derecho directamente aplicable».

En la Carta del Movimiento Olímpico, el derecho internacional vigente aparece de este modo. La competición deportiva es la escenificación lúdica del principio fundamental de la ciudadanía. «Escenificación lúdica» hay que entenderlo aquí vinculado a la *Poética* de Aristóteles: el historiador escribe, como Aristóteles, sobre lo que ha acontecido; el dramaturgo pone en escena lo que podría acontecer de acuerdo a las reglas de la probabilidad. Una escenificación de ese tipo hay que concebirla, por tanto, como análogo a un experimento científico: solo nos enteramos de algunas cosas cuando se produce una situación artificial, liberada del estorbo de las condiciones de su entorno. Exactamente en este sentido se observa, en una obra de teatro que merezca tal nombre, que no actúan la celosa Frieda o el vanidoso Hans, sino que actúan figuras que personifican el tipo del celoso o del vanidoso.

En la vida real, la oportunidad efectiva está acompañada de miles de condiciones así como de muchas casualidades. Se podría, por ello, haciendo una profunda reverencia a Max Stirner, considerarla una mera quimera, ya que en ningún lugar se va a conocer en realidad. En ningún lugar nos vamos a encontrar con el celoso, sino que en la vida real solo nos encontraremos con la celosa Frieda o el celoso Hans. ¿Cuál debe ser, entonces, el discurso de la igualdad de oportunidades? La competición deportiva es el escenario sobre el que las organizaciones deportivas toman la decisión clara sobre qué se consideran condiciones del entorno que estorban, y qué degrada la equivalencia de los adversarios, por otro lado. En los deportes de lucha, el peso corporal se considera una esencia que hay que regular con vistas a garantizar la imparcialidad del resultado de la competición; en el salto de altura se considera que la estatura es un talento

individual y no requiere regulación; todavía hoy sigue considerando el Comité Olímpico Internacional (COI) que es un hecho natural que no requiere regulación que los deportistas marroquíes no dispongan de ninguna pista de *bobsleigh* en su propio país, y por ello no hay ninguna competición específica para países sin hielo ni pistas de *bobsleigh*. Por supuesto, se puede discutir sobre todo esto, lo cual no quita para que, entre tanto, se inicien también campañas por el *Financial Fair Play* [Juego Limpio Financiero]. Pero estas discusiones solo son posibles porque se acepta el principio fundamental: para conocer qué puede significar la igualdad de oportunidades, debemos producirla de manera activa en los parámetros que consideremos centrales, y entonces ver, y poder ver, lo que ocurre. Si realmente queremos saber lo que representan los celos, no podemos hacer un estudio social sobre el celoso Fritz, ya que nunca podríamos estar seguros de si sus celos no son un simple producto secundario de su notoria envidia y de su proverbial irascibilidad. Si queremos saber qué constituyen los celos, entonces tenemos que ir al teatro; y si queremos saber que constituye la justicia del rendimiento, entonces tenemos que fijarnos en el deporte olímpico.

Cuando en el deporte olímpico se determina lo que podría ser la justicia del rendimiento, no se dice cómo es un cuerpo perfecto ni para qué sería bueno disponer de un cuerpo perfecto. El refuerzo y la protección de la lógica específica de la competición deportiva tiene lugar por medio de los hoy omnipresentes imperativos para la optimización de sí mismo. Y al contrario: la nivelación activa, o al menos autorizada, de esta lógica específica de la competición deportiva pone además el deporte en manos de una práctica bulliciosa y mercantilizada por conseguir

cuerpos cada vez mejores –también allí donde se invoca al llamado cuerpo vivo, integral, en vez de al cuerpo supuestamente mecánico y calculable–.

Cuando en el deporte olímpico aparece lo que podría ser la justicia del rendimiento, ¿qué es lo que aparece ahí? Si, siguiendo la huella de Bloch, lo que aparece es un indicador de lo que no ha sido compensado, de lo en cierto modo intemporal, que no es completamente susceptible de aparecer, entonces, de acuerdo a Hegel y a los deseos de Bloch, ese contenido utópico no tendrá lugar en ningún sitio, sino como búsqueda concreta-utópica. Pero, ¿que otra cosa se podría mostrar en la aparición de algo así como la justicia del rendimiento, sino un modo diferente, incluso mejor, de ciudadanía?

Ahora, quizás simplemente la legítima suposición de que la justicia *del rendimiento* no funciona. Desde los inicios de la modernidad ha sido discutido el modo de la ciudadanía. Nunca faltaron alternativas al «a cada cual según su rendimiento» del liberalismo político, que a lo sumo fue hegemónico; ha habido quien ha soñado que la movilidad social justa se debía mover en la forma de «a cada cual según sus necesidades». Si nos tomamos en serio esta tradición, los funcionarios estatales del llamado socialismo realmente existente, fascinados por las olimpiadas, andaban muy equivocados. Quien, como Jrushchov, quiera recuperar y superar al capitalismo, se someterá ya a su lógica y se desprenderá de la suya propia. Entonces, será posible conseguir cualquier cosa, pero todas las experiencias históricas nos dicen que no se llegará al comunismo social sino a un montón de ruinas.

Marx calificó la revolución burguesa como una revolución meramente política. Se entiende rápidamente lo que quería decir con ello: quiere transformar todo lo posible, en sentido positivo, pero no cambia

nada de lo básico y y además plantea como problema añadido dar al dominio una forma sutil y más fácil de disimular. «Por ello, el hombre no fue liberado de la religión sino que obtuvo la libertad religiosa. No se le liberó de la propiedad, obtuvo la libertad de propiedad. No fue liberado del egoísmo del oficio, sino que obtuvo la libertad de industria».<sup>3</sup> La coincidencia con Stirner es chocante: «Libertad política y libertad religiosa suponen, la una que el Estado, la polis, es libre, y la otra que la religión es libre, lo mismo que libertad de conciencia supone que la conciencia es libre; ver en ellas mi libertad, mi independencia frente al Estado, la religión o la conciencia, sería un contrasentido absoluto».<sup>4</sup> Por mucho que se pueda y se deba subrayar lo que las revoluciones burguesas no produjeron, la historia de los efectos de esta crítica es desastrosa. Por lo general, los críticos sociales radicales no confían, por diferentes razones, en que el Estado pueda garantizar el imperio de la ley; este parece estar muy descuidado, si atendemos a los hechos, como mero método de dominio burgués.

«Querer encontrar el nuevo mundo a través de la crítica del que nos precede»<sup>5</sup> debería significar, como mínimo, no dejar atrás las conquistas del viejo mundo. Toda experiencia histórica nos dice que cualquier apariencia de justicia civil del rendimiento no se reduce a ser una simple apariencia, sino que hay que tomarla por un momento esencial que sale a la luz. Entonces, se puede aprender que también una forma de lo civil, como la que se sigue del principio «a cada cual según

---

3 Marx, Karl, «Zur Judenfrage», en *Marx-Engels-Werke*, vol. 1, Berlín, 1961, pág. 369 [edición en castellano: «Sobre la cuestión judía», en Bauer, Bruno; Marx, Karl, *La cuestión judía*, Madrid, Anthropos, 2009, pág. 153].

4 Stirner, Max, *Der Einzige un sein Eigentum*, Freiburg y Múnich, Alber, 2009, pág. 115 [edición en castellano: *El único y su propiedad*, Madrid, Sexto Piso, 2014, pág. 168].

5 Marx, Karl, «Marx an Ruge», pág. 344.

sus necesidades», requiere una forma jurídica por la cual todos y todas sean iguales. Entonces se podría, en el futuro, con toda tranquilidad, obedecer las necesidades básicas de la optimización del propio cuerpo –sabiendo que la cuestión de la justicia está completamente acoplada a la de la capacidad de rendimiento corporal, y se regula en otro lugar–. Lo que en este sentido podría ser la alternativa a la justicia del rendimiento: «La reducción de la jornada laboral es su condición básica».<sup>6</sup> Un acoplamiento de ese tipo hace la distinción, que hoy conocemos ya de sobra, de que difícilmente se pueden soportar todas las medidas de optimización de sí mismo cuando contradicen las propias necesidades, que al fin y al cabo serán tratadas como condiciones previas para una supuesta justicia del rendimiento. La optimización de sí mismo sería entonces la optimización para sí mismo, y no para la norma de la competencia.

El deporte podría ser otra cosa. No debería manejar, como lo hace, tan laboriosa y solícitamente el teclado de la optimización biopolítica-neoliberal contemporánea de los cuerpos. Para ello solamente debería, en un primer paso, volver a ser civil. Sobre el doble sentido de *citoyen* und *bourgeois* podríamos seguir hablando.<sup>7</sup>

---

6 Marx, Karl, *Das Kapital*, vol. 3, en *Marx-Engels-Werke*, op. cit., vol. 25, pág. 828.

7 El autor alude aquí al doble significado de *bürgerlich* en alemán, que en castellano se corresponde tanto con civil como con burgués. No será algo desconocido para el lector o la lectora que el surgimiento del paradigma político contemporáneo tiene que ver con la constitución de un ámbito civil (igualdad ante la ley, etc.) fruto del ascenso de la burguesía como clase social y de las llamadas revoluciones burguesas del siglo XVIII (encabezadas por la Revolución Francesa). Esa unidad entre lo civil y lo burgués queda patente en la lengua alemana por la utilización de un solo término para ambos conceptos. En el presente ensayo, hemos preferido traducirlo por civil salvo en aquellas ocasiones en las que se alude a la burguesía como clase social y a sus formas de dominio. La razón de ello es que la argumentación del autor, como se ha visto, parece ir encaminada a la búsqueda de un ámbito civil que no esté determinado por los condicionamientos del dominio burgués de clase [N. del T.].





